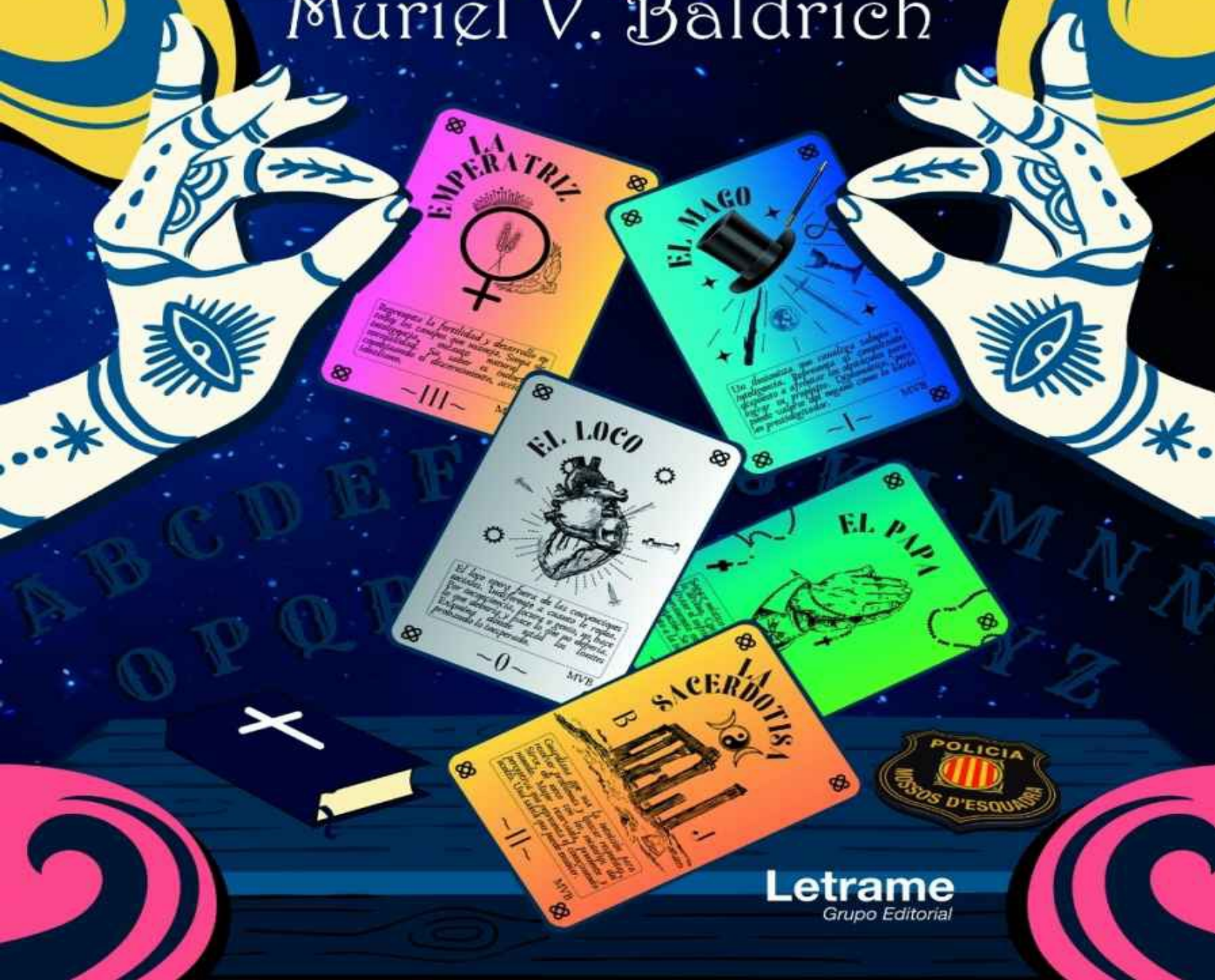


0 1 2 3 4 5 6 7 8 9

Una
LLAMADA
desde el
ABISMO

Muriel V. Baldrich



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Muriel V. Baldrich

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Diseño de cubierta: Rubén García y Muriel V. Baldrich
Diseño de ilustraciones: Muriel V. Baldrich
Supervisión de corrección: Celia Jiménez y Fernando Gómez Durán

ISBN: 978-84-1181-991-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».



Libro con sello de calidad Fénix Literario.

*A Cecilia, mi madre,
que posee tal clarividencia que parece magia.*

*Al cuerpo de Mossos d'Esquadra,
por su labor en tiempos que no acompañan.*

A quien mucho se le da, mucho le será requerido.
Lucas 12:48



Manual del usuario

Bienvenido, lector:

Se encuentra ante una experiencia pretenciosa. Este libro tiene el fin de ser un pasatiempo cartomántico.

Entre sus páginas reconocerá el guiño al método adivinatorio del Tarot y parte de su significado. Cada capítulo corresponde a un Arcano, siguiendo el orden de los naipes del Tarot de Marsella.

Los Arcanos Mayores representan un conjunto de enseñanzas, un ciclo. Por ese motivo, van numerados del I al XXI, a excepción de **El Loco**, que ostenta el número 0, pues es un personaje sin experiencia, que emprende el viaje iniciático hacia **El Mundo** (XXI), en el cual se enfrentará a las enseñanzas del Tarot: el camino de la vida. A lo largo de esta historia, el lector podrá intuir la similitud entre el significado del naipe con la esencia general de cada capítulo.

En la lectura del Tarot, cada Arcano Mayor representa una escena con elementos simbólicos. Para que la experiencia sea completa, los capítulos son precedidos por diseños inéditos de los Arcanos, según la libre interpretación de la autora.

En la novela se mencionan espacios y entidades existentes, sin embargo, todo lo expuesto es ficción. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia. De igual modo, cualquier discrepancia con el contexto actual ha sido una licencia ideada para beneficiar tanto a la trama como a los personajes y crear un relato atractivo.

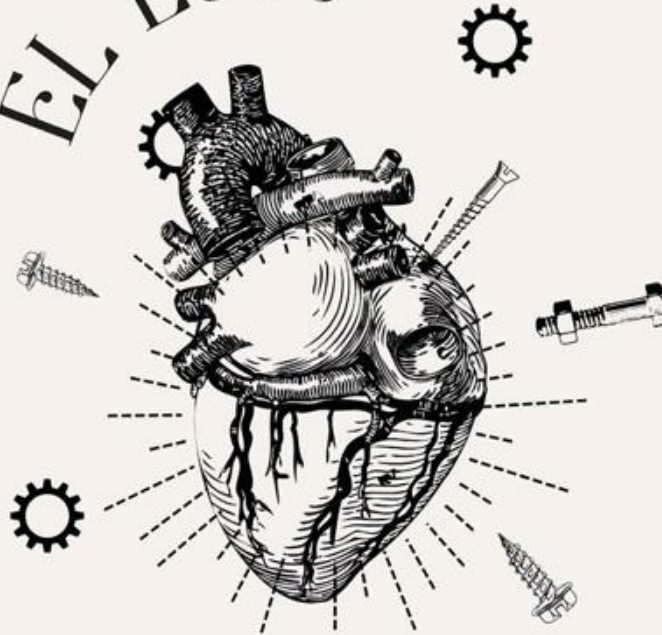
Una última advertencia: la palabra «Arcano» proviene del latín *arcanum*, que significa «misterio» o «secreto». Está invitado a descubrir los misterios que alberga el abismo. ¿Va a atender la llamada?

Atentamente,

Muriel V. Baldrich



EL LOCO



El loco opera fuera de las convenciones sociales. Indiferente a cuanto le rodea. Por inconsciencia, locura o genio, no hace lo que debería y hace lo que no debería. Examina dónde están los límites probando lo inesperado.

MVB



Arcano 0. El Loco

Las persianas cerradas, para no ser observado desde fuera, y la luz encendida, porque le daba miedo la oscuridad. Eran las cuatro de la madrugada y llevaba veinte minutos haciendo flexiones. El sudor resbalaba por su cuerpo, filtrándose en el surco de la cicatriz que tenía en el pectoral izquierdo. La respiración se intensificaba con cada esfuerzo. Sus ojos estaban acunados por el color del insomnio. En dos horas cruzaría el umbral de su humilde habitación, fingiendo normalidad.

No tenía muchos enseres personales. Sobre un escritorio, abrazado por el tiempo, dormitaba una vieja Biblia, regalo de su difunta madre. La debería leer más, aunque bajo su consideración ya lo había hecho demasiado. Su armario guardaba pocas mudas, acordes a los tonos de la sobriedad. Atuendos oportunos para pasar inadvertido. Cuidaba al máximo su higiene: jabón de verbena y un buen afeitado a diario. Un ritual que ejecutaba siempre al compás de la melodía *Sweet Dreams* de Eurythmics.

Entre esas cuatro paredes se encontraba a salvo. Podía ser quien era, aunque sus pensamientos fueran dolorosos a la par que horribles. Nadie había descubierto su naturaleza inadaptada, porque con suma inteligencia elaboró una personalidad que opacaba las humillaciones y los abusos sufridos durante la infancia.

Se avergonzaba de su pasado, aunque nada de lo acontecido fue culpa suya. Debería haber buscado ayuda, pero no lo hizo. Se curtió asimismo para liberarse de su carga y compensó sus debilidades de forma poco consabida.

El mundo no lo conocía, y él no quería conocer al resto de sus congéneres. Guardaba un secreto bajo uno de los tablones del suelo: trofeos de sus crímenes que le otorgaban ese sentimiento de control, potencia y venganza que siempre había anhelado.

Era un ser solitario por imposición, pero buscaba con ahínco a la persona que resolviera su compulsión. Durante unos años creyó que la había encontrado. Hasta que esta se desvaneció. En su enferma mente anidaba la idea de que, si una vez casi abrazó la felicidad, podía intentarlo... una y otra vez. Un ensayo y error en la que una de las partes era la víctima y la otra el victimario.

Si alguien supiera la verdad lo llamaría «El Loco».



EL MAGO



Un ilusionista que canaliza talento e inteligencia. Representa al consultante dispuesto a afrontar los obstáculos para lograr su propósito. Diplomático, pero puede valerse del engaño como lo haría un prestidigitador.

MVB



Arcano I. El Mago

Había establecida una cultura de la denuncia más allá del decoro. Todo el mundo quería tener razón, y si no era dada, semejante ofensa culminaba en el más absurdo altercado.

En noviembre de dos mil cinco se inauguró la comisaría de los *Mossos d'Esquadra* de *Les Corts* en Barcelona. Un nuevo pilar en la prestación de servicios básicos de investigación y seguridad ciudadana. De edificios independientes, la fachada se erigió como una mole de aristas acristaladas que daba un aire de centro de negocios.

Pero las apariencias engañan. Cada día era un hervidero en la comisaría de *Les Corts*. Los calabozos, jamás vacíos, daban cobijo a algún ladrón, pandillero o comerciante de placeres prohibidos a la espera de un juicio rápido.

El sistema se encontraba saturado de burocracia generada por transgresiones menores, pero en el tablón de la delincuencia también había espacio para las mentes más criminales.

Leopold Torat llevaba más de quince años estableciendo el orden. Primero como agente y, desde hacía un lustro, como inspector en la División de Investigación Criminal. Nadie hubiera apostado por aquel cadete espigado que presentó su solicitud sin creer en el cuerpo de Policía y con claras intenciones de hacer del mundo un lugar mejor.

No en vano sus padres lo bautizaron como Leopold. «Un nombre predestinado para grandes cosas. Audaz y valiente con el pueblo», le repetía su abuelo. Al servidor de la ley le parecía tan pomposo que prefería que lo conocieran por el diminutivo Leo, sobre todo los delincuentes, a los que podía arrancar confesiones dejando entrever que era tan fiero como un león. Y eso que en contadas ocasiones utilizaba la fuerza bruta, porque la persuasión resultaba un golpe más certero si se sabía inducir la idea adecuada. Poco quedaba de aquel enclenque chaval que se había convertido en un hombre de casi un metro noventa, fibroso a golpe de entrenamiento policial y con un carácter tan huraño que parecía tener más de treintaicinco años.

—Jefe, el Cercenado está en la sala número dos. Va colocado. No será de utilidad en esas condiciones —dijo el agente Ulises Falconeri que ni se había molestado en picar a la puerta abierta del despacho de Leo.

—Baja la calefacción de la sala. Empezaremos el interrogatorio en veinte minutos —contestó el inspector sin apartar la mirada del tablón de metacrilato, la pizarra del crimen, donde tenía los datos del caso que le robaba todas sus noches de sueño.

Ulises asintió con la cabeza.



Antes de empezar con el interrogatorio, Leo echó un vistazo a las imágenes en tiempo real de la videovigilancia, en la sala contigua. Unos segundos para analizar al delincuente Patricio Santana, alias el Cercenado, que se había sentado de espaldas a la cámara. El inspector no le veía la cara, pero sí apreciaba que llevaba los brazos cruzados, intentando retener el calor en su cuerpo.

—Es el momento —le dijo el inspector al agente.

Leo abrió la puerta con ímpetu, haciendo que el delincuente se sobresaltara. Ese pequeño gesto era otra treta más para dejar patente quién mandaba en la sala. Se sentó frente al Cercenado. Se había ganado su apodo entre la policía al faltarle la oreja derecha: un accidente con su jefe lo había mutilado, si de incidente se podía tildar. El Cercenado comenzó a temblar, por miedo, por frío, o porque iba colocado, lo más seguro, de cocaína. Sus pupilas dilatadas, la palidez y la extrema agitación eran síntomas claros de lo último.

—¿Cómo estamos en el día de hoy? No nos visitas desde... ¿cuándo?, ¿un par de meses? —preguntó el inspector con una sonrisa ladina y mirando con complicidad a Ulises, postrado en la entrada, para que confirmase sus falsas dudas. Este asintió—. Te veo desmejorado.

—Por favor, déjame ir. Si se entera el Gato de que estoy aquí me rebana la otra oreja. —Se puso la mano a la altura del hueso parietal derecho donde le faltaba, precisamente, la oreja, y empezó a balancearse de adelante hacia atrás. Era un tic adquirido.

—¿Es una denuncia formal? Deberíamos llamar a un abogado. A ver si el Gato te presta el suyo —inquirió Leo acorralándolo.

—¡No, por Dios! Nada de abogados o se enterará... ¡No! —Empezó a sollozar.

—Mira, las cosas son así: me presionan desde arriba para fichar a tu jefe. La porquería adulterada que distribuye ha matado a tres menores y once están en la UCI. De hecho, no sé ni cómo tú estás entre los vivos con lo que te metes. Si nos ayudas, te ayudaremos. Si no, vamos a extender el bulo de que has cantado como un pajarito y te soltaremos para que tu capo se encargue de ti. —Los ojos café del inspector acechaban al delincuente que acabó orinándose encima. Al percatarse de la sumisión del arrestado, Leo se reclinó en la silla y, abrazando la victoria, sentenció—: Deduzco que eso es un sí.

—Prométeme que me protegerás —espetó en un sollozó.

—El Gato no será un problema —sentenció con una seguridad abrumadora el inspector.

Ulises analizaba a Leo con admiración. Quería absorber esa técnica que, para él, se asemejaba más a un ilusionista que a un policía convencional. Capaz de infundir respeto y miedo, crear el escenario perfecto y esperar el momento adecuado para utilizar las palabras oportunas. Siempre hacía equilibrios en la delgada línea entre el bien y el mal, aunque jamás se excedía en su manera de presionar. No daría argumentos a los picapleitos de la defensa para que anulasen una declaración, por coacción, en un futuro proceso judicial. Para Ulises era un honor trabajar a sus órdenes. Aunque el inspector no lo trataba con deferencia, sí lo toleraba. Eso era mucho decir, porque todos los compañeros impuestos por el comisario a Leo acababan solicitando un cambio. Pero Ulises se manejaba bien con el carácter huraño del inspector.

Tras el interrogatorio, Leo volvió a su despacho para encararse con su pesadilla. Los preparativos del operativo «Caza al minino», nombre que se le ocurrió a Ulises, estaban en marcha, y el inspector contaba con que su compañero coordinase los pormenores con el resto del equipo. Lo que no podía delegar eran esos casos no resueltos que le atormentaban.

En su pizarra transparente de metacrilato, las fotos de las cuatro víctimas le juzgaban. Todas jóvenes caucásicas, castañas, de ojos claros y con una belleza acariciada por la dulzura. Crímenes perpetrados por la misma mano ejecutora durante los últimos dieciséis años.

Leo de pie, enfrentado al horror, miraba y remiraba una y otra vez esa pizarra donde estaban anotados los datos principales, lo esencial para centrar la atención y el objetivo. No necesitaba consultar los informes redactados porque se los sabía de memoria.

Este año iba a ser el siguiente homicidio y no tenía ni una pista. Las víctimas no se movían en los mismos círculos, no coincidían en los estudios o trabajo, ni siquiera tenían el mismo nivel

socioeconómico ni vivían en el mismo barrio. Con cuatro años de diferencia entre las muertes, encontrar un nexo se hacía difícil.

Lo más frustrante era el perfil del asesino, del cual se sabía lo que rezaba en cualquier manual de criminología, pero ninguna prueba en la escena del crimen que lo vinculase a una persona real. El culpable era un fantasma.



—Jefe —interrumpió Ulises provocando un gruñido en Leo por haberle importunado—. Disculpa que te moleste —se excusó al percibir su falta—. El operativo está listo. Cuando el Gato vuelva de su viaje por Dubái, lo apresaremos en su propia casa.

—Bien. En un par de días habrá un criminal menos rondando por las calles.



LA SACERDOTISA



B

J



Guardiana que usa la intuición para resolver problemas y buscar respuestas. Sirve de nexo con los misterios del mundo. Mujer reservada, prudente y perceptiva que representa el conocimiento oculto. Una sabia que puede enseñar.

MVB

~ II ~



Arcano II. La Sacerdotisa

Tarotist & Palmist. Así presentaba el letrero del local del barrio de Gracia a su esotérica dueña Sibel. En inglés, como si fuera garantía de profesionalidad. En pleno siglo XXI, nadie en su sano juicio consideraba que esa clase de quiromancia arrojase alguna verdad al mundo. Pero siempre había alguien lo suficiente desesperado para agarrarse a un clavo ardiendo.



A sus cincuenta y tantos años, Sibel era una mujer con arrestos, de complexión fuerte y mirada apacible. Aunque dominaba la tirada de cartas, la lectura de la mano, y se defendía con la *ouija* y el péndulo, no se reconocía a sí misma con ningún don especial. Se hacía valer como tarotista y no le gustaba demasiado que la llamasen pitonisa, porque ese concepto englobaba unas habilidades mágicas que ella no tenía.

Lo que la diferenciaba del resto de personas era su clarividencia: una lectora inefable de la psique humana. Por esa peculiaridad, gozaba de cierto prestigio en el barrio. Conocía las carencias de las personas y cómo transformarlas en fortalezas. Daba buenos consejos que acostumbraban a ser mejor escuchados si las cartas hablaban. Sería por todas las conferencias de psicología a las que acudió para completar sus dotes de parapsicóloga, o porque su experiencia peinaba canas, pero era un hecho que acertaba.

Entre la selecta clientela no faltaban vecinas sexagenarias que solicitaban consulta para los infortunios de sus descendientes. La tarotista sabía que en realidad lo único que anhelaban era la atención perdida del seno familiar. Sibel no se aprovechaba del cruel paso de los años: esas sesiones las cobraba a mitad de precio durando el doble. En algunas, ni siquiera tenía que echar las cartas, puesto que solo bastaba una buena conversación.

Aunque la mayoría de asiduos eran mujeres, también había espacio para los hombres. Entre los cuarenta y los sesenta años se consultaba con frecuencia por el trabajo y el dinero. Era curioso cómo la falta de recursos hacía que las personas invirtieran lo poco que tenían en buscar soluciones mágicas. En los casos más dramáticos, Sibel intentaba disuadirles para que no volvieran y evitar que sus cuentas pasaran de números rojos a estado de coma. En el fondo, sabía a la perfección que si ella no les daba amparo lo buscarían en otro lado, quizás con una persona con menos escrúpulos. Las cartas eran un método para encontrar esperanza, pero la lectura de la palma, la quiromancia, donde la tarotista sujeta la mano al cliente, obtenía mayor beneplácito: el

tacto de las pieles es reconfortante para el que necesita un hálito.

Tampoco faltaban adolescentes, y no tan adolescentes, buscando métodos para ser correspondidos por sus amores secretos. Sibel se divertía viendo cómo el rubor se adueñaba de cada uno de sus clientes cuando tenían que dar detalles de la persona a la que amaban. En ese momento, pensaba en que la humanidad podía ser muy ridícula. Los más jóvenes tenían una justificación: estaban despertando al mundo y eso incluía visitar a una pitonisa una vez en la vida. Estas sesiones siempre acababan con la venta de algún incienso, piedra mágica para atraer los buenos augurios y un saquito con varias semillas que debía ponerse bajo la almohada.

En el apartado de consultas serias, que debían ser tratadas con delicadeza, se incluía el conectar con las almas errantes: los muertos. Aquí la tirada de cartas tenía un papel secundario. Los métodos con empaque, como la *ouija* o el péndulo, eran los favoritos de los clientes.



La campanilla de la entrada sonó pasadas las ocho. No tenía ninguna cita programada, pero la octogenaria Hortensia se movía por impulsos.

—Sibel, tengo que hablar con mi marido.

—Querida, ya lo hiciste antes de ayer —contestó la tarotista con cierta congoja.

—Por favor. Necesito escuchar una vez más que no está enfadado conmigo.

—Está bien. Pero será una sesión rápida, que tengo que ir al supermercado antes de que cierre.

Sibel hizo pasar a Hortensia a su salita de espiritismo. Un lugar bañado de sombras donde la luz solo se amparaba por las velas y alguna lámpara de baja intensidad. En el centro, una mesa redonda con un mantel verde. Había escogido ese color porque era el vinculado a la esperanza, algo de lo que el ser humano carecía con frecuencia. Sin embargo, esa elección había sido objeto de burla de más de un adolescente descarado, por compararlo con una mesa de juego y a Sibel con un crupier.

La tarotista encendió con rapidez el incienso con aroma a romero, el más adecuado para limpiar el ambiente y eliminar la mala energía. Cogió su tabla de *ouija* y el *planchette* y los colocó en el centro de la mesa. Su tablero era sencillo. De madera, con todas las letras del abecedario talladas en una cuidada caligrafía y los números del cero al nueve. En la esquina superior izquierda un SÍ, en la derecha un NO y en la parte central inferior la palabra *GOODBYE*.

—Hortensia, ¿has traído una fotografía de tu esposo?

—Sí. —La señora abrió su pequeño monedero y sacó un retrato de su marido de cuando era joven—. Aquí tienes a mi Enrique.

Sibel pasó cinco veces la fotografía por el humo del incienso y la colocó al lado de una vela blanca.

—Concéntrate en tu esposo, y cuando estés lista, posa las manos junto a las mías en el *planchette*.

—¿Es obligatorio? Es que el otro día me dio un calambrazo y pensé que había llegado la hora de reunirme con mi Enrique... A mi edad, no estoy para estas emociones.

La tarotista miró a Hortensia con cara de circunstancia.

—Solo contaré con mi energía. Espero que baste. ¿Qué quieres preguntarle a Enrique?

—Pues verás, allí por el año mil novecientos ochenta y tres, mi querido Enrique guardaba los ahorros en una caja de galletas. Él creía que yo no estaba al corriente, pero sí lo sabía. Un día vi unos zarcillos de perlas que me enamoraron y cometí la falta de coger el dinero y comprármelos.

Cuando Enrique no encontró los ahorros, dije que habían sido unos ladrones que entraron y lo robaron. Necesito que me perdone.

—¡Hortensia, de eso ya han pasado cuarenta años! Créeme, ni Enrique en vida te lo tendría en cuenta. —Los ojos humectados de la viuda enternecieron a la tarotista que, por un momento, había perdido la compostura al escuchar la historia—. Tranquila, le preguntaremos.

Sibel cerró los ojos y extendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba. Conjuró las siguientes palabras:

—Almas errantes que estáis en el abismo, vuestra hermana os solicita. Dadme la energía para conectar con el difunto Enrique. —Permaneció en esa postura un minuto y abrió los ojos—. ¿Enrique, estás ahí? Si es así, manifiéstate. —Nada sucedió—. Haz una señal —dijo Sibel con más convicción y, en ese momento, una corriente de aire que provenía de la habitación de al lado apagó una vela.

—¡Oh! ¡Mi Enrique! —exclamó Hortensia.

Sibel, que siempre dejaba una ventana estratégicamente abierta en el cuarto contiguo, posó las manos sobre el *planchette*.

—Enrique, tu esposa necesita saber que no le guardas rencor por sus mentiras pasadas. ¿La perdonas?

Las velas que aún permanecían encendidas se pusieron a danzar, y el *planchette* empezó a deslizarse buscando la palabra SÍ.

Hortensia comenzó a llorar de emoción. Regaló a Sibel mil palabras de gratitud y una cuantiosa propina que la tarotista rechazó la primera vez, pero que no opuso resistencia al segundo intento de la viuda.



En el supermercado, Sibel llenó la cesta de cosas innecesarias. Hoy se lo podía permitir gracias a la señora Hortensia. No se sentía del todo contenta por haberla medio engañado, aunque fuera con buena intención. Con esas reflexiones llegó a la caja. Por suerte solo había un cliente delante y ya le estaban pasando la compra.

El móvil personal de la cajera, que según la etiqueta adherida al polo se llamaba Bibiana, sonó. Los presentes escucharon la conversación.

—Mamá, habla más despacio que no te entiendo. ¿Qué le ha pasado a papá? —Unos segundos de silencio—. ¿Cómo? ¿En qué hospital está? Voy para allá.

La cajera agarró el telefonillo situado al lado de la máquina registradora.

—Jefa, tengo que irme. Lo siento, es una emergencia. —La cara de la muchacha era un poema—. Estoy cobrando a un cliente y solo quedará otra señora. Ya es casi la hora de cerrar. ¿Puede cubrirme... Samy? —La cajera esperó la respuesta afirmativa.

Las luces del supermercado hicieron el amago de apagarse. Parecía una momentánea bajada de tensión en la red eléctrica. A los pocos segundos, del almacén salió una chica con tez nívea, penetrantes ojos azules y melena castaña que tornasolaba en reflejos naturales de color miel. Caminaba como si levitase en dirección a la línea de caja.

—Samy, gracias. Sé que lo odias —dijo Bibiana refiriéndose a su puesto de trabajo—. Te lo compensaré.

—No pasa nada. Vete.

La chica del almacén cobró al cliente que se marchó con prisa y empezó a pasar los artículos de Sibel. La tarotista miraba a aquella joven de poco más de veinte años con inusitada curiosidad.

Había algo en ella indescifrable. Su cara era inexpresiva, sin embargo, tenía la paz que da la ausencia de dolor y conciencia. Estaba allí entre chocolatinas Lind y magdalenas La Bella Easo, y su éter parecía estar lejos. No entablaba contacto visual. No lo hizo con el anterior cliente y también rehuía mirar a los ojos a Sibel. Actitud que no se podía atribuir a timidez, porque no había rubor en sus mejillas. Tan solo estaba desconectada.

—Samantha. —A la muchacha le perturbó que Sibel la llamara por su nombre. Durante unos segundos trató de recordar si conocía a esa mujer que vestía túnica y varios abalorios adornándole el cuello, pero nada en ella le resultaba familiar. Quizás volvía a fallarle el acceso a su memoria y por eso la había olvidado—. No te asustes, no lo he adivinado a pesar de mis habilidades. Lo he leído en la identificación de tu camiseta. —Samantha se miró el pecho donde estaba la insignia con su nombre—. ¿Puedes ayudarme a poner la compra en las bolsas? Tengo la edad del perezoso y no me gustaría que por mi lentitud plegaras tarde.

—Por supuesto —dijo sin expresión alguna. Rodeó la caja y se puso al lado de Sibel, guardando cierta distancia.

—¿Eres nueva? No es que venga mucho por aquí, pero creo que no te he visto antes.

Samantha parecía resistirse a contestar, pero le venció la educación.

—Llevo ya un tiempo —aclaró sin especificar—. Mi puesto es en el almacén.

Sibel analizaba cómo aquella joven se movía. Incluso en una tarea tan sencilla como poner los alimentos en bolsas, lo hacía como si estos no pesasen en absoluto. ¿De qué esencia estaba hecha? Con la excusa de distribuir los productos, la tarotista se las agenció para rozarle la mano. Su piel era fría, con una temperatura más baja de lo normal. Lo chocante no fueron los anómalos grados, sino que la chica rechazó el leve contacto, retirando su mano lo más rápido que pudo, aunque sin demostrar repulsión.

En ese instante, los ojos de ambas se conectaron. Sibel percibió una sensación de suma armonía y resignación. Veía por primera vez la cara de la muerte. Nunca antes lo había sentido. Ella era una tarotista, con gracia en aconsejar y hacer un poco de teatro para reconfortar a sus clientes, que la mayoría ya se sabían engañados. No era catalizadora, pero sí capaz de distinguir a una cuando la veía. Lo había leído centenares de veces e intercambiado pareceres con otros parapsicólogos. Para Sibel era fácil detectar a una inexperta, como debía serlo Samantha, porque acostumbraban a fingir normalidad, pero en realidad, el lenguaje no verbal demostraba que se sentían raras en su propio cuerpo.

—Tú percibes cosas. Sientes el frío, ¿verdad?

La pregunta puso a la defensiva a Samantha, que se retiró un metro. En ese momento, la caja registradora hizo un sonido y se abrió, quedando expuesta la recaudación del día. Fue como una campana que despertó a Sibel y se dio cuenta de que había asustado a la chica siendo tan directa. Abrió su bolso y sacó una tarjeta de visita personal. La dejó sobre la cinta para los productos.

—Si necesitas ayuda, búscame.

Solo cuando la tarotista cruzó la puerta y se marchó, Samantha cogió la tarjeta con temblorosas manos y la revisó.



LA
EMPERATRIZ



Representa la fertilidad y desarrollo en todos los campos que maneja. Suma de inteligencia, encanto natural y sensualidad. Su saber es inductivo combinando el discernimiento, acción e idealismo.

MVB

~ III ~



Arcano III. La Emperatriz

Samantha hacía inventario en el almacén, mientras su compañera aprovechaba los quince minutos de descanso para contarle las buenas nuevas de su padre:

—Al final solo ha sido un susto. Está ingresado, pero el pronóstico es bueno —decía Bibiana con la boca llena de bizcocho, tentempié escogido para la merienda.

—Tu padre es un hombre fuerte. No lo veo pasando al lado de los muertos —contestó Samantha casi sin pensar.

—Samy, ¡qué cosas más tétricas dices! Se me eriza el vello. Por comentarios así la gente se aleja de ti... —Samantha se encogió de hombros—. Cambiemos de tema. Gracias por cubrirme ayer. ¿Te fue bien?

—Sí... —respondió poco convencida.

—No lo dices muy segura. Pensé que habrías tenido problemas con la mujer rara que había en la cola. ¿Viste la túnica que vestía? ¿Qué llevaba en las manos, tatuajes de *henna*? Se estaría preparando para carnaval. —La muchacha se rio.

Samantha pensó en las palabras que aquella mujer le dijo y en cómo propició el roce entre las manos de ambas. Sintió un escalofrío en la nuca. Se propuso no hacerle caso, porque en el fondo sabía que había mucho chiflado por el mundo. Aunque debía reconocer que ese encuentro no fue inocuo para ella.

Las luces parpadearon.

—¡Otra vez! No hay día que nos libremos de un apagón. Samy, deberías hablar con la jefa para que revisen la instalación. Tú le caes bien y te hará caso.

—¿Todo controlado por aquí? —inquirió Martina, la jefa, saliendo de su despacho.

—Vuelvo a mi puesto —dijo Bibiana tragando lo que le quedaba de bizcocho.

—El inventario está hecho —intervino Samantha—. He retirado los productos caducados. Mañana deberíamos hacer un pedido para reponer la bollería industrial.

—No me extraña. Al ritmo que se los come tu compañera, nos deja secos —comentó Martina con simpatía—. Yo me marchó. Hoy el *peque* tiene función en el colegio y le prometí que no faltaría. Me toca tragarme unas tres o cuatro representaciones. Y tú, si has acabado, vete ya. Llevas haciendo horas extras contra mi voluntad, y sabes de sobra que no puedo pagártelas.

—No lo hago por el dinero. Me gusta estar aquí.

—Samantha... —resopló Martina.

—Repasaré una vez más el inventario y te prometo que me voy.



Eran pasadas las siete cuando el teléfono interno del supermercado sonó.

—Diga.

Se oían voces de fondo. Alguien dialogaba con un lenguaje arcaico. Se estaba representando la obra *Romeo y Julieta*.

—Samantha, ¿eres tú? ¿No te había dicho que te fueras para casa? —Al otro lado de la línea la

empleada no sabía qué contestarle a su jefa, que hablaba entre susurros—. Bueno, es una suerte que aún estés. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro —contestó Samantha templando su inquietud por haber desobedecido a Martina.

—Entra en mi despacho y mira si me he dejado el monedero. No lo encuentro por ningún lado. Tras un escrutinio rápido lo localizó y fue a comunicárselo a su jefa.

—Está sobre el escritorio.

—¡Menos mal! —respiró Martina aliviada—. Tendré que venirlo a buscar cuando acabe la función. El *peque* se pondrá hecho una furia por no llevarlo al Foster's Hollywood, pero qué se le va a hacer —dijo para sí misma en alto.

—Si quieres te lo acerco. No tardaré mucho. Paso por casa, cojo el coche y voy para allá —respondió Samantha sin pensarlo.

—¿En serio? Eres un sol.



El colegio cristiano Jesús-María se encontraba en el barrio de Sarriá. Era un centro concertado y, aunque la matrícula no costaba lo mismo que en un privado, tampoco era tan económica como en uno público.

Martina había decidido seguir manteniendo el nivel de vida tras el divorcio. Que su pequeño fuera diferente no sentó bien al padre. Al AMPA tampoco, y cuando empezaron a cuestionar la idoneidad de que siguiera estudiando allí por su comportamiento, Martina, como protectora de su querubín, amenazó con denunciarlos por discriminación. Estaba empeñada en que nada tambalease la autoestima de su hijo.

Samantha pudo estacionar en plena calle, casi en frente del colegio. Aquel centro gobernado por la Iglesia era una imponente mole de arquitectura de finales del siglo XIX, cuyas obras fueron dirigidas por Enric Sagnier Villavecchia. El edificio era tan regio con sus ventanales góticos y sus cuerpos laterales que intimidaba con su presencia.

Los padres y alumnos empezaban a desfilar. Las representaciones habían acabado. Samantha se quedó rezagada, observando desde la distancia. No tardó en divisar a su jefa salir con su hijo, vestido de Julieta, junto a su mejor amiga, que iba de Romeo, y la madre de esta última.

Martina vio a su empleada y, dejando en manos de la otra madre a su Julieta, se fue en busca de Samantha.

—Mil gracias. Tengo que hacerte trabajadora del año. ¿Te quieres venir a cenar? Vamos a celebrar el éxito de la representación. A Biel le caerás bien.

—Mejor no, pero dile a tu hijo que está guapísimo de Julieta.

—¿Verdad que sí? Le había tocado ser Romeo y, llevaba tal disgusto, que se pasó una semana llorando. Por suerte su mejor amiga se ofreció a cambiarle el papel. La verdad es que esa niña es un amor. A mi pequeño le gusta.

—¿Le gusta? Yo creía... —Samantha se guardó sus pensamientos al darse cuenta de que quizás había hablado demasiado.

—Puedes serme franca. Te lo permito porque debo ser de las pocas personas con las que te relacionas —expresó Martina con candidez—. Mi pequeño tiene un retraso, pero no es tonto. Siente y padece como cualquiera, aunque su comportamiento no se ajuste a los cánones sociales.

Samantha asintió a la explicación a la vez que se avergonzó al escuchar cómo su jefa resaltaba su lado asocial. En realidad, siempre había sido una imposición propia, que se agudizó en su paso por la universidad. No se trataba de timidez, ni de rechazar al resto, sino que su mundo

interior aprendió a entretenerse, por sí mismo, más tiempo del deseable en una comunidad. Todo eran ventajas, puesto que conseguía eludir preguntas para las que no tenía respuesta. Y eso, en la actualidad, sucedía demasiado a menudo. Pero, aunque fuera por voluntad, no estaba bien visto ser una persona poco accesible, y eso le hacía agachar el lomo más veces de las que quisiera.

La calle empezó a atestarse de gente. Los niños jugueteaban por todos lados. Los padres desquiciados corrían detrás de ellos. Martina se vio en la obligación de despedirse de su empleada, mientras que a Samantha le invadió la necesidad de huir de allí. Se refugió en su coche a esperar que todo volviese a la tranquilidad.

Transcurridos unos minutos, ya no quedaba ni un alma en la calle y, aun así, Samantha permanecía estática. La inactividad había empezado a entumecerle el cuerpo. Su aliento se convirtió en vaho y una corriente fría le susurró en la nuca. Cuando se percató de su estado, encendió el coche y puso la calefacción al máximo. Era propio en ella quedarse ensimismada. Siempre pensaba que un día moriría de hipotermia.

Condujo por el paseo de la Bonanova casi sin percatarse, y en menos de diez minutos recorría la laberíntica zona adinerada de Pedralbes, embelesada por la arquitectura de las casas y las apacibles calles. Empezó a sentir que su cuerpo recuperaba algo de calor y paró la calefacción. Una fortuita señal de tráfico le indicó la dirección hacia el centro, pero cuando llegó al acceso se topó con una furgoneta de antidisturbios de los *Mossos d'Esquadra* bloqueando el paso. Su primer instinto fue dar la vuelta e irse, pero le hicieron señas para que se parara. Dos policías con rifles de asalto se acercaron a su coche, uno por cada lado, y a Samantha se le secó la garganta. Mientras el de su izquierda le indicaba que bajase la ventanilla, el de la derecha repasaba con instinto canino el coche.

—¿A dónde se dirige? —preguntó el policía.

—Hacia el centro —respondió parca Samantha mientras posaba su mirada fija al frente. Tras la furgoneta antidisturbios se veían más coches de policía con los rotativos puestos. Las luces azules iluminaban la oscura calle. Estaban haciendo una redada en una de las mansiones.

—Deberá coger la ronda para bordear la zona. Tenemos acordonadas cinco manzanas.

Ante tal despliegue de medios, la vertiente inconsciente de Samantha se pronunció:

—¿Qué ha pasado?

El policía miró a su compañero antes de contestar. Se intercambiaron unas sonrisas.

—Se ha escapado un *minino*, pero ya lo hemos encontrado. Circule, por favor. —El agente hizo un gesto para que se fuera.

Esa contestación molestó a Samantha. Conducía pensando en que aquel par de policías se habían burlado de ella sin necesidad. Volvía a estar ensimismada cuando, de repente, el coche hizo un ruido y se paró. Samantha bajó de su ensoñación para concentrarse en el nuevo infortunio. Giró la llave del contacto un par de veces. El cuadro de mandos quería encenderse, pero parecía que la electrónica fallaba.

—¡Maldita sea! ¿Ahora qué?

Fue en ese momento cuando no reconoció la textura urbana de alrededor. No se encontraba en la ciudad. De alguna manera, y no sabía cómo, se hallaba en una carretera secundaria de un carril por sentido. Solo la exigua luz de la luna le permitía vislumbrar el contorno del bosque que la rodeaba.

—Pero ¿dónde...?

No quiso ni reflexionar. Probó una vez más a encender el coche sin éxito. Cogió el móvil para llamar a la grúa, pero no tenía cobertura. Entonces marcó el 112, y para su sorpresa tampoco

funcionó. Intentó no perder los nervios. Pensó que la espesura arbórea podía estar inhibiendo la señal. Tan solo tenía que moverse un poco o encontrar un claro.

Salió del coche y una bocanada de viento la hizo temblar de frío. Se abrochó el abrigo. Activó la linterna y con el móvil en alto empezó a caminar por el asfalto. Miraba las líneas de cobertura con devoción esperando la milagrosa señal. Al acercarse al arcén, una rayita se iluminó. Rápida, marcó el teléfono.

Los tonos de la llamada se oían metálicos. Samantha se empezó a mover para establecer una conexión sólida. Primero hacia el centro de la calzada, pero las interferencias eran mayores y se replegó hacia el arcén de nuevo. Cuando más se acercaba al bosque mejor se oían los tonos, así que decidió adentrarse entre la vegetación. Alguien descolgó al otro lado.

—¿Hola? ¿Me oye?

La llamada se interrumpió. Samantha revisó la señal comprobando que se había disipado. Con rabia volvió a alzar el móvil y a caminar precipitada. No miró por donde pisaba. Acabó tropezándose con un bulto indescifrable y chutando lo que podía ser una pelota. Del desequilibrio, el móvil se le cayó de las manos, quedando casi en vertical, acomodado entre un lecho de hojas. El caprichoso destino quiso que la linterna enfocase una determinada zona. Cuando Samantha vio lo que la luz hizo visible, salió corriendo en dirección opuesta.

Llegó sin aliento a la carretera y la cruzó cual cervatillo salvaje. Los faros de un todoterreno se encaramaron a punto de atropellarla. El conductor dio un volantazo y frenó a tiempo para no estamparse contra un roble centenario.



EL EMPERADOR



Domina con bondad y energía. Generador de riqueza y estabilidad por medio del control y la toma de decisiones, difíciles pero necesarias. Poderoso protector que busca la paz y la conciliación de sentimientos.

MVB

~IV~



Arcano IV. El Emperador

Una hora había pasado del casi atropello. Los servicios de emergencias y varios vehículos de policía invadían la calzada de la Carretera del Cementerio de Collserola. Samantha estaba siendo atendida en la ambulancia, y al otro conductor le tomaba una primera declaración uno de los agentes.

Al poco, llegó una patrulla más. De ella se bajó el superior de los otros policías y el agente corrió a pasarle el parte.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches. ¿Qué tenemos?

—Aquel de ahí es Carlos Echevarría. De los servicios funerarios. Afirma que volvía de trabajar cuando Samantha Zolá se le echó encima. El coche que está en el arcén es de ella. Dice que se le averió y que trataba de pedir ayuda —resolvió escéptico. Su superior le profirió una mirada indicativa para que continuara—. Hemos comprobado el coche. Tiene gasolina y funciona sin problemas. El técnico de emergencias sanitarias me ha dicho que, nada más reconocerla, se pensaba que estaba drogada: temblaba mucho y sus pupilas dilatadas no respondían a los estímulos de luz.

—¿Y el veredicto?

—Se le han hecho los test de drogas y negativos. Al menos de las sustancias conocidas.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron. El técnico de emergencias ayudó a bajar a Samantha, envuelta en una manta de color dorado. El superior se fue directo a ella.

—Señorita, dígame, ¿qué le hizo cruzar de forma tan inconsciente la carretera?

Samantha estaba en *shock*, pero no de la forma que estaría cualquiera ante un posible atropello. Tenía un lapso en la memoria. Su último recuerdo claro había sido en la escuela Jesús-María. A partir de ahí, todo estaba confuso y vago: *flashbacks* la situaban frente a un policía armado; caminando por la carretera secundaria buscando cobertura y, de repente, recordó que algo le dio miedo.

—¡Mi móvil! —exclamó señalando con toda la extensión de su brazo, y utilizando el dedo índice como puntero, marcó la zona de donde había salido huyendo.

Un par de agentes se adentraron en el bosque. No tardaron más de cinco minutos en regresar con premura.

—Señor. Hemos encontrado el móvil de la chica y algo más. Hay restos humanos.



Había pasado una semana desde el suceso en la carretera. Samantha se empeñaba en volver a la normalidad, aunque su interior palpitaba por no hallar una explicación coherente a sus lagunas. No había profundizado demasiado sobre el tema con familiares o con sus pocos amigos. Dio una versión edulcorada a sus padres, puesto que la relación con ellos estaba un poco distante desde que dejó la universidad. Le aterraba pensar que pudiera tener una enfermedad, sumando otro problema a la familia. Pero era un hecho que empezaban a acumularse las veces que perdía la

memoria.

Quizás necesitaba un reconocimiento, pero odiaba los hospitales desde la vez que fue a hacerse una resonancia magnética y todo salió mal: en medio de la prueba hubo un consumo de energía anómalo, provocando una combustión espontánea del cableado. No fue un incendio muy aparatoso, pero el personal de enfermería y seguridad tardaron en auxiliarla. La opresión de estar metida en aquel cilindro casi sin espacio y viendo cómo el humo lo invadía todo la llevó al límite. Pensó que moriría.

Desde hacía unos días, de una manera intrusiva por el anhelo de justificar su inusitada amnesia, le asaltaban las palabras de la tarotista: «Tú percibes cosas». «Qué tontería. Aunque fuera así, tampoco las recuerdo», se decía a sí misma. Pero esa mañana, cuando se cruzó con su madre durante el desayuno, le preguntó al respecto.

—Estoy esperando al técnico de la lavadora. Es la tercera vez que se nos estropea —iba refunfuñando la madre de Samantha.

—Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta? ¿Qué opinas sobre las pitonisas?

—¿A qué viene eso ahora? Cariño, tu padre y yo llevamos un disgusto muy grande desde que abandonaste los estudios, no me digas que ahora simpatizas con las artes oscuras. ¿Alguna secta satánica? ¿Ibas con ellos cuando...? Todo el mundo sabe que hacen ceremonias en los bosques. ¿Los huesos que encontraste eran para un ritual?

—¡No! Déjalo. Es una tontería que me ha venido a la cabeza. —«¡Que intensa que es siempre!», pensó.

Samantha entendió que sus padres no eran las personas más receptivas. El excesivo carácter de ambos y sobreprotección no ayudaban a que se abriera con ellos. Se inquietaron cuando les explicó que había encontrado un cadáver y, como tampoco tenía una versión coherente, era mejor cerrar el tema. Si los alarmaba más, volverían a insistirle con visitar a un psicólogo para orientarla. A Samantha le faltaban ganas para explicarle a un extraño lo que no sabía ni tenía el valor de enfrentarse.

—Y ahora, ¿qué le pasa a la tostadora? —cuestionó la madre al ver que fallaba el electrodoméstico.



Samanta se evadía focalizándose en su trabajo. Estaba enfrascada en el inventario, cuando se le acercó Martina.

—Acaba de llegar un agente de Policía y quiere hablar contigo. Dice llamarse Ulises. —Samantha puso cara de no conectar ideas—. Le hago unos veinticinco años, rubio, pelo rizado, cuerpo de infarto enfundado en el uniforme de *mosso* y una sonrisa que exhala un bonito acento italiano. ¡Sacado de un libro de Homero! —Martina se deshizo en elogios a los atributos físicos del apuesto agente.

—Será por lo del otro día... Me dijeron que me citarían para tomar declaración formal —manifestó con algo de apuro.

—No te agobies. Te acompaño y si quiere que me tome declaración a mí —dijo con picardía.

Ambas se acercaron a la puerta principal del supermercado donde esperaba paciente Ulises. Bibiana, desde su puesto en la línea de caja, estaba babeando por el agente y, al verlas pasar, cobró dos veces la lata de sardinas de un cliente que no tardó en protestar. Samantha no lo reconoció como alguno de los policías que acudieron al accidente, pero no podía afirmarlo con rotundidad. Quizás lo había olvidado.

—Aquí traigo a Samantha —introdujo Martina.

—Buenas tardes —repuso educado el agente. Samantha correspondió el saludo—. Necesito que me acompañe a comisaría.

—Claro. Pero ¿tiene que ser ahora? Estoy trabajando.

—Eso no es problema —interrumpió Martina en un intento de coqueteo—. Te doy el resto del día libre. Hay que ponerse a disposición de las fuerzas del orden, ¿verdad?

Samantha entró en la parte trasera del coche de *Mossos d'Esquadra* por ofrecimiento del agente Ulises.

—Lo siento, son las normas. No podemos llevar a nadie delante.

Los cristales eran tintados, y una luneta separaba la parte de conductor y copiloto con la trasera. Samantha se sintió como una criminal. Guardó silencio todo el trayecto mientras repasaba su versión de los hechos. Ulises la miraba por el retrovisor de tanto en tanto.



Voces airoas reverberaban desde el despacho del comisario Reyes.

—¿Por qué tengo que ir yo? Que lo haga Falconeri —reprochó Leo a su superior.

—No digas sandeces. Tú eres el inspector a cargo del caso. Es una petición directa de la Consejera del Interior. Creció en la misma ciudad que la víctima y los padres de ambas son íntimos amigos. La cría llevaba veinticuatro años desaparecida y ahora se encuentran sus restos. Eres un hombre de hierro, pero esperaba que tuvieras un poco más de corazón, teniendo en cuenta el caso que nos ocupa. —El comisario echó una mirada hiriente a Leo, pero no más que las palabras que acababa de pronunciar.

El inspector gruñó:

—De acuerdo —repuso a mala gana—. Pero no me pienso llevar a la chica.

—La madre quiere conocer a «la joven que ha obrado el milagro», según sus propias palabras, y que ha encontrado a su hija, Marta, devolviéndole la paz. ¿No vas a complacerla? —Al ver las dudas de su subordinado, se armó de dureza—: Leo, ¡es una orden!

El inspector salió altivo de la reunión con el comisario. Le disgustaba la misión encomendada y no lo disimulaba. En el pasillo le esperaba su fiel escudero, Ulises.

—He preparado el informe —ofreció el agente.

—Hazme un resumen. No estoy de humor para leer ahora mismo —solicitó Leo.

—A la orden —contestó Ulises raudo al enfrentarse al enfado del inspector. Minucioso, empezó a darle los detalles mientras abría la carpeta del informe—: Samantha Zolá. Veintidós años. Autóctona. Hija de Olivier Zolá y Blanca Vila. Estudió Criminología hasta el año pasado. Lo dejó antes de finalizar las prácticas. Reside en el barrio de Navas, en una de las que son llamadas las Casas del Gobernador. Cuando la he ido a buscar no estaba, pero una vecina alcahueta me ha contado que vive con sus padres. El padre es transportista y se pasa varios días viajando con el camión, y la madre es operaria en el turno de noche de una fábrica textil, incluidos algunos fines de semana. Un chico visitaba a Samantha, pero no se le ha vuelto a ver el pelo desde hace más de medio año.

—Si no estudia, ¿hace algo? —Leo quería saber si estaba delante de un caso agudo de *nini*.

—Trabaja en un supermercado desde hace cuatro meses. Por lo que me ha dicho Martina Belmonte, la propietaria, sus capacidades están desaprovechadas en ese empleo, pero no se plantea buscar otra cosa.

—¿Le gusta trabajar? —preguntó como si fuera imposible encontrar a una persona joven que le

agradase ejercer un oficio.

—Así es. Y estoy de acuerdo con la propietaria: está desaprovechada, porque tiene un físico especial —expresó con doble intención, pues buscaba una reacción en su jefe. «*Madonna*, cuando la vea».

—¿Alguna apreciación más? —dijo Leo con cierto desaire. A él ninguna mujer le hacía tambalear los cimientos. El inspector no entendía el motivo del comentario sexista, si Ulises ya era conocedor de su talante.

—De camino aquí se ha mostrado muy callada.

—Bien —dijo Leo satisfecho por el trabajo minucioso de su ayudante—. ¿En qué sala de interrogatorio la has puesto?

—¿Sala...? —titubeó Ulises—. Está en tu despacho. Como me mandó el comisario.

Leo volvió a gruñir. César se la había jugado utilizando al compañero que le asignó en beneficio propio. Estaba empeñado en quedar bien a nivel político porque podría reportarle beneficios al cuerpo y, en concreto, a su comisaría. Todo ello sin quebrantar ninguna ley. Y ahora él se veía en la obligación de pedir un favor a una chica, de la cual solo quería saber cómo pudo dar con un cadáver que nadie antes había encontrado. Era inaudito que la trataran como una invitada.

—Está bien. Si eso es lo que quiere el comisario... La interrogaré en mi despacho —aseveró Leo en alto y con sonrisa audaz.

—¿Preparo café? —se ofreció Ulises.

—Uno con sal en vez de azúcar.

En dirección al despacho, Leo ardía. Ese ya era su estado físico común. Controlaba muy bien la ira para no exteriorizarla, pero esto hacía que su termómetro interno se descontrolase y tuviera calor, aunque fuera en pleno invierno. Por eso no era extraño verlo pasear con una camiseta de manga corta. No necesitaba más. Solía llevarla ajustada para marcar su musculada anatomía. Visión que ayudaba a amedrentar a muchos de los detenidos.

Cuando llegó a su destino, las paredes acristaladas le permitían distinguir el interior del despacho sin necesidad de traspasar la puerta. En las sillas frente a su escritorio no había nadie. Miró alrededor y la vio, de pie, observando sin reservas su pizarra del crimen.



Con el hallazgo por parte de Samantha de los restos humanos, la pesadilla de Leo se había incrementado: Marta se dibujaba como la primera víctima, de la que no se había vinculado a las otras hasta ahora. Quedaba pendiente por saber si el caso prescribiría porque su muerte se databa, según los primeros indicios, en hacía más de veinte años. Leo confiaba en que la jueza Isabel

Cuesta sacase todos sus recursos para que se iniciase la instrucción, pero, aunque la suerte no lo favoreciera, él no iba a dejar de lado esa investigación.

Cuando Leo alcanzó a ver el rostro de Samantha a través del cristal, se paralizó por dos segundos para acto seguido enardecerse aún más, si era posible. No solo porque esa descarada se atrevía a fisgar en un asunto privado de la policía, sino porque el delicado físico de la chica le recordaba a alguien. Le dio un pálpito, pero dejó de lado sus sentimientos y se concentró en su objetivo. Entró en el despacho con su simpatía habitual:

—¿Ve algo que le interesa? —inquirió como señor ante vasallo.

Samantha se volteó de un sobresalto, haciendo ondear al aire su melena durante el giro. Confrontó sus grandes ojos azules con los café del inspector.

—Solo pensaba —dijo parca, acostumbrada a optar por minimalistas explicaciones que, ante aquel imponente hombre sin uniformar, se le antojaban como lo más acertado.

—Inspector Leopold Torat, señorita Zolá —se presentó Leo utilizando su nombre completo y ofreciéndole la mano con determinación.

Al revelarse quién era, Samantha acortó distancias en un signo de obediencia. No obstante, se resistió unos segundos al contacto físico, pero acabó brindándole la mano. Durante la encajada, Leo mostró firmeza para arrugar a su oponente, que ahora que la veía de cerca, con sus deportivas desgastadas, unos simples tejanos y ataviada aún con el abrigo, parecía inofensiva. Una chica sencilla. Notó la frialdad en la piel de ella y se preguntó si Ulises había bajado la calefacción de su despacho a conciencia, aunque él no percibía una baja sensación térmica en la estancia.

Por el contrario, Samantha se quedó atrapada en el tacto cálido del inspector. Le agradó el contraste y no le molestó que la encajada durase unos segundos más de lo estipulado. No era algo ajeno a ella el sentirse confortada por el calor corporal de los demás, teniendo en cuenta que siempre estaba destemplada, pero hacía meses que no disfrutaba de esa sensación fuera de los abrazos amigables de su entorno más cercano.

—Y, ¿en qué pensaba? Si se puede saber —repuso Leo con convicción al notar la languidez con la que Samantha estrechaba su mano.

—Falta una —contestó casi sin pensar, al sentirse todavía algo hechizada por la calidez del tacto.

Ante esa respuesta, Leo la laceró con la mirada. Samantha se percató. Había sido espontánea, de aquella manera que tanto incomodaba a la gente, y ahora precisaba justificarse delante de la autoridad. Continuó con algo de nerviosismo:

—Creo que falta una porque los años son bisiestos: 2000, 2004, 2012, 2016 y 2020. Faltaría la del 2008.

Leo carraspeó incómodo.

—Por favor, tome asiento. ¿Sabe para qué está aquí?

Samantha negó, mientras se sentaba en una de las sillas. Prefirió no hacerse más la lista. Leo bordeó el escritorio y ocupó su sitio.

—La madre de la víctima que usted halló quiere darle las gracias en persona.

Los ojos de la muchacha se abrieron de la sorpresa. Sus pupilas se dilataron y contrajeron en un pulso extraño. Se giró hacia la pizarra y preguntó:

—¿Es una de ellas?

—La primera —confirmó el inspector tras analizarla unos segundos—. Ha sido muy curioso cómo descubrió el cuerpo. ¿Hacia dónde iba que tuviese que coger esa carretera secundaria?

—Me despisté. Estaba volviendo a casa, pero un cordón policial en varias manzanas me obligó a desviarme y me perdí —dijo resuelta. Había estado practicando toda la semana una mentira que sonase más convincente que la verdad que no recordaba.

—¿Se despistó durante diez kilómetros? —apuntilló el inspector, que no se la creía del todo.

La pantalla del ordenador que había sobre el escritorio parpadeó por un segundo. Samantha empezaba a perder el control de la situación con el interrogatorio. Ensayó las posibles preguntas que le podían hacer, pero no se cuestionó una tan simple, y a la vez certera.

—Iba enojada porque unos policías se burlaron de mí. Me dijeron que se había escapado un gato. Nadie bloquea cinco manzanas por eso —Samantha espetó lo primero que le vino a su impetuosa mente y pudo percibir la desaprobación de Leo. Sus excusas sonaban a reproche hacia el cuerpo de Policía. Era lógico que no causaran buen efecto en el inspector. Había vuelto a errar.

En ese momento, Leo conectó que estaba hablando de la operación «Caza al minino». Los hechos eran verídicos, pero algo en ella lo descuadraba.

Ulises llamó a la puerta.

—Traigo café.

—Pasa. —Leo hizo una señal para que la taza con sal la cediera a la invitada.

—Muchas gracias. No me apetece —Samantha rehusó el ofrecimiento, dejando al inspector sin un recurso a su favor.

Hubo un silencio intencionado por parte de Leo para incomodar a la chica. En vista de que producía un nulo efecto, se pronunció:

—Entonces, la recojo mañana en su casa.

—¿Cómo? —preguntó dudosa.

—La madre de Marta lleva veinticuatro años esperando este momento. —Leo se adueñó de las palabras del comisario para conmoverla—. Señorita Zolá, quiere colaborar con la Policía, ¿verdad?

Samantha asintió. No le quedaba de otra después de meterse solita en terreno pantanoso. Era por eso que siempre optaba por el silencio o respuestas prefabricadas. Cuando hablaba su espontaneidad, la dejaba en entredicho, por ser demasiado sincera, o como tonta, por no saber las respuestas.

EL PAPA



Sagaz místico que penetra en la esfera de lo divino. Con rigor y rectitud pretende aliviar el sufrimiento de otros. Convincente en los consejos y razonable orientación. Se vale de la renuncia como antídoto a la inmoralidad.

~ V ~

MVB

Arcano V. El Papa

Antes de lo acordado, Leo llegó a casa de Samantha. Fue una decisión deliberada. Quería tener unos minutos para estudiar el entorno. Costumbre afincada en él. Le ayudaba a recabar información, aunque no se tratase de ninguna sospechosa oficial. Pero para Leo todo el mundo era culpable hasta que se demostrase lo contrario. El comisario Reyes había sido muy explícito en exigirle que la tratara bien, y esa pequeña acción premeditada no contradecía ninguna orden.

Aparcó en el vado de entrada al centro de la manzana, y desde el coche observó el barrio. Aquella zona tenía la particularidad de ser un entramado de calles donde predominaban las viviendas de estilo unifamiliar de dos plantas, pegadas unas a las otras. Todas de un color salmón apagado. De la gama de tonalidades existentes, el que tomó la decisión de elegir la pintura se cubrió de gloria: le daba un aire un poco triste. No parecían muy grandes, pero gozaban de un pequeño jardín en la entrada y aparcamiento propio en el centro de la manzana. Según le informó Ulises tras documentarse, las Casas del Gobernador fueron viviendas de protección social otorgadas a obreros, como lo fue el abuelo de Samantha.

El número noventa de la calle Juan de Garay correspondía a la vivienda que Leo buscaba. Se acercó a la entrada. El pequeño jardín estaba impoluto. Las plantas mejor cuidadas que en cualquier jardín botánico. En el porche había un carrillón que sonaba caprichoso al baile con el viento, y en la puerta un atrapasueños. Quiso hacer el amago de entrar por la verja sin llamar al timbre, pero en ese preciso instante, Samantha salió por la puerta principal.

—Buenos días, inspector. Le he visto llegar. —En realidad, hacía horas que lo esperaba. Era la primera vez que le tocaba acompañar a un policía y tenía un runrún interno. Además, no quería que se enterasen sus padres. Con las teorías catastrofistas que se imaginaban... Ni pensarlo.

En Leo nació la desconfianza: había repasado todas las ventanas para cuidarse de ser descubierto, y en ninguna divisó a Samantha. Esa chica resultaba ser más astuta de lo que se suponía. Si quería obtener respuestas de ella, debería esforzarse más. Utilizaría la estrategia de incomodarla sutilmente.

—Le agradezco que no me haya hecho esperar. —Leo le indicó la dirección donde estaba estacionado el coche.

El automóvil del inspector no era un vehículo rotulado con los logotipos de los *Mossos d'Esquadra*, sino un turismo de color blanco. Un Hyundai Ioniq, el cual era difícil de identificar como coche policial, salvo por las luces de sirena que iban medio camufladas en la calandra. Samantha optó por posicionarse en la parte trasera siguiendo la lógica de cuando fue a buscarla el agente Ulises Falconeri, pero Leo se anticipó a sus intenciones abriéndole la puerta del copiloto. No iba a permitir que se escondiera en los asientos de atrás.



Dos caminos llevaban a Cerdanyola del Vallès, población donde vivía la madre de la víctima: uno por la autovía, el otro por la carretera secundaria donde Samantha encontró el cuerpo de Marta. Como era de esperar, Leo escogió la segunda.

Dentro del coche reinaba el silencio. El inspector no había querido entablar conversación o poner la radio, elemento que ayudaba a sobrellevar los momentos tensos. Confiaba en que inquietaría a su acompañante y esta cometería algún desliz. Contra todo pronóstico, Samantha estaba tranquila. Le encantaba el silencio porque no requería respuestas a preguntas para las que no tenía explicación. Y aunque intuía que el inspector quería buscarle las cosquillas, esa situación le resultaba cómoda porque no propiciaba la interacción.

Al circular de día el paisaje parecía otro, pero cuando llegaron al punto donde se encontró el cadáver de Marta, la cinta policial atada a dos árboles indicaba el lugar del crimen. Leo aminoró la velocidad a conciencia. Quería observar la reacción de su acompañante y no tardó en aparecer: Samantha tragó saliva y siguió muda. Fijó su vista al frente cuando siempre había estado mirando por la ventanilla y sus manos se aferraron al asiento. Reconoció el lugar y no quería volver a verlo. Trataba de mantener la calma, porque no entendía lo que le había pasado, y la explicación plausible la atemorizaba más. Tarde o temprano se vería en la obligación de acudir a un médico para averiguar si había algo malo en ella.

Leo observó con su visión periférica cada mínimo detalle. Palpó el nerviosismo. Había visto el informe de los agentes que llegaron al lugar. Sabía que el coche de Samantha no tenía indicios de que se hubiera averiado. Ahora que pasaban por la zona, corroboró que el móvil no perdía la señal en ningún momento. Era innecesario adentrarse en el bosque para buscar cobertura. Esa chica, que le recordaba tanto a una persona de su pasado, pero que él tenía muy presente, escondía algo relacionado con su investigación. Pero ¿el qué? El primer asesinato se produjo cuando ella no había ni nacido. «¿Qué relación habrá?», se cuestionaba Leo.

Siguieron en silencio el resto del trayecto. Samantha volvía a mirar entretenida el paisaje y Leo de reojo la analizaba. Tenía una lista de preguntas en la mente. Primero acabaría con la misión encomendada y luego llegaría la encerrona. Cuando ella no tuviera a nadie a quien poder recurrir. Lo tenía planeado. Solo debería buscar el contexto que consiguiera desarmarla.

Leo había pensado en parar en la escena del hallazgo del cuerpo. ¡Qué mejor lugar que ese! Aunque era un poco cruel y podría causarle evidentes problemas si la indiscreción de Samantha le llevase a recurrir al comisario.

Cuando pasaron por la intersección del cementerio de Collserola, la reacción de su acompañante le ofreció un mejor lugar: Samantha se quedó mirando la entrada del camposanto. Tembló de miedo. Recordó un episodio que tuvo de pequeña cuando enterraron a su abuelo. Mientras le daban sepultura, ella se perdió en el cementerio y no la encontraron hasta bien entrada la noche. Se había guarecido en un nicho vacío. Samantha tenía cuatro años y, aunque la mayoría de detalles ya estaban difusos, desde aquel hecho nunca más volvió a entrar en un cementerio.

El lince del inspector se dio cuenta de su debilidad y manifestó malicioso:

—Si acabamos pronto podríamos visitarlo. Tengo a varios familiares enterrados aquí. —Era una manipulación más de Leo, pues sus parientes guardaban sepultura en el cementerio de Montjuïc, algunos de ellos con buenas vistas a las lápidas de Ildefonso Cerdá y Carlos Ruiz Zafón.

Samantha le devolvió por primera vez una mirada desorbitada, pero no articuló palabra. El inspector supo que había encontrado su próximo lugar de interrogatorio. Durante un segundo, el Bluetooth que estaba conectado al móvil hizo un *cri-cri* a modo de interferencia. No era extraño que la conexión entre los dispositivos fuera inestable.

Leo consultó la dirección en el GPS y llegaron al domicilio de la familia Kaulitz. Llamaron

varias veces al interfono, pero nadie contestó. Era un contratiempo inesperado, puesto que el comisario Reyes ya había advertido de su visita a la familia. Por suerte, en aquella ciudad tampoco faltaban vecinas fisgonas que se metían en donde no las llamaban.

—Si buscan a Regina, está en la iglesia de San Martín —dijo una oronda señora que paseaba a su *cocker spaniel*.

Leo y Samantha cambiaron de ruta y se dirigieron al lugar indicado. El bullicio denotaba que la misa había finalizado hacía escasos minutos. Vieron a un cura que se despedía en la escalinata de la iglesia de varios feligreses. Leo pensó que era la persona indicada para preguntar. Salió decidido del coche y dio por hecho que Samantha lo seguía.

El inspector anduvo unos pasos y notó cómo le faltaba su acompañante. Todavía permanecía en el coche esperando a que la turba se disipara. A Leo se le acabó la paciencia y, con aire apresurado, abrió la puerta del copiloto y espetó:

—¡Andando! —Samantha obedeció.

—Un sermón maravilloso, padre Dídac —decía un octogenario con piel de pergamino y torso basculado hacia delante, que se sostenía mediante un elegante bastón de madera noble.

—Hoy el Señor me ha inspirado. —Alzó las palmas al cielo en un gesto muy pomposo—. Ramón, espero verle en la misa del domingo en la catedral de Barcelona.

—Allí estaré. Le he pedido a mi hijo que me lleve —se despidió Ramón.

—Buenos días, padre. Soy el inspector Torat. Estoy buscando a la señora Regina Kaulitz —se presentó Leo cuando vio que el sacerdote se quedaba solo. Samantha se situaba a metro y medio detrás de Leo.

—Mis bendiciones. Espero que no sea por nada malo. —Se santiguó el clérigo con efusividad al mismo momento que Leo le negaba con la cabeza para tranquilizarlo—. Está adentro, conversando con el padre Sydow.

—Muchas gracias —expresó Leo e hizo un movimiento rotundo de cabeza a Samantha para que lo siguiera.

Entraron en el templo de estilo modernista que el paso de los años no había doblegado. El olor a cirio impregnaba el ambiente. La planta en forma de cruz latina era dominada por bancos con reposarrodillas a ambos lados de un pasillo central. Divisaron en las primeras filas, las más cercanas al altar, a una mujer y a un sacerdote hablando entre susurros. Parecía una confesión fuera de confesionario.

Mientras se acercaban, la luz del rosetón les arrullaba desde la espalda. Sus sombras proyectadas alertaban de su presencia.

—¿Señora Kaulitz? —La mujer asintió al tiempo que ella y el padre se levantaban del banco. La majestuosa figura del clérigo evidenció, por contraste, la menguada esencia de la mujer—. Soy el inspector Leo Torat y ella es Samantha Zolá.

Los ojos de la mujer se pusieron vidriosos. Sabía por qué estaban allí. El padre Sydow ofreció la rectoría para hablar con calma.

Sentados en una sala donde los claroscuros invitaban a conjeturas de lo más siniestras, la conversación discernía contagiada por las tinieblas.

La curiosidad de Samantha miraba de reojo cada rincón. En una mesita había ejemplares del boletín parroquial; en un perchero descansaba la casulla, el cíngulo y la estola que había llevado el padre Sydow durante la misa; en una vitrina varios objetos religiosos como si se tratasen de souvenirs para la venta.

—¿Saben qué le pasó a mi niña? —preguntó la mujer de setenta años con el rostro marcado por

la aflicción.

—Aún no tenemos todas las respuestas —introdujo el inspector—. El forense ha determinado que las fracturas craneales produjeron lesiones incompatibles con la vida.

La señora Kaulitz se horrorizó. Un quejido precedió al lamento.

—Regina, Marta descansa en paz —intentó conciliar el padre Sydow, sin éxito.

Leo había sido demasiado directo. No pretendía lastimar a aquella pobre madre que, tras veinticuatro años de espera, ahora ya tenía la certeza de que no volvería a ver a su hija, al menos en este mundo. El momento fue demasiado incómodo, y Samantha recordó una de sus clases de Criminología sobre cómo comunicar la muerte a los familiares de un ser querido.

—No sufrió. Por el tipo de heridas se sabe que murió en el acto —dijo una imprudente Samantha.

Leo la miró con soslayo por interferir.

Para Samantha, notar que el inspector desaprobaba su comportamiento la llenó de dudas, que los presentes percibieron, hasta que la señora Kaulitz se las quitó:

—Gracias. —Sonrió la madre mejorando de su apatía—. Inspector, ¿tienen algún sospechoso? —se envalentonó.

El padre Sydow observaba a aquella muchacha de metro sesenta y cinco que procuraba guarecerse en un segundo plano, a la sombra del inspector. Ni orar todos los días con Regina Kaulitz había conseguido el cambio en ella que logró Samantha, con lo que intuía que era una mentira piadosa. Sin duda, un pecado que su Señor no tendría en cuenta, pues constituía en sí mismo un acto misericordioso. Aquellos forasteros formaban un extraño tándem. De tanto observarlos, percibió que la joven estaba cogiendo frío.

—¿Les gustaría pasear por el patio bajo el sol? Temo que el fresco de la habitación nos perjudique —intervino.



El astro rey incidía sobre el espacio abierto que unía la iglesia de San Martín con la rectoría. Samantha había cogido el boletín parroquial y releía la primera página donde se informaba de actos vandálicos y profanación de tumbas en el cementerio municipal de Cerdanyola del Vallès. Caminaba junto al padre Sydow a unos pasos por detrás de Leo y la señora Kaulitz, la cual había acaparado al inspector. Le hacía todo tipo de preguntas en referencia al caso, que Leo driblaba como un maestro para no desvelar detalles confidenciales, y le devolvía la jugada indagando sobre Marta.

—Señora Kaulitz, sé que es difícil. —Leo utilizaba las frases prototipo en estos casos—. ¿Pero se acuerda si sucedió algo anómalo los días previos a la desaparición de su hija?

—Me hicieron esa pregunta en su momento. Centenares de veces me la he hecho yo, y nada. El día que desapareció, era martes. Me acuerdo a la perfección, porque salía un poco más tarde del

colegio, ya que ayudaba en la catequesis. Era una niña normal. Buena alumna, aunque no sobresalía. No tenía rencillas con nadie. Se llevaba bien con sus compañeros.

—¿Algún novio?

—No, que yo sepa. Es muy poco probable, porque si lo tenía tampoco lo sabían sus dos mejores amigas, y eso sería raro. Las adolescentes se lo cuentan todo. Pero... —Regina puso voz de intriga—, un hombre. Varias chicas dijeron que lo habían visto merodear por la zona con una furgoneta azul y quedarse largos ratos fumando en frente del colegio. Tras la desaparición de Marta, él también se esfumó. Las madres tenemos un sexto sentido para estas cosas, y yo sé que ese hombre se llevó a mi niña. Leo, ¿puedo tutearte? —El inspector asintió—. Prométeme que atraparás a ese malnacido.

Hubo unos segundos de silencio.

—Haré todo lo que esté en mi mano para cerrar el caso. Eso es una promesa.

Leo miró de reojo a Samantha. Debía cerciorarse de que estaba controlada, pero también quería verificar que no hubiese escuchado sus últimas palabras. Implicarse con las familias de las víctimas de una manera tan personal era contraproducente. Acababa de cometer la misma falta que minutos antes había recriminado a Samantha. Ella, que no había seguido el hilo de la conversación del inspector con la señora Kaulitz, sí pudo sentir la amenaza silenciosa de Leo al escrutarla con la mirada. La dejaba más destemplada y queriendo fundirse en las noticias del boletín informativo.

—Ha sido un acierto venir al patio, ¿verdad? —inició la conversación Sydow, al que no se le escapaba la inquietud de la joven.

—Sí, padre —se apresuró a contestar Samantha, apartando la mirada del boletín.

—Por favor, llámame Damien. Solo tengo cuarenta años, pero el peso del alzacuello no perdona —dijo con un toque de humor.

Ese comentario desenfadado denotaba que el padre Damien Sydow era poco convencional. Cosa que combinaba a la perfección con su físico nórdico: pelo de briznas doradas, ojos jade, sonrisa perlada y encantadora. A simple vista era muy atractivo, y el hábito no le restaba hombría.

—Dios ha obrado un milagro al permitir que encontraras a Marta. Por fin se podrá cerrar un capítulo doloroso para Regina.

—Fue una coincidencia. Estaba en el sitio oportuno en el momento adecuado —manifestó resignada y deseando que el inspector no la escuchase y la reprobase.

—No hay que menospreciar lo desconocido. Los caminos del Señor son inescrutables.

—No era mi intención ofender, tan solo... no soy la persona más creyente —dijo Samantha con cierto pudor, pues era a un sacerdote a quien se lo confesaba.

—Eso no importa. Dios sí cree en ti. Y en todos nosotros, aunque no le correspondamos o nuestras acciones sean censurables. De joven, en el orfanato, me comportaba como un pequeño vándalo. A punto de cumplir la mayoría de edad nadie apostaba por mí. Pero un día Dios me bendijo con la llegada del capellán Serriñá. No era mucho mayor que yo y le habían encomendado buscar jóvenes que quisieran ejercer el oficio. Me ofrecí voluntario tan solo para poder salir de ese refugio que consideraba una cárcel. ¡Ingenuo de mí! Pronto entendí que esta sería mi vocación.

Damien se quitó un rosario que llevaba a modo de pulsera y se lo ofreció a Samantha.

—No puedo aceptarlo —dijo al padre, dudando de si aquel siervo del Señor le estaba regalando el rosario.

—Concíbelo como una prueba, no como una dádiva. Cuando estés segura de que no tienes fe, entonces, devuélvemelo. En caso contrario, será tuyo.



Leo subió al coche con peor humor de lo que esperaba. Tener que lidiar con los familiares de las víctimas no era su especialidad, pero tras la intervención de Samantha, las cosas habían fluido, e incluso se estableció una confianza con la madre de la víctima que se podría calificar de inapropiada.

Dejando atrás Cerdanyola del Vallès, Leo puso en práctica la estrategia que había ideado y paró en el cementerio. Samantha se apresuró a poner una excusa:

—Inspector, debo volver. Pedí en el trabajo un cambio de turno. Entro en un par de horas. —La voz le salió entrecortada.

—Será una visita rápida. ¿Acaso tiene miedo o es que oculta algo? —se pronunció con total intencionalidad.

Samantha debería haberse sincerado sobre su intolerancia a los cementerios, pero no contemplaba confesar esa chiquillada, y negarse de esa manera ante la autoridad... Ya había percibido cómo Leo la miraba con suspicacia. No quería acrecentar la brecha que la ponía en el punto de mira del inspector. Asimismo, pensó que a plena luz del día y con un policía al lado nada malo le podía suceder. Quiso autoconvencerse de que enfrentarse en ese preciso instante a su miedo sería provechoso.

Dos pasos por detrás del inspector, caminaba Samantha mirando a diestro y siniestro, con el corazón compungido. Las piedrecillas blancas que pavimentaban el camino chocaban entre sí al recibir el peso de cada zancada, y el gabán de Leo alzaba el vuelo con cada ágil movimiento.

Lápidas, mausoleos y nichos formaban un entramado laberíntico de extraña belleza. Algunos llamaban la atención por ostentosos. Y es que no faltaban templete construidos con el mejor mármol de Carrara. Cruces, estatuas de ángeles, algún que otro apóstol y la guadaña adornaban los santos sepulcros más pudientes. Pero, sobre todo, uno no podía ignorar aquellas inquietantes paredes de nichos que a vista de pájaro eran edificaciones en forma de cruz.

Haciéndose el desinteresado, Leo se pronunció:

—Entiendo que quería calmar a la señora Kaulitz, pero no vuelva a meterse en un asunto policial o la arrestaré por desobediencia. No puede ir diciendo cosas que ni siquiera sabe si son verdad. Es joven, y aún piensa que puede actuar con delicadeza, pero «la realidad y la muerte no entienden de sensibilidades».

Samantha sentía la obligación de responder, sobre todo porque él tenía razón y, además, porque identificó la cita extraída de *Crímenes* de Carles Porta. Podía ser una forma de acercar posiciones que ambos vieran el mismo programa. Pero el inspector continuó paseando mientras verbalizaba en alto los epitafios más curiosos, cortando su intención de habla.

—Esa es bonita, «Desapareciendo en cuerpo, pero nunca en la memoria»; «*Game over*», sin duda algunos tienen humor. Aquella es inquietante, «Estaré observando» —dijo esta última con total intención, mirando de soslayo a Samantha.

A Leo parecía divertirle la visita, no tanto por el espectacular cementerio, sino porque veía el terror en la mirada de su acompañante. «Justo como la quería: desarmada». Eso le brindaba una oportunidad de oro. Se posicionó frente a Samantha y le inquirió:

—Señorita Zolá, ¿cómo dio con el cadáver de Marta Kaulitz? La verdad, por favor.

Las piernas de Samantha flaquearon por un segundo. No se esperaba que el inspector la

abordara de aquella manera y, bajo el influjo de su miedo ancestral, se quedó paralizada.

Un soplo frío besó la nuca de Samantha estremeciéndola. Las copas de los cipreses que bordeaban el cementerio empezaron a ondear por un fuerte viento que, desde las alturas, descendía hasta el suelo. Había surgido de la nada y rugía con tanta fuerza que bien parecía la furia de los dioses, o tal vez de los que no descansaban en paz.

El viento se arremolinaba alrededor de ella, arrastrando partículas de arenilla que se alojaban caprichosas en los ojos de ambos, nublándoles la visión.

Samantha tuvo un mal presagio y emprendió, como pudo, el camino hacia la salida. Cuando ya se había alejado unos metros del inspector, una ráfaga de aire se interpuso, desplegándose como un pequeño tornado en movimientos centrípetos a su alrededor. Inmovilizada, calculaba el momento idóneo en el que el torbellino le dejase un quicio por donde escapar. Sentía tanto frío que el vaho acompañaba cada espiración.

Leo, atónito por el cambio climático, divisó cómo una manga de aire que arrastraba ramitas y hojas secas se acercaba a toda velocidad. Pasó por su lado dejando nuevas partículas de arenilla en sus ojos y fue derecho a impactar contra la espalda de Samantha. Ella perdió el equilibrio y cayó sobre sus rodillas. El tornado que la custodiaba pareció disiparse por unos segundos para volver a concentrarse eclosionando sobre el pecho de la joven, como si quisiera traspasarla. Un golpe que la noqueó. Ahora su cuerpo inerte yacía en el suelo. El viento calló.

Por primera vez en su vida, el huracán inspector no había reaccionado a tiempo. Corrió hacia la joven sin saber qué se iba a encontrar. Samantha jadeaba, como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico. Tenía los ojos abiertos y las pupilas dilatadas pese a que la luz del sol reinaba por todo su rostro.

—Señorita Zolá, ¿se encuentra bien? —La chica no reaccionaba. El inspector le tomó el pulso. Apenas tenía, sin embargo, respiraba a niveles de taquicardia. El tacto de su piel era extremadamente frío. Inaudito con todas las capas de ropa que llevaba. Leo la incorporó sujetándola entre sus brazos y palmeó su mejilla—: Glori... Samantha, vuelve. Vamos, vuelve. —Había sufrimiento en sus palabras.

De repente, un cambio en las pupilas: se contrajeron. Samantha exhaló las palabras «tengo fe» y cayó en un profundo sueño. Su mano derecha apretaba con fuerza el rosario que minutos antes el padre Damien le había prestado.



LOS ENAMORADOS



A menudo se dice que los amantes «se pierden uno en los ojos del otro». Es el comienzo. La unidad de los contrarios. Amor compartido. Arcano también llamado «Los Dos Rumbos».

MVB

~VI~



Arcano VI. Los Enamorados

La calefacción del coche estaba encendida. Samantha llevaba puesto su abrigo y sobre él, el gabán de Leo. Hacía rato que se había despertado, pero fingía dormir. Su último recuerdo la situaba en frente del inspector, y este cuestionándola sobre el hallazgo del cadáver de Marta. Trataba de organizar sus pensamientos, pero no había más: otra vez sin memoria.

Después de que perdiera la consciencia, Leo había conseguido arrastrarla hasta el coche. En realidad, se sorprendió de lo poco que pesaba Samantha. Había deducido que por su altura y complexión pesaría alrededor de los cincuenta y cinco kilos, pero él la notó más ligera.

La velocidad disminuía y el claxon de otro coche le indicó a Samantha que estaban en la ciudad. No merecía la pena dilatar aquella situación. Abrió los ojos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con cierto alivio el inspector al ver que Samantha despertaba.

Ella estaba bajo su responsabilidad. Si le pasaba algo, el comisario lo degradaría después de un sermón compuesto por reproches, amenazas y algún insulto injustificado sobre su ineptitud.

Samantha captó al momento que Leo había rebajado la formalidad. Desconocía el motivo de ese cambio de actitud, pero intuía que se escondía en los hechos que no podía recordar.

—Sí. ¿Qué me ha sucedido? —Pensó que la mejor defensa era apelar a su amnesia.

—No soy médico, pero diría que has tenido un ataque de pánico.

El coche paró en casa de Samantha.

—¡Oh! Tengo que ir a trabajar. —Se le encendió la bombilla.

—No te preocupes. He hablado con una tal Martina Belmonte. Te cambia el turno con Bibiana. ¿Quieres que te acerque al Hospital de Sant Pau para que te reconozcan?

—No. Estoy bien. Gracias por traerme. Adiós —dijo Samantha nerviosa. No quería otro interrogatorio. Salió del coche y entró con premura en su casa. Por despiste se llevó consigo el gabán del inspector.



Samantha se había preparado un chocolate caliente y puesto una manta por encima. Su abrigo y el de Leo estaban sobre el escritorio. Llevaba un buen rato mirándolos con recelo. «¿Ataque de pánico?», pensó. Cogió el móvil y buscó las características del trastorno: «Episodio repentino de miedo intenso que provoca reacciones físicas graves cuando no existe ningún peligro real aparente». Revisó los síntomas estandarizados. Los escalofríos y temblores eran constantes en ella; alguna vez había tenido sensación de peligro y quizás los desmayos podían explicar sus pérdidas de memoria. Demasiada información que le costaba procesar. No obstante, un poco más alentadora que tener un tumor en el cerebro, que era la pesadilla que le rondaba.

Posó la mirada sobre el gabán del inspector. Mañana se lo devolvería. Le daba mucha pereza encontrarse con él y que le empezase a cuestionar sobre cosas para las que no tenía explicación, pero sabiendo cómo se las gastaba, si ella no daba el primer paso, le proporcionaba la excusa perfecta para que él la acechara.

Se disponía a guardar el gabán en el armario de su habitación, para evitar que sus padres lo vieran y ahorrarse así preguntas incómodas, cuando el agradable olor a pólvora que desprendía le trajo una visión: el tornado revoloteando a su alrededor y cómo se estrellaba contra su pecho. Ese recuerdo había permanecido apagado hasta que el estímulo olfativo lo activó. Inspiró con necesidad el abrigo, esta vez hundiendo la nariz en él. La voz clara de Leo resonó en su cabeza: «Samantha, vuelve. Vamos, vuelve». Al mismo tiempo, sintió el tacto de unos brazos que la sostenían.

No podía dar nombre a lo que le estaba pasando, pero no cuadraba ni con un ataque de pánico ni con otra enfermedad ortodoxa que ella conociera. La visión del tornado, las voces en su cabeza y ese cálido abrazo invisible parecían muy vívidos. Y si no eran reales... ¿Percibía cosas? Sintió frío y unas ganas irrefrenables de poner punto y final a sus incógnitas, aunque tuviera que buscar las respuestas en el lugar más recóndito del mundo.



A cinco minutos de que Sibel cerrara, entró Samantha en su local. Sin pensarlo demasiado, había guardado la tarjeta que le dio la tarotista y ahora estaba agradecida de no haberla tirado. Tenía muchas inseguridades al respecto: no quería aceptar explicaciones a cualquier precio.

Empezó a recorrer la tienda con cierto pudor, dejando embelesarse por artilugios esotéricos de todo tipo: velas de colores, amuletos, inciensos, tapices, chacras, naipes del Tarot... Tenía un aire exótico.

Sibel, que había escuchado la campanilla de la puerta, se acercó a la entrada. Cuando vio a Samantha una sonrisa de ternura se dibujó en su rostro.

—Has vuelto a sentir el frío, ¿verdad? —preguntó la tarotista a modo de presentación.

—Frío con vaho incluido —se dijo para sí misma, pero en un tono que oyó Sibel.

—Ectoplasma... —titubeó la tarotista.

Samantha hizo una mueca de extrañeza. Ese concepto lo había oído en la película *Cazafantasmas* y era el residuo que dejaban los espectros.

—No sé qué me pasa —prosiguió Samantha mientras luchaba porque las lágrimas no se visibilizasen en su rostro. Las luces del local hicieron el amago de apagarse.

—Eres una catalizadora —aclaró la tarotista, e invitó a Samantha a su sala de espiritismo.

Sentadas alrededor de la mesa redonda de mantel esperanza, Sibel empezó a barajar sus naipes mientras hablaba.

—Explicarte todo requiere tiempo, pero podemos empezar hoy. ¿Qué quieres saber?

Samantha conocía lo mismo que todo el mundo sobre habilidades extrasensoriales. Aun así, preguntó:

—¿Qué es ser una catalizadora?

—Eres médium. Tienes la habilidad de contactar con las almas errantes que ya no habitan en nuestro mundo. Las que se encuentran atrapadas en el purgatorio donde no avanzan ni retroceden. Tú eres capaz de mirar al abismo de los espíritus e invocarlos. Casi con toda seguridad, hasta los puedes hospedar en tu cuerpo. La sustancia vaporosa que confundes con el vaho es el ectoplasma. Ocurre en determinadas circunstancias durante la comunicación con los muertos.

—¿Estás hablando de posesión? Es imposible. Lo hubiera notado. —Samantha no era una ingenua y todo aquello le sonaba a cuento.

—Lo que ocurre después de la muerte es cuestión de lo que cree cada persona —introdujo

Sibel para romper la coraza—. Dime, ¿tu temperatura corporal es siempre baja? ¿Sientes un frío que no puedes aplacar? ¿Tiemblas con frecuencia o te recorren escalofríos por la espalda y la nuca? ¿Has perdido en alguna ocasión la memoria?

Samantha había asentido, mentalmente, a todas las preguntas con un «sí», pero no quería sugestionarse. A muchas personas les pasaba lo mismo que a ella, y no iban a ser todas médiums como decía Sibel.

La lámpara sobre sus cabezas parpadeó.

—Gracias por contestar —dijo la tarotista.

—Yo no he dicho nada.

—La lámpara lo ha hecho por ti. Haces fluctuar la electricidad con tu energía. Seguro que habrás presenciado más de una vez apagones, o que se te estropeen los electrodomésticos a menudo.

Para esas preguntas, las respuestas también eran un «sí». Samantha empezaba a creerse las palabras de Sibel. El escepticismo se esfumaba.

—¿Qué pensarán los demás de mí? —Casi le preocupaba más que la tratasen de chalada que de ser catalizadora.

—El tema de la credibilidad es nuestro punto débil —aseveró con resignación.

—¿Entonces...?

—Puedes tratar de ignorar tus capacidades por miedo o porque te exijan demasiado. Sin embargo, yo te sugiero que aprendas a controlarlas y las potencias. Seguro que estás confusa, pero dar la espalda a lo que eres sería negarte a ti misma. Además, es decisión tuya si deseas o no confiárselo a alguien.

—¿Tú también eres médium? —Samantha tartamudeaba aferrándose a un clavo ardiendo, porque no conocía mejores opciones.

—Yo no tengo esa clase de talento. Utilizo otros medios —dijo señalando con la mirada el tablero de *ouija* que tenía en la consola de la derecha—. Pero sí poseo algunos conocimientos y trucos que te puedo transmitir. Y, bueno, tengo cierta sensibilidad que me conecta con las personas. Por eso supe que eras médium: al analizarte, lo sentí.

Sibel percibió no solo las dudas de Samantha, sino su desconfianza. Dejó de barajar los naipes y procedió a hacer una tirada de tres, poniendo las cartas sobre la mesa, una al lado de la otra, en forma horizontal.

—Empecemos por algo fácil y que, a su vez, es mi especialidad: el Tarot. Se usa como medio de adivinación del pasado, presente y futuro. Es un tipo de cartomancia y la manera rápida de dar una respuesta clara. El Arcano de la izquierda representa el presente; el de la derecha representa el futuro; y el del medio es el resultante.

Los naipes que Sibel barajaba con tremenda destreza eran peculiares: habían sido diseñados por Salvador Dalí. El toque surrealista encajaba a la perfección con los momentos que Samantha vivía.

Las cartas que se voltearon fueron: a la izquierda, La Emperatriz; a la derecha, El Mago; en el centro, Los Enamorados. Samantha no pudo reprimirse.

—¿Eso significa que me voy a enamorar?

—Esa es la explicación más profana. También simboliza la toma de decisiones. Intuyo que tu persona está representada por La Emperatriz. Se te va a presentar una encrucijada y tienes dos rumbos. Uno es el que ya conoces. Es seguro. Estás habituada a él. El otro será un mundo de nuevas posibilidades. Da miedo, porque está inexplorado. Un hombre se cruzará en tu camino.

—Sibel calló mientras visualizaba las dudas silenciosas de Samantha—. Es hora de que salgas de tu crisálida.



CARRO

EL



Hay un tiempo para la reflexión y un tiempo para la acción. El carro es la partida hacia la conquista. La manera de conseguir los logros hablará de la progresión espiritual.



~VII~

MVB



Arcano VII. El Carro

Samantha entró en la comisaría hecha un manojo de nervios. Maldita la gracia que le hacía verse con el inspector y su insaciable perorata. Para sus adentros, se reía pensando en la cara que pondría si le confesara que tenía todos los puntos para ser una médium, y no estar padeciendo ataques de pánico como sentenció el presuntuoso del inspector. A pesar de las dudas y la necesidad de que fuera un asunto *top secret*, había decidido darle una oportunidad a Sibel y sus teorías. El resto de opciones le daban demasiado miedo. La tarotista le ofrecía la única que necesitaba: esperanza.

Se dirigió al mostrador. Con un poco de suerte podría dejar el gabán a alguien y largarse. A través del cristal blindado se pronunció:

—¿Está el inspector Leopold Torat?

—¿Quién lo busca?

—Samantha Zolá. Vengo a devolverle...

—¡Señorita Zolá! —exclamó una voz a sus espaldas—. Soy el comisario César Reyes. ¡Qué bueno conocerla en persona! Tenía pensado llamarla para agradecerle su colaboración durante el día de ayer. Déjeme que la invite a un café.

El comisario, que no era mucho más alto que Samantha, tenía una incipiente calva y la tripita de la felicidad. Se notaba que dejó de ser un hombre de acción hacía tiempo para sumergirse en los asuntos de oficina. De cara risueña y talante jovial, la expresión de sus ojos adquirió un viso especial cuando observó en detalle a la joven.

—Comisario, ¿localizo a Torat? —preguntó el agente que aguardaba en el mostrador.

—Sí. Dígale que le esperamos en mi despacho.

César Reyes arrastró sin mucho esfuerzo a Samantha, que estaba persuadida por aquel hombre bonachón, tan opuesto en temperamento al inspector. Aunque no apreciase interactuar con extraños, era satisfactorio el trato que le dispensaba la máxima autoridad de la comisaría.

Se reafirmó en su comodidad con César mientras tomaban café, al ver que este llevaba todo el peso de la conversación y ella se podía limitar a escuchar. Sin necesidad de recurrir a ninguna mentira.

—Como le decía, le estoy muy agradecido. La consejera me ha felicitado por como atendió usted a la madre de Marta. Sus familias se conocen de toda la vida. Son temas delicados y hay que tratarlos con tacto.

—Solo iba de acompañante. —Samantha no quería atribuirse más triunfos de los justos, pero empezaba a darse cuenta de que ese caso era especial debido a las implicaciones políticas que tenía.

—Según tengo entendido estudió Criminología.

—Me quedaron pendientes las prácticas. No tengo el título —se sinceró Samantha, a la que no le resultó extraño que el comisario supiera esa información. Seguro que el pedante del inspector estaba detrás de eso también.

—¿Y ha pensado en retomar los estudios?

—Es que... —dudó en pronunciarse, pero se rindió ante la afabilidad del comisario—: Tuve una mala experiencia haciendo las prácticas y abandoné.

—¿En serio? ¿Dónde las hizo?

—En el Departamento de Justicia, en el Instituto de Medicina Legal.

—¿No me diga que en el servicio de patología forense? —Samantha asintió—. ¿Pero cómo se le ocurre a una flor delicada como usted meterse entre cadáveres? ¡Eso asustaría a cualquiera! Mi hija quiere ser médico forense, y ya le he advertido que no todo es tan bonito como lo que se ve en *C.S.I.* ¡Cuánto daño ha hecho la televisión! —César consiguió sacarle una sonrisa a Samantha con su comentario—. Cuénteme, ¿qué le pasó?

—Me quedé encerrada en el depósito. —Samantha respondió como un acto reflejo.

Se sentía cómoda y no reparaba en contestar sin tapujos al comisario. Sin embargo, una vez revelado su pequeño secreto hizo una pausa. Le dolía continuar relatando ese siniestro pasaje. El recordar cómo la fatalidad hizo que se atrancase la puerta del depósito, al mismo tiempo que hubo un apagón de luz que obligó a evacuar el edificio. Quedó vacío durante horas, salvo por Samantha y una veintena de cadáveres. Ahora que reflexionaba sobre ese suceso, empezaba a parecerle un hecho más paranormal que no fortuito.

—Hay muchos otros sitios donde realizar las prácticas —dijo César al ver que a Samantha le costaba continuar—. En esta comisaría tenemos alumnos. Si usted quisiera retomarlas ya le digo de entrada que la aceptaríamos. Creo que puede valer por sus habilidades empáticas. Conozco a un par de profesores de la Universidad de Barcelona que nos podrían ayudar con los trámites. Sería fácil de encauzar.

Samantha abrió los ojos ante tal propuesta. No se podía creer que el comisario la alabase. Sobre todo, haciendo mención a una capacidad donde el contacto y el conocimiento humano eran el fundamento. No obstante, reconocía que Criminología se había convertido en un asunto pendiente. Poder retomarlos era un sueño que ya se había resignado a perder.

Mientras los pensamientos tomaban forma de quimera, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el comisario.

—¿Me querías ver? —Entró Leo al despacho sin expectativas. Cuando se percató de quién acompañaba a César, añadió hastiado—: Samantha, ¿qué haces aquí?

—¡Qué modales, inspector! —refunfuñó el comisario.

—He venido a devolverte el abrigo. Siento habérmelo llevado —intervino Samantha con premura. Podía aguantar los silencios, pero cuando Leo se dirigía a ella, la cohibía poniéndola algo nerviosa. Leo oteó su gabán como si fuera un bulto sospechoso.

—No se disculpe. El hosco este merece perder hasta el salario. En fin, acércate, Leo. Le estaba comentando a la señorita Zolá cómo nos han llovido los halagos desde ayer.

La primera impresión del inspector al ver a Samantha fue que se estaba quejando de cómo él la había tratado, del asunto del cementerio y que aquello acabó en un ataque de pánico. Esperaba enfrentarse a la cólera de su superior, y aunque no temía a César, puesto que eran grandes amigos, tampoco quería escuchar ningún reproche al respecto. Sin embargo, se daba cuenta de que aquella muchacha de aspecto frágil no era una pusilánime que iba de correveidile y, además, parecía llevarse a las mil maravillas con el comisario.

—Debería marcharme —manifestó Samantha.

—Por supuesto. Leo la acompañará a la salida. —El inspector hizo un ademán de queja mudo, inadvertido por los presentes—. Y recuerde lo que hemos hablado sobre las prácticas. Si se

decide, llámeme.

Leo y Samantha caminaban en paralelo por los pasillos de comisaría. El inspector siempre alardeaba de que sabía controlar los silencios para poner en jaque a los delincuentes. Pero en esta ocasión, la que ganaba la partida era Samantha, que se mostraba muy cómoda sin mediar palabra. Ella poseía el control y Leo era incapaz de revertir la situación. Una mocosa de veintidós años le vencía en su terreno. Eso lo desquiciaba. No debía subestimarla porque era lista. Dedujo a la primera el patrón de los años bisiestos, pero había más. Su intuición de policía le decía que solo estaba viendo la punta del iceberg. No pararía hasta descubrir lo que estaba oculto. No obstante, tenía que actuar con cautela porque no quería otro incidente como el del cementerio.

—Podríamos quedar un día —dijo el inspector. Samantha lo miró aturrida mientras recordaba cómo olisqueó su gabán. Se ruborizó agachando la cabeza. «Así es como te quiero», pensó Leo —. Tengo algunas preguntas pendientes para cumplimentar el informe de Marta Kaulitz.

Por una milésima de segundo, Samantha pensó que el inspector se interesaba por ella. Era una tonta por creerlo. Solo le tomaba el pulso: reconfortándola en los silencios y descontrolándola en el trato directo.



—¡Samy, chica! Pero ¡qué suertuda estás tú! Dentro de poco llevarás esposas, y no para usarlas en la intimidad. Aunque ya te digo que no me importaría ponérmelas con ese agente que te vino a buscar el otro día —expresó Bibiana con desparpajo refiriéndose a Ulises Falconeri, mientras le daba una calada a su cigarrillo.

—No te burles, es un tema serio —dijo Samantha con pesadumbre.

—Por eso tienes que aceptar la propuesta del Emperador.

—¿De quién?

—Del comisario.

—¿César Reyes?

—Precisamente, y por duplicado Emperador: por César y por Reyes. ¿Es que quieres trabajar toda la vida en el supermercado?

—Me gusta estar aquí. ¿Qué hay de malo?

—¡Todo! Tienes una oportunidad de oro. Más de lo que puede desear la mayoría. Desaprovecharla es como si nos robases los sueños a los demás.

—El descanso acabó hace cinco minutos. —Se acercó Martina a la parte trasera del local donde estaban ambas.

Bibiana volvió a la línea de caja y, cuando Samantha hacía lo propio, Martina la detuvo.

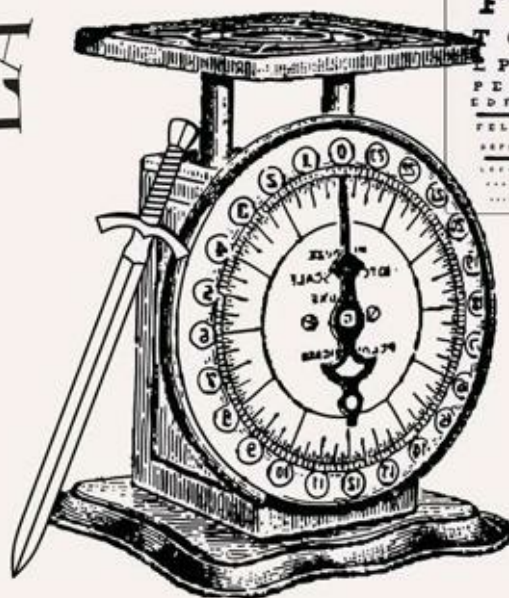
—Samantha, perdona que me meta. He escuchado vuestra conversación y soy de la misma opinión que Bibiana: deberías retomar tus estudios. Eres mi mejor trabajadora y no te quiero perder, pero es hora de que conquistes otros horizontes. Puedes ofrecer al mundo mucho más que listas de inventario.

—Hablas como mis padres. Ellos me insisten igual que tú —suspiró Samantha y esbozó una liviana sonrisa para no ofender a su jefa.

La vida de Samantha se bifurcaba en dos posibilidades, como pronosticó el Arcano de Los Enamorados. Pensó en volver a consultar a Sibel para saber qué rumbo debía escoger.



LA JUSTICIA



Elección de la lógica sobre la emoción como principio guía. Equidad, disciplina y severidad que pueden desembocar en la obediencia ciega. Afinidad hacia el ajusticiado al sentir sus transgresiones como las faltas propias.

~VIII~

MVB



Arcano VIII. La Justicia

Nacer y vivir rodeado de miseria tenía un coste. Pero si uno no aceptaba su condición, las repercusiones empeoraban.

De pequeño había sentido la peor de las pobreza: la moral. Traído al mundo en una de las zonas de más bajos recursos de la ciudad. En la época donde los merenderos aún ocupaban ilegalmente la playa de la Barceloneta. Allí, su padre, pescador de toda la vida, había tenido aspiraciones mundanas y creado su pequeño chiringuito, al amparo de lo que años después sería el objetivo de la ley de costas.

La Justicia, como se llamaba el local, funcionaba en la cocina con las manos de su madre y en la barra con las de su padre. No obstante, la balanza estaba desequilibrada: su padre se encargaba de atender a la clientela y eso nunca era una tarea fácil, pero su madre era la que se levantaba a primera hora para preparar el menú y la última en acostarse después de limpiarlo todo. Siempre la última, porque, aunque su marido estuviera con ella, se quedaba noqueado bebiéndose parte del suministro de cerveza San Miguel día sí y día también. Por estos motivos, y algunos vicios más, el chiringuito a duras penas cubría gastos.

Al Loco, desde pequeño, se le impidió la escolarización. Su padre no quería un hijo de letras afeminado. El niño continuaría el negocio o sería marinero. Y para eso, el patriarca consideraba que toda instrucción académica era innecesaria.

Por suerte, su madre, quizás por su espíritu juvenil al ser diez años más joven que su marido, no obedecía a las sandeces que este decía y, a escondidas, enseñó a leer a su pequeño con el único libro que había en la casa: la Biblia. También le daba algunas lecciones de Matemáticas y de Geografía. Muy oportunas para que nadie se percatara de su falta de escolarización, ya que les podría traer consecuencias si algún vecino le daba por denunciarles.

Su mundo abarcaba muy poquito, pero gracias a su madre, gozaba de momentos de felicidad. Ella le hacía olvidar la ignorancia de su padre en intelecto y modales. Siempre desagradable cuando llegaba febrero, acusándole de casi provocar la muerte de su madre cuando le dio a luz. Le recordaba que se había hecho justicia divina naciendo un veintinueve de ese mes, porque no se merecía celebrarlo cada año, como el resto del mundo. Sin embargo, con ternura, su madre le daba una versión bien diferente: lo acunaba por las noches diciéndole que Dios le otorgó el día más especial que, por su singularidad, solo se repetía cada cuatro años. La reacción del Loco era aferrarse al cuerpo de su madre en un abrazo lleno de dolor.

Pero el odio de su progenitor iba más allá. No entendía cómo su hijo había nacido con los ojos claros y esos rizos de oro siendo él y su mujer morenos, aunque ella sí poseía una preciosa mirada celeste. La madre apelaba a que el niño se parecía a su bisabuelo, pero eso no convencía al padre que, o bien pensaba que su mujer era una adúltera, o que ese niño era el hijo del mismísimo Satanás. Y es que su vástago no había heredado ninguno de sus toscos rasgos.

Ante tales acusaciones, que no eran veladas en presencia del niño, su madre siempre le repetía el proverbio 4:23 para confortarlo:

—«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida».

De esta manera dulce le quería transmitir que lo importante es la esencia de una persona, los pensamientos, sentimientos, deseos, voluntad y decisiones. Que Dios examina el corazón de un hombre, no solo su aspecto externo y lo que aparenta ser.

El niño intentaba decantarse por la bondad que su madre le inculcaba. Obviar las salpicaduras de pintura violácea que decoraban el cuerpo de ella, tal y como su madre las describía. Siempre buscaba las palabras adecuadas, y su hijo rezaba con fervor para que cuando fuera mayor encontrase a alguien tan especial como ella.

En abril de mil novecientos noventa y uno se desató la catástrofe: dieciocho de los chiringuitos, entre ellos La Justicia, fueron derribados por las excavadoras del Ministerio de Obras Públicas al no tener la concesión para instalarse en primera línea de playa. Fue un mazazo para la familia que no logró reponerse. Su madre aceptaba cualquier trabajo que le ofrecían, y lo poco que ganaba, su padre lo maladministraba en alcohol.

Un año después, coincidiendo con su doceavo cumpleaños, el mundo se silenció. Fue el agotamiento de una vida inútil la que quebró la paciencia de todos. Era la noche del veintiocho de febrero cuando la retahíla comenzó. Su padre yacía inconsciente de su última borrachera en el sofá. Faltaba poco para que en el reloj de péndulo tocase la hora de las brujas, momento en que llegaría su madre del trabajo. Él la esperaba arropado en su cuarto. Sabía que le daría el último beso de buenas noches y lo esperaba con ansia.

Oyó el leve ruido metálico de las llaves al girar en el paño y los comedidos pasos que buscaban el sigilo. La cómoda de la habitación de al lado hizo un leve sonido cuando uno de los cajones se abrió: su madre se estaba cambiando.

Pasados unos minutos, el pomo empezó a girar, y la puerta de su habitación buscó abrirse con letargo. Un haz de luz proveniente del pasillo se filtró sobre la cama, tan fino como el filo de un cuchillo. En ese momento, el Loco prendió el radiocasete y la melodía *Sweet Dreams* eclosionó en el silencio de la noche. Era la canción favorita de su madre.

—¡Sorpresa! —exclamó.

—¡Shhh! Mi dulce niño. No queremos despertar a tu padre.

Pero era tarde. Los electrónicos acordes encendieron la ira de su embriagado progenitor. Como una fiera fuera de control irrumpió en la habitación. Comenzaron los reproches sobre su nacimiento y que era fruto del demonio y no de Dios. Su madre no podía permitir más el avasallamiento. Cargó contra su marido en una ofensiva de insultos, sentenciando la discusión con unas palabras inadmisibles para él: «Mi hijo y yo nos vamos de casa».

Hay cosas que es mejor hacerlas y no decirlas. Aquella fue la última noche de ella. El Loco vio cómo su padre rodeaba con las manos el cuello de su madre, presionándolo con enajenada fuerza. La cara de ella se estaba tornando en salpicadura violácea al completo. La vida le decía adiós.

En la mente del Loco, aún por formar, se apagó la esperanza haciendo de la venganza la justicia. Cogió de la cocina un cuchillo y, ante la incredulidad de su progenitor, en un movimiento fugaz, se lo clavó en el estómago. Aunque la herida fue certera, no tuvo la suficiente fuerza para llevárselo en el acto. Este retiró con sus manos el arma blanca inserta en su propio abdomen, bañando con gotas de sangre el impoluto camión blanco que vestía el cuerpo ya inerte de su esposa. Lanzó contra su hijo una ofensiva para intentar matarlo.

—Te sacaré el corazón, engendro del mal —le gritó, profiriéndole una estocada en el pecho.

La providencia hizo que su padre cayera desangrado antes de poder extraerle el corazón, pero

no evitó dejarle una cicatriz de recuerdo en el pecho el mismo día que cumplía doce años.

Cuando la Policía se personó en la escena del crimen, la visión fue dantesca: el Loco permanecía recostado al lado del cadáver de su madre y entonando en llantos *Sweet Dreams*. El niño la abrazaba tratando de aferrarse a la esperanza que le acababan de robar. Entre sus manos, el corazón de ella. Las sangres de ambos se entremezclaban. A la fuerza tuvieron que separarlo de su madre y cuando intentaron quitarle el órgano enloqueció gritando: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida».

El crimen fue la comidilla de los vecinos del barrio de la Barceloneta, pero pronto cayó en el olvido. Los preparativos de las olimpiadas de mil novecientos noventa y dos lo opacaron.



EL ERMITAÑO



Búsqueda interior mediante el aislamiento. El ermitaño no avanza sino sobre terreno en el que se siente seguro. Capaz de comunicar lo que desea en el momento preciso. Invita a la prudencia y la sabiduría.

~IX~

MVB



Arcano IX. El Ermitaño

Samantha volvía a visitar a Sibel. Después de la primera sesión, tras pensarlo por enésima vez, concluyó que la tarotista podía ser la única persona a quien confiarle sus miedos sin que la tratara de trastornada. Había mucho que contar, pero mucho más por saber.

En la sala de espiritismo, Sibel ponía a punto sus péndulos mientras le explicaba a la joven:

—Hay de madera, metal, cristal o minerales. Las formas son muy variadas, como este de Karnak, —mostró uno alargado—, o este en espiral. —Un alambre moldeado como un cono invertido—. Incluso los mejores médiums crean los suyos propios menos convencionales. Se utilizan para la Radiestesia. Si te estás preguntando qué significa eso, debes saber que todas las cosas existentes en el mundo poseen radiaciones. Por lo tanto, es la capacidad para detectar, cualificar y medir el espectro de esas radiaciones correspondientes al cosmos: humanos, animales, vegetales y minerales.

—¿Y qué utilidad tiene? —preguntó Samantha.

—Las oscilaciones y giros del péndulo pueden darnos mucha información. Responden a nuestras preguntas. Pero también funciona como un localizador, y si el péndulo se queda inmóvil indica que el ser por el cual se pregunta ya no está en este plano, o revela sobre un mapa el lugar de desaparición.

—¿Puedo coger uno? —dijo prudente.

Sibel asintió acercándole la caja forrada de terciopelo negro, donde estaban puestos en paralelo cada uno de sus péndulos. Samantha no sabía decidirse y eligió uno de espiral *mini*. Como si el pequeño tamaño fuera a concederle menor repercusión. Sosteniéndolo por la cadena, osciló lateralmente.

—Pregunta mal formulada —resolvió Sibel captando la atención de Samantha. En ese momento el péndulo se quedó quieto *ipso facto*—. ¡Vaya! Acumulas mucha energía. —La joven la miró incrédula—. El péndulo se mueve bajo los impulsos de tu pensamiento. Lo guías como catalizadora que eres.

Samantha retornó el colgante a su repositorio con cierto reparo, pensativa. Sibel no la interrumpió en su debate interno con ninguna explicación más. La tarotista intuía que Samantha quería decir algo y no se atrevía. Le daba espacio para que ella confiase.

—Me pasan cosas... —se pronunció al fin—. He tenido episodios de amnesia y sensaciones que no recuerdo haber vivido.

—Cuéntame más —pidió Sibel.

Samantha, con un nudo en el estómago, le relató cómo había dado con el cadáver de Marta. Detalle tras detalle, de los que se acordaba, por supuesto.

—No entiendo qué me pasó ni cómo llegué hasta allí. —Samantha sonó frustrada y avergonzada.

—Fuiste poseída. —La tarotista hizo una breve pausa y prosiguió—. Las almas errantes se encuentran en un abismo metafísico. No están en el mundo de los vivos, pero tampoco en el de

los muertos. Se han anclado en el paso intermedio porque tienen alguna cuenta pendiente que saldar, y buscan a catalizadores como tú para transmitir su mensaje. Esa alma quería que su cuerpo fuera encontrado, y por el lugar donde me has dicho que estaba, si no hubiese sido por ti, jamás se hubiera localizado.

—Pero... ¿cómo funciona? ¿Hay almas por todos los lados? ¿Cómo puedo saber que voy a ser poseída?

—Cuerpo y alma se disocian, y esta última ya no volverá a su «carcasa». El errante se queda varado en lugares físicos con carga emocional, invisibles a nuestros ojos, puesto que están en otro plano. Generalmente, en el mismo sitio donde han fallecido, pues es donde se produce el mayor impacto emocional, pero no es extraño que busquen refugiarse en los espacios que en vida eran zonas de confort, como su propia casa, por ejemplo. En ocasiones, el espíritu se queda como en estado de *shock* incapaz de entender la disociación. Las almas resistentes a aceptar la muerte siguen a su cuerpo allá donde vaya. Muchas acaban errantes en los cementerios custodiando su lápida, esperando que su cuerpo vuelva a la vida. Dime, ¿qué es lo último que recuerdas antes de encontrarte en la carretera donde se te paró el coche?

—Tengo un vago recuerdo de ir conduciendo y detenerme en un control de Policía. Estaba perdida porque no conocía muy bien las calles.

—¿Era la primera vez que pasabas por allí?

—Sí. Había quedado con mi jefa en la escuela de su hijo.

—¿En algún momento sentiste el suspiro helado? —Samantha hizo una mueca de no entender la pregunta. Sibel matizó—: Como si alguien te soplara en la nuca y un escalofrío te recorriera el cuerpo dejándote entumecida.

Esa descripción se ajustaba a lo que le había pasado en aquella ocasión y otras tantas. No tenía idea de cómo la tarotista podía saber un detalle tan íntimo si no lo había explicado a nadie. Cada vez estaba más predispuesta a aceptar lo increíble. No se atrevía a contestar, pero la lámpara les hizo un guiño que Sibel interpretó como un sí.

—Ahí lo tienes. El suspiro helado te indica la llamada desde el abismo.

—¿Es terrible y da miedo! ¿Cómo puedo evitarlo?

—No tengo respuesta para eso. Jamás he conocido a nadie que quiera bloquear el mensaje de un alma errante. Debes comprender que te ha sido otorgado un extraordinario don, y a quien mucho se le da, mucho le será requerido.

—No puedo vivir así. Cuando pasa no soy consciente de mis actos y no recuerdo nada. Ahora han aparecido también las visiones...

Samantha le explicó cómo al oler el gabán, sus sentidos le habían devuelto imágenes y sensaciones.

—Déjame ver... —Sibel cogió un libro, sin título, negro y púrpura, que descansaba en un estante. Lo ojeó—. Esto podría ser psicometría: «Habilidad de sentir cosas a través de objetos». Si posees esa capacidad, quizás puedas controlar mejor tu don.

—¿Cómo?

—Debes asociarte a un objeto puro y que sea conductor de energía.

—¿Un talismán?

—Algo así. Pero debes elegirlo tú y otorgarle la función de nexo entre el momento inconsciente, cuando estás poseída, y del mundo consciente, cuando dejas de estarlo.

Sibel le explicó que podía ser cualquier objeto, o de madera, por la nobleza, o de metal, por ser el mejor transmisor. Debía llevarlo siempre encima para que estuviera presente en el momento de

la posesión. Cuando el errante abandonase su cuerpo, parte de la esencia quedaría adherida al objeto, como si fuera un repositorio, permitiendo al catalizador sentir lo sucedido una vez consciente. En otras palabras: funcionaría como estímulo para liberar el recuerdo.

Distaba de ser un asunto sencillo, sin embargo, Samantha entendía que era el camino a seguir. Si Sibel estaba en lo cierto, había tenido una posesión reciente, la de Marta. En cuanto al episodio en el cementerio, era algo más complejo todavía. La tarotista lo atribuyó a una sobrecarga en forma de remolino, motivada por varios espíritus intentando utilizar a Samantha como catalizadora. Sus energías se confrontaron en una lucha por la puja de su cuerpo que agotó a la médium sin que la posesión se efectuara. Las almas errantes frecuentaban los cementerios. Que una catalizadora se personase en el Huerto del Señor era como agitar un avispero.

En cualquier caso, estaba claro que no se decidía cuándo ser o no poseída. Samantha comprendió que aprender a convivir de la mejor forma posible con ello era su única opción. Y por consejo de Sibel, y propia voluntad, los cementerios debían estar vetados hasta que dominase mejor sus habilidades.



Una vez en casa, Samantha empezó a sopesar opciones para encontrar un objeto psicométrico adecuado. Aunque solicitó a Sibel que la orientase un poco más, esta le había insistido en que era una decisión que debía tomar por su cuenta. «Nadie puede interferir entre una médium y sus métodos», le dijo mientras le daba su libro negro y púrpura.

Samantha valoraba que, si debía llevarlo encima, mejor buscar algo pequeño y lo suficiente común para evitar preguntas incómodas si alguien lo veía, como alguna pieza de bisutería. Buscaría en su joyero algún colgante. Con eso podría cubrir la parcela de que fuera de metal, aunque careciera de la pureza de la madera. Pero en ese instante le vino en mente el rosario que le regaló el padre Damien: era una pulsera de la cual colgaba una crucecita de madera, e inserta en ella la figura de cristo crucificado en un metal que parecía plata.

Con el rosario en sus manos, empezó a inspeccionarlo. Dudaba de si era una profanación utilizar un objeto religioso para una empresa como la suya. Pero nada en la parapsicología ponía en cuestión las creencias religiosas, por lo tanto, no estaba entrando en contradicción u ofensa. Pensó que al menos valía la pena probárselo a ver cómo le quedaba en la muñeca, ya que lo tenía todo: madera y metal.

El cierre se situaba justo en la parte superior de la cruz, así que cuando lo desabrochó, el abalorio quedó suspendido por la cadenita. Empezó a girar en el sentido de las agujas del reloj, como si fuera un péndulo. Samantha se sorprendió del movimiento y fue a consultarlo en el libro que le había prestado Sibel. Aunque no tenía en la portada ni en el lomo ningún título, en la primera página se leía la cita:

«No muestres la luz a los ciegos que no la verán».

Localizó la sección de Radiestesias y pudo verificar que cuando un péndulo gira en sentido a las agujas del reloj significa que la respuesta es «afirmativa». ¿Había encontrado su objeto psicométrico que funcionaría como péndulo también? Sibel le había dicho que ambas cosas podían ser las que un médium quisiera, y Samantha conocía las ventajas de las promociones «dos por uno» en el supermercado. Así que... «¿Por qué no?».

El rosario volvió a girar en dirección a las agujas del reloj.



Progresión inexorable del destino: «lo que va, vuelve». Evolución e involución. Providencia, suerte y oportunidad. Es más sensato alienarse con el despliegue de los acontecimientos que forzar los engranajes. Retorno al punto de partida.

MVB

~X~

Arcano X. La Rueda de la Fortuna

Durante los sucesivos días, Samantha leyó el libro de Sibel. En él se explicaban los conceptos asociados al mundo de la adivinación y la quiromancia, así como el funcionamiento de todos los artilugios a disposición de las pitonisas.

Era una temática curiosa por lo esotérica, y aunque se sorprendía a sí misma de que su lectura actual fuera esa, cuando meses atrás solo hubiera cogido un libro de Javier Cercas para pasar el rato, ahora tenía el pleno convencimiento de que el nuevo paradigma en su vida le estaba dando sentido. Incluso había comenzado a mitigarse el miedo a lo desconocido. Aún tenía sus nudos en el estómago, pero el poderles atribuir un significado le nutría de la fortaleza psíquica para combatirlos.

El capítulo en referencia a las almas errantes obtuvo la máxima atención de Samantha que lo releyó hasta cuatro veces. Sus reparos ante no poder controlar la posesión quedaron en un segundo plano cuando entendió la verdadera problemática de las almas errantes: estaban sufriendo. Necesitaban transmitir un mensaje, y por ese motivo no podían descansar en paz. La línea del espacio-tiempo para ellos era diferente, pero en términos de los vivos, podían quedarse en el abismo siglos, hasta encontrar al catalizador adecuado. Lo que contribuía a otro de los hándicaps asociados: si bien era bastante común encontrar personas con sensibilidad suficiente para atender a la llamada de los muertos, no con todos se podía llegar a la liberación de las almas. Esto sucedía cuando el mensaje no era bien transmitido o no se entendía. Si algo fallaba, el errante debía seguir peregrinando hasta encontrar a otro catalizador.

Inmersa en su estudio, pensó en Marta. «¿Habría conseguido traspasar por fin al mundo de los muertos?». Su pobre alma estuvo veinticuatro años buscando ayuda. Aunque Samantha tenía reparos, quería corroborar dos cosas: si Marta descansaba en paz y si su nuevo «rosario-péndulo-psicométrico», como ella lo bautizó, funcionaba.

Con sigilo para no despertar a su madre, que recién había llegado de su turno extra e intentaba descansar, cogió el coche y se dirigió al colegio de Jesús-María. Allí había notado el suspiro helado. Era domingo y la zona rebosaba calma. Solo pasaban por la calle un par de *runners* a los que las bajas temperaturas de las mañanas de marzo no amedrentaron. Estacionó en el mismo sitio que cuando se encontró con Martina. Se puso a esperar paciente con su rosario prendido de la muñeca izquierda, sujetando la crucecita entre sus dedos índice y pulgar de la mano derecha.

Tras casi una hora y sin percibir nada paranormal, decidió bajarse del coche y pasear por la calle. Quizás no se encontraba en el sitio preciso. Pero nada sucedió. Volvió a casa por el mismo camino que recorrió aquella tarde con la esperanza de apearse en algún lugar el alma de Marta.

La excursión al abismo no había dado frutos. «En el fondo es lo mejor», se dijo Samantha, que se reconocía inexperta en el campo. Provocar a la suerte de la manera que la tentaba no era lo más sensato.

Cuando llegó a casa, vio el periódico en su jardín. El repartidor lo dejaba allí cuando su vecina no estaba. Eso ocurría la mayoría de fines de semana. Lo recogió con un automatismo aprendido

y claras intenciones de aparcarlo en el recibidor hasta que llegase la verdadera propietaria, pero una de las noticias de la portada le llamó la atención.



«Desaparece una adolescente de 15 años durante la madrugada del 29 de febrero. La policía investiga la posible relación con el hallazgo de los restos de una joven asesinada hace veinticuatro años». A Samantha se le encogió el corazón. Buscó en el interior del diario el desglose de la noticia. La desaparecida se llamaba Laura N. Aparte de eso, solo algunos detalles más que lo vinculaban con el caso de Marta, puesto que se hacía mención a que la investigación iba a cargo del inspector Leopold Torat, y que estaban buscando a un criminal en serie que llevaría operando desde el año dos mil.

La mente de la novata médium trabajaba a altas revoluciones. Empezaba a cuestionarse el verdadero mensaje de Marta. ¿Solo quería indicar dónde estaba su cadáver? Cada día muere gente asesinada, y no todos los fallecidos están esperando en el abismo la llegada de un catalizador. La mayoría hacen el traspaso completo. ¿Podía ser que este caso fuera diferente?

Releyó la noticia para ver si indicaba el lugar de desaparición de la nueva víctima. Se le ocurrió que podía ir hasta allí y mostrarse por si se propiciaba la llamada de su alma errante. Por desgracia, ningún dato útil.

Se desabrochó el rosario y lo sostuvo sobre la noticia del periódico. Siguió las instrucciones del libro de Sibel: se concentró mientras el péndulo bailaba grácil en dirección contraria a las agujas del reloj. La respuesta era «negativa». Quizás Samantha lo estaba haciendo mal. Era demasiado inexperta. Pero si había algo de cierto en la radiestesia, la muchacha aún estaba con vida, pues el péndulo no se quedaba inmóvil.

En un último acto desesperado, Samantha llamó a Sibel para pedirle ayuda. La tarotista la congregó en su tienda, pero le advirtió que entrase por la puerta trasera. Al ser domingo no quería alarmar a los indiscretos vecinos.

Veinte minutos después ya estaban las dos médiums con las manos sobre el tapete de la sala de espiritismo.

La experimentada tarotista usaba su péndulo habitual, pero estaba obteniendo el mismo nulo efecto.

—¿Qué podemos hacer? ¿Hay alguna forma de que unamos nuestras energías para ser más efectivas? —preguntó Samantha, ante la carencia de resultados.

—Veo que has leído bien el libro que te presté. Creo que el problema principal es que nos falta información. Solo conocemos el nombre de la chica, pero nos ayudaría saber dónde desapareció o tener un objeto suyo para poder seguir el rastro.

—Pero ¿qué somos? ¿Médiums o perros policía? ¿De qué sirve captar las radiaciones si en el fondo necesitamos un pastor alemán entrenado que olfatee? —espetó Samantha entre una mezcla de desesperación y desprecio.

—Cálmate. No puedes pretender arreglar el mundo en un día, aunque sepas que tienes las posibilidades para ello. La muchacha debe seguir viva, así que utilizar la *ouija* no servirá tampoco. Pero sí podemos usar la cartomancia.

Sibel le pidió a Samantha que la acompañara a la tienda. Se postró en frente de la vitrina donde estaban expuestas las barajas de naipes.

—Elije una —dijo Sibel. Esperó unos segundos y cuando vio que Samantha iba a pronunciarse, la cortó—: Tómate tu tiempo. Este será tu Tarot fetiche a partir de ahora. No puede ser cualquier elección.

La joven médium revisó con detenimiento las barajas expuestas. Creyó reconocer el Tarot de Marsella y el de Rider Waite, que eran los más famosos. Le llamó la atención uno que llevaba ilustraciones basadas en cuadros de Leonardo Da Vinci, pero en aquel esqueleto de hierro y cristal, las fantasías cartománticas eran una realidad: el Tarot de las hadas, el de los opuestos... Difícil decidirse.

De pronto, unos naipes con un estilo entre el *vintage* y el *steampunk* le llamaron la atención. Eran de trazos sencillos que parecían bocetos hechos a carboncillo. Los firmaba la ilustradora MVB, de la cual no había oído hablar nunca. Aquella baraja tenía la peculiaridad de combinar las imágenes y una pequeña leyenda inserta, con la descripción de lo que significaba cada Arcano. La mejor opción para una novata médium que no tenía ni idea de cómo interpretar el simbolismo del Tarot.

—Parece que tenemos ganador. Unos naipes poco consabidos para una médium poco corriente —manifestó Sibel cuando, midiendo el tiempo que empleaba Samantha en observar cada baraja, percibió que este era superior en el de la creación de MVB.

—¡Pues sí que tienes dotes de adivinación! —exclamó Samantha.

Sibel se rio.

—No, mi niña. Eso ha sido deducción pura y dura. Has posado la vista en cada baraja de tres a cinco segundos, pero cuando has llegado a la de MVB... Llevabas más de quince observándola. Esa es la señal.

De nuevo en la sala de espiritismo, Samantha, por orden de Sibel, barajaba carente de destreza sus nuevos naipes. Cada vez que descubría los detalles de uno, la sonrisa se le escapaba. Eran preciosos.

—Cuando estés lista, formula la pregunta, parte la baraja en dos, vuelve a juntar las mitades y voltea las tres primeras cartas.

Samantha obedeció y quedaron expuestas de izquierda a derecha El Loco, La Rueda de la Fortuna y La Justicia.

—Una tirada interesante —reflexionó Sibel—. Ahora es tu turno. ¿Qué interpretas?

Ante la pregunta de la tarotista, Samantha se encogió de hombros. Empezó a leer la leyenda de cada carta y a enlazarlo con el orden sobre el pasado, resultante y futuro.

—He pedido ayuda para encontrar a la chica, pero no entiendo la respuesta. Hay un loco. Se estará refiriendo al criminal. ¿El destino me llevará a hacer justicia en un futuro? Eso es bueno, ¿no?

—Mmm... —musitó Sibel—. Puede ser, pero has hecho una pregunta muy genérica. Con el Tarot debes ser más concreta. No puedes conversar con los Arcanos de la misma manera que lo haces con las personas.

Le faltaban muchas horas de vuelo a Samantha en el arte de la adivinación, y se sentía inútil al no obtener los resultados que tampoco conseguía por otras vías. Inspiró y exhaló en señal de

frustración. Sibel percibió ese desánimo y trató de atemperarla.

—Esperemos a los próximos días. Seguro que en los medios se hacen eco de nuevas pistas sobre la chica desaparecida y podremos intentarlo de nuevo.

—¿Cómo sabes que tendremos otra oportunidad antes de que...? —Samantha pensó en la posibilidad de que Laura N. apareciera muerta. Se negó a finalizar la frase por pudor.

—Porque la vida es como La Rueda de la Fortuna y sus tres estados de la suerte: primero viene el progreso, la subida; luego la decadencia o la bajada y, por último, la riqueza. Estás poniendo a prueba tu don y avanzas, pero hay momentos en los que no se puede hacer más y parece un retroceso. Ten paciencia, espera el momento adecuado y los logros llegarán.



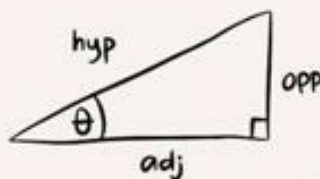
El último pensamiento de Samantha antes de acostarse había sido «cómo conseguir acelerar La Rueda de la Fortuna».

Esa mañana, al despertarse, obtuvo la respuesta: el comisario Reyes y su proposición de retomar las prácticas. Aunque le daba miedo.



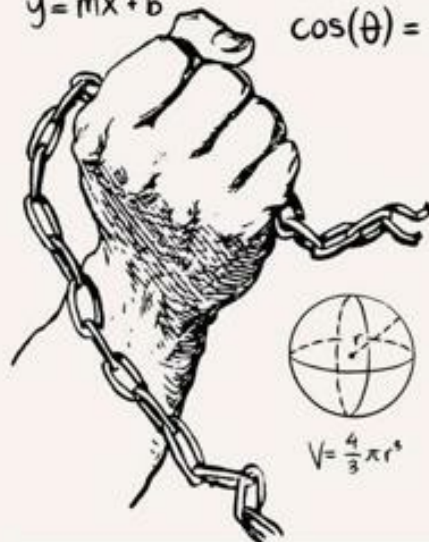
FUERZA

LA

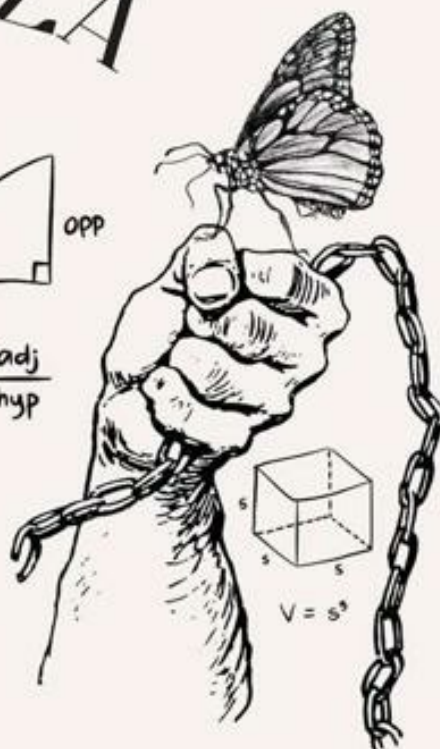


$$y = mx + b$$

$$\cos(\theta) = \frac{\text{adj}}{\text{hyp}}$$



$$V = \frac{4}{3} \pi r^3$$



$$V = s^3$$

$$M = \left(\frac{x_1 + x_2}{2}, \frac{y_1 + y_2}{2} \right)$$

*Dominio que se ejerce con dulzura y amor.
Voluntad para doblegar el instinto.
Coraje, convicción y fortaleza de ánimo.
Triunfo de la inteligencia sobre la fuerza
bruta.*

MVB

~XI~



Arcano XI. La Fuerza

Samantha jamás pensó que la llamada al comisario de esa mañana de lunes culminaría con la notificación a las dos horas desde la secretaría de la universidad para empezar las prácticas, una vez pagara la matrícula. Por suerte, tenía ahorros gracias a su trabajo en el supermercado y no necesitaba pedirselo a sus padres, aunque a ellos no les hubiera molestado hacerse cargo. Estaban encantados con que reemprendiera sus estudios. Algo en el interior de Samantha se movió: en el fondo le alegraba volver a ver el brillo en los ojos de sus padres cuando la miraban.

Bien cierto era que en la universidad ya disponían de todos sus datos, y esos temas burocráticos no hacía falta repetirlos, pero el tener tutor y centro de prácticas asignado denotaba que César Reyes se había, como mínimo, molestado a apremiar el asunto. No podía recriminarle nada, pues recurrió a él para propiciar este resultado.

Con unos ajustes de horario en el supermercado que Martina coordinó, el martes a las cuatro de la tarde entraba Samantha a la comisaría para empezar su primer día de prácticas.

Había quedado con el comisario, que se encargaría de destinarla al departamento correspondiente. Su intención, aunque no le ilusionaba, era que la pusieran con el inspector pedante para poder enterarse de los detalles de la nueva desaparición. Pero si esa aspiración era muy elevada, sugeriría alguna actividad relacionada con las bases de datos: con un poco de suerte accedería a las fichas de las víctimas y a la dirección que necesitaba para empezar su búsqueda personal.

Un agente la guio hasta el despacho del comisario. Samantha notó que pasaba algo. Todo aquel con quien se cruzaba llevaba el rictus muy serio y parecía tener prisa. Era consciente de que estaba tratando con policías y que los asuntos que manejaban no hacían de su trabajo una fiesta. Pero esta vez percibió una tensión que no se palpó en las otras dos ocasiones que visitó la comisaría.

Sin embargo, César Reyes la recibió con la misma amabilidad que desplegó en la anterior ocasión. No dejaba de resultarle atípica su deferencia, y Samantha se cuestionaba si con todo el mundo obraría de la misma manera.

—Estoy muy satisfecho de que retome las prácticas en nuestra comisaría. Se lo he comunicado a la consejera, quien me ha pedido que la felicite de su parte por tomar la decisión.

—Gracias —contestó bajo el sello de una falsa timidez.

Era consciente de que no había hecho nada para merecerse tales atenciones, pero no tan ingenua para no leer entre líneas: el comisario la utilizaba como un medio para sus fines. En lugar de molestarle, cayó en la cuenta del golpe de fortuna: «Él también será el mío». De hecho, sin el interés del comisario ella no estaría allí.

—Bien. Había pensado en asignarle un puesto de oficina, en la centralita. Así nos evitamos cualquier encontronazo directo con cadáveres, pues me imagino que ya ha tenido suficiente. Pero no se piense que será un camino de rosas, aquí las llamadas son de todo tipo y en la mayoría de ocasiones nada agradables.

Samantha se topó con el primer contratiempo. No deseaba esconderse detrás de un teléfono. Si estuviera allí para realizar unas mundanas prácticas hubiera agradecido ese puesto, pero ahora necesitaba avanzar rápido en sus propósitos.

El comisario vio la cara de indisposición de Samantha y preguntó:

—¿Le parece bien?

—No quisiera dar una impresión equivocada después del favor que me ha hecho, pero me había ilusionado pensando en otra opción —expresó con un mar de dudas—. ¿Existe la posibilidad de colaborar con el inspector Torat?

—¿Está usted hablando en serio? —César abrió sus expresivos ojos claros fuera de los límites de la discreción. En esos momentos, no se posicionaba como el mejor jugador de póquer. Samantha asintió con la cabeza—. Nada me causa mejor impresión que tenga el coraje y voluntad de querer estar bajo la supervisión de ese cenutrio emocional. —Samantha tragó saliva ante el comentario—. No me malinterprete. Es el mejor investigador que tenemos. Pero no tolera los errores y se convierte en un déspota con el resto del equipo. He conseguido un nuevo récord de permanencia con Ulises Falconeri. Debí hacerle gracia que en Italia fuera *carabinieri*. No sé hasta cuándo durará. Leo tiene su propio código.

César Reyes estaba siendo demasiado extrovertido a la hora de hablar de su subordinado, y no mostraba signos de querer frenarse a sí mismo. La descripción que hizo de Leo se le antojó a Samantha muy próxima a la realidad. Los pocos momentos convividos con el inspector habían sido difíciles de gestionar. A pesar de que la parquedad de él a Samantha no le molestaba en absoluto, sabía que Leo estaba en su contra, aunque desconocía los motivos.

—Respetaré su elección, señorita Zolá. Pero déjeme que la advierta: si ese gruñón no se comporta con usted como es debido, hágamelo saber.

El comisario cogió el teléfono y marcó una extensión. Cuando le respondieron al otro lado dijo:

—Falconeri, ¿está Leo? —El interlocutor respondía—. ¡¿Que ha salido?! ¿A dónde? Bah, es igual, estará con su caso. Te mando a la nueva alumna de prácticas. Os ayudará a Leo y a ti. Encárgate de ponerla al día. —Ulises al otro lado añadía algo—. ¡Me importa poco lo que quiera el inspector Torat-narices! Cuando llegue a comisario, ya tomará las decisiones que crea, mientras tanto, las órdenes las doy yo. —César colgó con ímpetu—. Todo solucionado, señorita Zolá. El agente Falconeri está entusiasmado con su presencia —intentó sonar convincente.

Ulises, desde el otro lado del teléfono, había mencionado al comisario todos los hándicaps de lo imprudente que era asignar a un alumno de prácticas a Leo. Pero César no pensaba retroceder ni un paso. Si las cosas salían mal, la propia Samantha sería quien pediría el cambio. De todas formas, el comisario charlaría largo y tendido con el inspector para que bajase sus niveles de dureza. Ahora que todo iba viento en popa con la consejera no iba a arruinarlo.

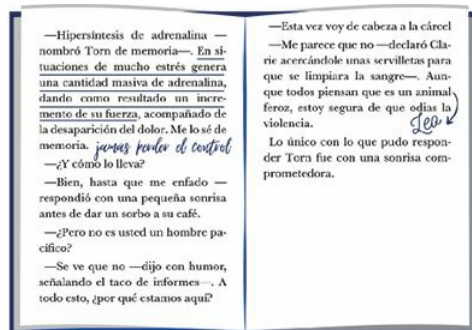
Samantha sabía que no sería bien recibida. Aunque el comisario intentó restar importancia, intuía los comentarios que el agente Falconeri le había hecho por teléfono. De camino a reunirse con Ulises, trazó un plan: trataría de ser lo más discreta posible y buscar las oportunidades para ser útil. Solo tenía que mantener esa postura el suficiente tiempo para conseguir lo que estaba buscando. Luego le importaba poco si dejaba las prácticas a medias, otra vez.

El agente que la acompañaba la dejó en una sala amplia, que albergaba unos veinte puestos de trabajo, indicando donde se ubicaba la mesa de Ulises. En ese momento no estaba.

Mientras lo esperaba, ojeó con disimulo el ordenado escritorio: no había nada fuera de lugar ni papeleo. Un pósit pegado en un extremo de la pantalla del ordenador ponía «Avisar a Leo». Samantha pensó que esa anotación había sido escrita por el propio Ulises. Al lado de la cubitera,

alejado de la zona principal de trabajo, descansaba un libro. Era de color azul y no parecía ningún manual de la academia de Policía. Samantha se inclinó para leer el título: *Taletober. Cuentos de octubre*, de Fernando Gómez Durán. «Quizás está vinculado a un caso. ¡Al caso!», pensó la médium. Oteó a su alrededor con enmascaramiento y, cuando se cercioró de que nadie la observaba, cogió el libro.

Sostuvo entre sus manos el sobrio ejemplar. No hubo transferencia. Ninguna evocación. Empezó a pasar páginas, atenta a los detalles. Se le escapó una sonrisa al ver que el inicio de cada capítulo iba coronado con una imagen. Llegó al número catorce, titulado «Feroz». Parte del texto estaba subrayado: «En situaciones de mucho estrés genera una cantidad masiva de adrenalina, dando como resultado un incremento de su fuerza». Debajo, escrita a mano, una anotación: «Jamás perder el control». Samantha puso atención en la caligrafía. No era la misma letra que la del pòsit. Siguió leyendo las partes subrayadas: «Aunque todos piensan que es un animal feroz, estoy segura de que odias la violencia». Al lado de este texto estaba escrita la palabra «Leo». En esta ocasión la caligrafía sí correspondía a la del pòsit. «¿A caso el inspector no es tan fiero?», pensó la médium.



Por encima de la pantalla del ordenador vio cómo la figura de Ulises se acercaba, y con premura dejó el libro sobre la mesa. Deseaba que el agente no la hubiera visto fisgando.

—¡Qué sorpresa verte por aquí y en condición de aprendiz! —dijo Ulises ofreciéndole una encajada de manos con una efusividad propia de la cortesía italiana.

Samantha percibió el grado de amabilidad y quiso corresponder:

—Para mí también ha sido inesperado. —Forzó una sonrisa, lo más cándida que pudo.

—¡Uy! Espera. Deja que esconda esto. —Ulises guardó *Taletober* en un cajón—. Me lo regaló el inspector Torat, pero si piensa que lo leo en horas de trabajo...

El agente revisaba su escritorio comprobando que todo estuviera en su sitio. Samantha percibió en el escrutinio un punto de desconfianza por parte de Ulises hacia ella. Tocaba hacer una declaración de intenciones.

—Espero no entorpecer y ayudar en lo que pueda.

—Seguro que lo harás bien. —Ulises dejó lo que estaba haciendo—. Por el momento, como no tengo la autorización del inspector sobre las tareas que te puedo asignar, te enseñaré las instalaciones. Vamos a hacerte la acreditación, que tendrás que llevar siempre encima, y te tomaremos las huellas dactilares. Es el momento de descubrir si has cometido un crimen —dijo con simpatía.

Ulises fue muy cordial. Pasearon por toda la comisaría, incluso por secciones que carecían de interés que conociera. Samantha prestaba la máxima atención, pues en un futuro podía necesitar

toda información dada. Seguía cruzándose con policías muy atareados y preocupados, pero cuando Ulises le presentaba a alguno como la nueva alumna de prácticas del inspector Torat, un rictus lastimero se adueñaba de sus caras. El mundo entero parecía compadecerla.

Tras hacerle la identificación, tomarle las huellas como una parte más del proceso de prácticas, y hacerle firmar una decena de papeles sobre confidencialidad y ley de protección de datos, se fueron al *office*:

—Es importante que conozcas la gradación del cuerpo de *Mossos d'Esquadra*. Desde el rango superior al básico tenemos a: el comisario, el intendente, el inspector, el subinspector, el sargento, el caporal y el *mosso*. Ya conoces al mandamás, que es César Reyes, y a Leo Torat, que está en la escala ejecutiva.

La médium prestaba toda la atención posible para no perder detalle. Se encontraba en un momento de circunspección intentando memorizarlo todo.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que el inspector Torat es una persona muy seria —dijo Ulises. Samantha asintió con la cabeza—. Y tú, al parecer, no eres muy parlanchina, ¿no? —Ella negó con la cabeza, un poco ruborizada, al no haber descifrado aún si eso era un punto a favor o en contra—. Casi mejor así, porque a Leo le molesta todo zumbido fútil.

«A favor», pensó rápida. Samantha supo que era la oportunidad de ganarse un aliado. No le vendría nada mal dadas las circunstancias.

—La metodología del inspector Torat parece ser muy particular —recordó cómo la acorraló en el cementerio o la hizo dudar con preguntas confusas—. Pero me ha dicho el comisario que es el mejor. Por eso he pedido ser su alumna de prácticas.

Ulises expulsó del susto parte del té de frutos rojos que había sorbido, haciendo que el líquido escarlata goteara por su barbilla hercúlea.

—Perdón —dijo agenciándose una servilleta de papel para secarse—. ¿Ha sido idea tuya? ¡*Madonna*! No sé qué conviene más: que Leo piense que eres una imposición del comisario o que se entere de que lo has solicitado tú.

Entró una agente al *office* con piel de ébano, pelo negro azabache recogido en centenares de pequeñas trenzas y fibroso cuerpo de metro setenta. Sin tener en cuenta a Samantha, entabló conversación con el agente.

—Ulises, te he dejado en la mesa la relación del tío de Laura Núñez. No creo que tenga nada que ver con el caso. Vive desde hace tres años en Argentina y no hay rastro de contacto con la víctima. Seguimos pendientes de la autorización para intervenir a los amigos, y dos agentes están escuchando las grabaciones de los teléfonos de los familiares. ¿Se lo dices al inspector?

—Perfecto. Se lo paso a Leo. Gracias.

La agente se fue rápida y sin tiempo de poder ser presentada. Samantha miró curiosa a Ulises.

—Es la agente Fernanda Velázquez, de sistemas. No localizábamos al tío de una desaparecida.

Samantha oyó la palabra «sistemas» y el cielo se le abrió. Eran los *hackers* de la Policía. El nivel superior de búsqueda cuando las bases de datos se quedan cortas. Ulises vio el interés que ponía, y añadió a caballo del orgullo y la advertencia:

—Mi función es ser el nexo entre el equipo y Leo. En la resolución de un caso se necesita la implicación de mucha gente. Como el inspector no es muy afín con el resto de miembros, mi papel es de intermediario. Así que recuérdalo: estás a sus órdenes, pero yo voy a filtrar todo. No le molestes, no te metas en medio y no hagas comentarios fuera de lugar.

El aludir a «comentarios fuera de lugar» le daba a entender a Samantha que Leo había explicado su indiscreción con la señora Kaulitz. Tomaba nota de morderse la lengua con el

inspector. Debía apostar todo al «número Ulises Falconeri».

—Y tú, ¿a qué rango perteneces? —preguntó Samantha que empezaba a coger confianza. Por la soltura con la que dirigía el cotarro Falconeri y según el organigrama, deducía que era el subinspector, justo por debajo de Torat.

Con una sonrisa vestida de absoluta soberbia, respondió:

—Soy soldado raso. *Mosso*: escala básica. —Ulises analizó la reacción de su interlocutora.

Samantha se paralizó pensando que quizás lo había ofendido al pedirle su gradación. La estaba mirando fijamente, y podría indicar que se acababa de ganar otro enemigo.

Ulises, ante la reserva de Samantha, consideró que era una chica prudente y respetuosa. Eso le gustaba, y sospechaba que podía acabar congraciándose con Leo. Cambió de tema con un tono afín.

—Te voy a dar la primera lección: todos deben ser exculpados desde dentro hacia fuera. Ante cualquier caso, la investigación primero debe centrarse en las personas cercanas a la víctima e ir avanzando a medida que se descarten. ¿El tío está en otro país? Lo tachamos de la lista y a por otro. Hay que estar atentos a los movimientos de todos. Tras la desaparición es vital observar quién se acerca. El culpable suele estar rondando y mostrar un interés por la víctima que antes no estaba presente.

Tras meditar unos segundos, Samantha se pronunció muy consciente de escoger el qué decir y cómo. No estaba delante de Leo, pero sí de su intermediario al que tampoco podía agraviar.

—Es por la chica que sale en los periódicos, ¿verdad?

La cara de Ulises cambió. Se opacó.

—Así es. Nos lleva a todos de cabeza. El ambiente de la comisaría está muy tenso por este motivo.

EL COLGADO



El reverso del mundo visible. Alteración de las percepciones y puntos de vista. Suspensión del movimiento para adquirir nuevas perspectivas. Abnegación y ponerse a prueba ante una última dificultad.

~XII~

MVB

Arcano XII. El Colgado

Leo volvió a la comisaría después de haber visitado el domicilio de la chica desaparecida, con un cuaderno bajo el brazo y el rictus contrariado. Ulises le había enviado un mensaje comunicándole la nueva adquisición del departamento: Samantha. El agente no quería problemas con su superior, motivo por el cual siempre lo informaba de cualquier novedad, y más de un tipo así, por las implicaciones que conllevaba.

Leo no entendía qué clase de ocurrencia era esa de asignarle una alumna de prácticas, pero se encargaría en persona de poner los puntos sobre las íes. Ni siquiera tenía pensado discutir con César: conseguiría que Samantha se fuera por propia voluntad, no sin antes de que le revelase todos los secretos que escondía.

Reunidos en su despacho Leo, Ulises y Samantha. Ninguno de los tres hablaba. El primero porque inspeccionaba amenazante a la tercera; esta porque sabía que cometer un error la podía comprometer; y Ulises porque no se atrevía a contrariar a Leo, aunque estuvo a punto de romper el hielo en dos ocasiones de lo incómodo que se sentía.

Una llamada laceró el silencio.

—Torat —contestó el inspector cuando descolgó—. ¿Cómo dices? Eso es imposible. Estaba protegido. ¿Quién tomó esa decisión?

Leo se fue veloz al despacho del comisario. Ulises hizo una señal a Samantha para que lo siguiera.

Las voces se filtraban al pasillo, aunque la puerta estaba cerrada. Leo reprochaba al comisario:

—¿Por qué ordenaste quitar la protección al Cercenado?

—¿Qué querías que hiciera? El Gato está preso. No podemos destinar los recursos del cuerpo a custodiar a toda la escoria de esta ciudad.

—Pues a esa escoria se la han cargado y era nuestro testigo en el caso.

Samantha, que no entendía mucho, se sentía avergonzada por estar escuchando detrás de la puerta.

—¿Es correcto que estemos aquí, oyéndolo todo?

—Ajá —masculló Ulises—. Tenemos que estar preparados para cuando salga Leo y recibir sus instrucciones. Es mejor no hacerle perder el tiempo buscándonos y tener que explicarnos todas las nimiedades.

Por lo que pudo percibir Samantha, Ulises conocía muy bien al inspector y cómo le gustaban las cosas. Quizás esa era la clave para durar como su ayudante. Decidió tomar nota mental para obrar igual que el agente.

Ambos volvieron a centrarse en la conversación que se estaba teniendo al otro lado de la puerta.

—Ese es tu nuevo caso ahora: descubrir al asesino del Cercenado. Ambos sabemos quién está detrás. Vincúlalo con el crimen y tendremos al Gato encerrado de por vida —sentenció el comisario.

Leo sabía que su nueva misión era una utopía. El Gato estaba preso, y aunque no había duda de que la muerte del Cercenado era obra suya para que no declarase, ese ajuste de cuentas estaría limpio. No habría rastro de quién fue la mano ejecutora, y menos conseguirían una prueba en firme que lo relacionase con el Gato.

Salió del despacho desairado, topándose con Ulises y Samantha, que lo esperaban como fiel Sancho a Don Quijote. Leo gruñó:

—Falconeri, localiza las cámaras que hay en el polígono de Montsolís, las de tráfico y las privadas. Cuando sepamos el día y la hora de la muerte, pediremos las grabaciones.

—¡A la orden! —contestó Ulises. Desapareció raudo con su encargo.

Samantha permaneció inmóvil, esperando las instrucciones. Por un segundo, pensó en marcharse con Ulises en vez de quedarse plantada ahí, pero el inspector no le había dado ninguna orden, por lo tanto, sería paciente.

Leo la miraba de arriba abajo y tuvo una brillante idea para conseguir deshacerse de ella en tiempo récord.

—¿Quieres aprender? —le preguntó inquisidor. Samantha asintió con interés—. Te vienes conmigo —ordenó categórico.



Llegaron al almacén abandonado pasadas las ocho de la tarde. Las luces de los vehículos de policía teñían la negra calle de vibrante color índigo. Se había acordonado la vía, pero no hubiese hecho falta: aquella zona industrial estaba desangelada y a prueba de miradas curiosas.

Un agente levantó la cinta policial para permitir el paso a Leo. Miró a Samantha y a su identificación de prácticas con duda.

—Déjala pasar. Está a mi cargo —indicó Leo.

—De acuerdo —contestó el agente con cara de haber visto un fantasma y añadió—: En la segunda planta. Cuidado al subir, el edificio se cae a pedazos.

Leo y Samantha entraron en la nave de ladrillo rojo, que los artistas urbanos se habían empeñado en disimular con sus obras. Todo en su interior estaba a punto del colapso, e invadía el ambiente un olor a excremento difícil de sobrellevar. Se habían dispuesto unas balizas para señalar el camino, porque la electricidad no era opción en aquel cementerio de hormigón. De tanto en cuanto, se oían unos ruidos espectrales, que no eran más que el eco proyectado por los chillidos de las ratas.

Empezaron a subir por lo que quedaba de una escalera. Ambos se situaban en el extremo más próximo a la pared: un mal paso, y la carencia de barandilla podría precipitarlos a una muerte segura.

La segunda planta se distribuía en varios espacios, y observaron por el vano de lo que en otro tiempo fue una puerta, como si una de las estancias estuviera en llamas: el equipo de la científica se había agenciado de unos focos, que funcionaban con un generador, para iluminar toda la sala. Leo y Samantha traspasaron el umbral y observaron a tres personas trabajando meticolosas en el centro de la habitación, donde yacía un cadáver.

—Miren donde pisan: hay sangre por todos lados. Sigán el camino que hemos dibujado, esa parte ya está procesada —les indicó uno de ellos.

Era cierto, por el suelo y paredes de aquella estancia, que debería medir cien metros cuadrados, la sangre se mezclaba con la mugre y los grafitis. El olor había adquirido un nuevo matiz: el de la muerte en descomposición. Leo se acercó con convicción a la escena del crimen, vigilando no

alterar lo que fueran posibles pruebas. Samantha, más discreta, lo siguió quedándose unos metros por detrás.

—Chicos, informe preliminar, por favor —les pidió Leo agachándose para observar mejor a la víctima.

—Se han ensañado con él. Lo han torturado durante días. Le han cercenado una oreja, bueno, la que le quedaba. Es así como lo hemos identificado. Tiene muñecas y tobillos rotos; le han quemado la lengua; la cara, ya la ve, desfigurada; moratones por todo el cuerpo; no nos extrañaría que alguna costilla también estuviera rota; varias heridas en el torso, suponemos que de arma blanca, no muy profundas. La causa de la muerte: estrangulamiento. Lo hemos encontrado colgado de esa viga —dijo señalando el techo que tenía unos tres metros de altura—. Ha sido una odisea bajarlo.

Samantha escuchaba la retahíla procurando que no se le notase lo primeriza que era ante una situación así. Tarea complicada entre el hedor y la esperpéntica visión. Hacía de tripas corazón para no quedar como una inútil porque sabía perfectamente lo que pretendía el inspector: amedrentarla.

—¿Tenemos alguna prueba que nos indique la autoría? —preguntó Leo, que seguía agazapado revisando el cuerpo del Cercenado con parte de la soga rodeando su cuello.

—El que lo haya hecho es un profesional. No ha dejado rastro y eso que, como he dicho, pudo estar aquí durante días infligiendo su castigo.

—Habrá sido un asesino a sueldo de Europa del este. Un exmilitar con un entrenamiento adecuado para el que el Cercenado no sería rival —pensó en alto el inspector.

Leo miró de reojo a Samantha, y esta se sintió observada. Ella se quiso erguir un poco más para demostrar fortaleza, pero en ese momento lo sintió: un soplo helado en la nuca. Sabía qué significaba y pensó: «No. Ahora no». La mirada, fija en el inspector, se le inyectó de miedo y no pudo ocultarlo. La versión más cínica de Leo sonrió al atribuirse el mérito de que las víctimas ya se contasen por pares en aquella sala.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Leo haciéndose el disimulado.

—Unos chiquillos que entraron en la nave para jugar. Se han llevado el susto de su vida.

Samantha exhaló, y el vaho de ectoplasma se hizo visible. Se tapó la boca con urgencia en un intento de ocultar lo que estaba a punto de suceder. Apresó con sus dedos el rosario y emprendió una retirada. No le quedaba de otra, porque empezó a notar cómo las extremidades se le entumecían y desconocía cuánto tiempo tenía. Con esas dudas se escondió en la sala contigua detrás de una columna, con el deseo de que no pasara nada.

Su respiración se intensificó hasta que se produjo una apnea, que la retornó a un modo de inspiración en reposo. En ese mismo instante, sintió un frío helador que la hizo tiritar y sus pupilas, ya dilatadas por la penumbra, llegaron a su máxima amplitud. El silencio se hizo ensordecedor.

Tras diez minutos de la huida de Samantha, Leo creyó que era un buen momento para finalizar su juego. Había visto cómo la muchacha se retiraba a la sala de al lado, y por los jadeos que oyó suponía que había vomitado. Cogió una linterna de la científica y se dispuso a asestar el golpe de gracia a su cobaya en prácticas.

Samantha se encontraba de cara a la pared. Se cubría con la mano la oreja izquierda y su cuerpo se balanceaba en un sutil movimiento de delante hacia atrás. Leo la enfocó con la linterna y soltó sarcástico:

—Si no puedes aguantarlo, será mejor que lo dejes.

Samantha no le contestó, de hecho, ni se inmutó. Leo se acercó convencido de que estaba impactada, quizás en estado de *shock*.

—Vamos, no es tan grave. Solo ha sido un poco de sangre —ironizó el inspector poniéndole una mano en el hombro.

Al notar el contacto, Samantha se giró, con un gesto abrupto le retiró la mano y espetó entre sollozos:

—¡Lo prometiste! ¡Dijiste que el Gato no sería un problema! —Su voz sonaba grave. Tenía la misma modulación que la del Cercenado.

Ante esas palabras, Leo se paralizó cuestionándose qué vínculo podía tener Samantha con el Cercenado. Nadie, salvo su equipo más próximo, sabía de la promesa de protección que le había hecho. Enfocó con la linterna la cara de la chica, que estaba muy pálida, y las pupilas no reaccionaron a la luz.

—¿De qué hablas? —preguntó el inspector sin hallar respuesta. Samantha seguía tapándose la oreja y balanceándose. Eso lo exasperó y, sujetándola por un brazo, enfocó la linterna a diez centímetros de su cara e inquirió enérgico—: ¡Responde!

—Alekséi Plushenko —dijo, antes de quedarse por tres segundos sin respiración.

Cuando el aire volvió a sus pulmones, las pupilas se le contrajeron. Notó cómo la luz le escocía en los ojos y tuvo que parpadear. Solo atinó a emitir un sonido de molestia.

—¿Quién es ese? —espetó Leo. Más que a pregunta sonó a amenaza.

—Me... me haces daño —fue lo único capaz de decir, tartamudeando, al sentir como Leo le estaba presionando el brazo con ímpetu desbordado. Estaba aturdida y aterrada.

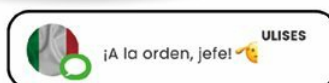
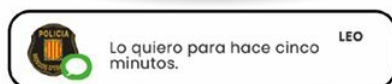
—Inspector, ¿todo va bien? —se entrometió el policía de la científica que, al ver la escena, intentó salvarla de una forma digna para que no se convirtiera en una situación difícil de justificar.

—Sí. Todo bajo control —expresó Leo soltando a Samantha.

—¿Puede venir a ver una cosa? —insistió el de la científica.

El inspector volvió a la escena del crimen, momento que aprovechó Samantha para salir corriendo de ahí y volver a casa. Necesitaba tiempo para pensar en lo sucedido y encontrar una excusa plausible.

Leo se asomó a una de las rotas ventanas de la nave, observando cómo Samantha se alejaba por las solitarias calles de la zona industrial de Montsolís. Aquella joven le había hecho perder los estribos, y eso no era nada usual en él. Envío un mensaje a Ulises:





Transformación. Resurgir. Ruptura de una situación de forma abrupta. Sucesos imprevistos. Clausura de un ciclo. Camino de no retorno. Inicio y final. La Muerte como un símbolo y no como un veredicto.

~XIII~

MVB



Arcano XIII. La Muerte

Esa misma noche, al amparo de la soledad, Samantha se acurrucó en la cama lista para descubrir qué había pasado durante su posesión. Solo recordaba a Leo exigiéndole respuestas que ella no tenía. Las mariposas se le arremolinaban en el estómago: no sabía si conseguiría rememorar los hechos velados. Se armó de valor y apresó con su dedo índice y pulgar la crucecita de su rosario. La evocación fue inmediata, sin esfuerzo. Se notó todo el cuerpo dolorido y una sensación de profundo miedo. Retumbaban por su cabeza las palabras desdeñosas del inspector, y cómo logró enfurecerlo por los reproches que la misma Samantha le espetó y que ella no lograba entender. La conversación finalizó con un nombre que no le sonaba para nada.

Tenía claro que había sido poseída por la víctima de la nave, un tal Cercenado como le llamaban todos. Cuando cerraba los ojos podía ver el rostro del inspector acusándola. Estaba metida en un buen lío del que no podía huir. Por un momento, valoró no volver a las prácticas, pero empezaba a conocer bien a Leo, y él no dejaría pasar el asunto. Le urgía buscar una excusa, porque lo que le pasó no encajaba con un ataque de pánico. Por suerte, gracias a la psicometría, sabía qué había ocurrido y elaboraría un pretexto acorde. No pudo evitar sentirse orgullosa, y también lo estaría Sibel cuando se lo contara.



Leo se desveló toda la noche. Estaba enfadado consigo mismo. Una niñata en prácticas lo había humillado al recordarle que no pudo proteger a su testigo y enloqueció. Seguía dándole vueltas a qué relación podía tener ella con un drogadicto de poca monta, pero en breves minutos lo descubriría, en cuanto Samantha entrase por la comisaría, si es que no se había acobardado. De hecho, si no aparecía, la iría a buscar a su casa y la obligaría a responder a unas cuantas preguntas, de este caso, del de Marta Kaulitz y las extrañas circunstancias en las que encontró el cadáver. Demasiadas coincidencias.

Puntual, asistió Samantha a su puesto de prácticas, algo sofocada porque se le alargó el turno en el supermercado y tuvo que hacer un *sprint* para llegar a tiempo. Fue sin dilación a ver al inspector.

La puerta del despacho de Leo estaba abierta y, tras el escritorio, esperaba él, con la mirada fija a la entrada y un informe que le había preparado Ulises sobre Alekséi Plushenko. Faltaban detalles por cotejar, pero, aun así, era bastante completo. Vio cómo se acercaba Samantha por la pared acristalada y no pudo evitar que la comisura de los labios se elevara. En seguida borró esa estúpida sonrisa influenciada más por presenciar el coraje de la muchacha, que no por el deleite de poder cazarla según su pensamiento inicial.

—Buenas tardes. ¿Puedo pasar? —Samantha pidió permiso, con prudencia.

—Adelante.

—Vengo a disculparme por irme sin decir nada. —Hizo una pausa—. Me impactó... Lo siento mucho de verdad.

Samantha había escogido la estrategia de hacerse la frágil, que era como se sentía en verdad.

Intuía que al inspector le importaban poco las angustias de los demás, pero en cualquier situación normal, una disculpa y atribuirlo todo al impacto del momento era lo más común. Debía seguir la lógica.

Leo, que ya valoró que esa situación se podía dar, quiso evitar los formalismos y fue directo al grano.

—¿Qué relación tenías con el Cercenado? ¿Era tu camello? ¿Novio, tal vez? —lanzó esas flechas envenenadas en busca de una reacción no verbal que él pudiera identificar como respuesta.

—¡No, nada de eso! —respondió horrorizada Samantha.

—Entonces, ¿cómo sabías del trato que yo tenía con él?

—Lo escuché. Estábamos Ulises y yo detrás de la puerta cuando discutíais con el comisario.

Leo resopló ante una verdad, que Samantha supo usar muy bien a su favor. Pero otros detalles exigían más explicaciones.

—¿Y Alekséi Plushenko? —Leo preguntó confiado de sus posibilidades.

Samantha sacó del bolsillo un papel maltrecho y se lo entregó al inspector, que lo cogió extrañado.

—Lo encontré en el suelo de la nave. No parece importante, pero ¿quién sabe?



Alekséi Plushenko

Leo desdobló el arrugado papel y se reveló, escrito a mano con una caligrafía irregular, el nombre de Alekséi Plushenko. No pudo evitar hacer una mueca de estupefacción y, mirando inmovible a Samantha, le preguntó:

—¿Lo encontraste en medio de la mugre y creíste que merecía la pena cogerlo? —Ella asintió. Leo evaluó en silencio la escena que se le presentaba. No sabía qué pensar, pero no se fiaba—. No sé si detrás de esto hay una mente brillante o la más inepta de todas.

En esos momentos, Samantha estaba igual de confusa que el inspector. No se esperaba la reacción de Leo, pero cuando ideó poner en un papel ese nombre, ajeno a ella pero que había pronunciado alto y claro dando voz al Cercenado, se exponía a cualquier resultado. Era una salida a la desesperada que, con toda seguridad, el inspector desestimaría, pero otras opciones no se le ocurrieron. Incluso manchó el papel con arena de una maceta para darle veracidad al recorte.

Ulises entró en escena con educación y la cara desenchajada.

—Las malas noticias se amontonan, jefe —contestó sufrido—. Esta noche se ha escapado el Gato de Brians 1.

—¿Es una broma? —Leo se levantó con tal ímpetu de la silla que impresionó a Samantha.

—Al parecer ha tenido ayuda de un funcionario de prisiones.

—¿Y cómo es que nos enteramos ahora? ¡Esto en la Modelo no pasaba! —interrumpió colérico Leo.

—Hay más. Acaban de encontrar al funcionario, a su mujer y a su hija de nueve años muertos junto a la desembocadura del Llobregat. Están por levantar los cadáveres. Les he pedido a los compañeros que esperasen hasta que llegaras.

—Bien hecho. —Leo, que aún sujetaba el papel que le había dado Samantha, lo puso en un

sobre y le indicó a su ayudante—: Falconeri, lleva esto al laboratorio. Pídeles un análisis completo. Adviérteles que encontrarán las huellas de Samantha y las mías.

Al oír al inspector, Samantha se encogió y, a él que no le pasó inadvertido, decidió preparar su siguiente emboscada.

—¿Te vienes? —preguntó retórico mientras cogía el informe de Alekséi Plushenko. Samantha lo siguió sin rechistar.



Los cadáveres del funcionario de prisiones y de su familia estaban colocados en la Isla del Molino, un pequeño montículo rocoso, reserva de fauna salvaje, en la desembocadura del río Llobregat. Se podía acceder a ella a pie, debido a que el caudal había bajado en los últimos años y ahora era más una península que isla. Aquella zona desangelada era el lugar idóneo para un crimen, que habría sido perfecto si no fuera porque unos turistas divisaron los cadáveres desde el mirador de la orilla opuesta.

Las gaviotas corsas sobrevolaban en círculos, graznando a todo el que invadía su lugar de nidificación. La escena recordaba a *Los pájaros* de Hitchcock. Los agentes ahí congregados habían tapado los cadáveres, como protocolo y porque las aves ya comenzaban a servirse de ellos.

Leo, con su habitual paso firme, se acercó a la escena. En esta ocasión, Samantha guardó una distancia más que prudencial y esperó en la orilla del río. Estaba compungida: tenía tres posibilidades de ser poseída y no podía permitirse el lujo de que le volviera a pasar delante del inspector. En realidad, no sabía si había un perímetro mínimo a respetar para no atraer a los muertos, pero deducía que, cuanto más cerca del lugar de la muerte, más riesgo.

El inspector solicitó a sus colegas de la científica que le informaran de los hallazgos. Poco había por señalar: un tiro certero en cada cráneo. La clásica ejecución. Los tres cuerpos estaban maniatados y, por la sangre encontrada, habían sido asesinados ahí mismo. Un agente estaba sacando moldes de yeso de unas huellas marcadas en una zona fangosa. Según los cálculos, de tres a cuatro personas podrían haber intervenido en el crimen.

Retirado en un extremo de la isla, Leo fijó su mirada en el mar mientras reorganizaba sus pensamientos. La principal hipótesis era que los esbirros del Gato habían secuestrado a la familia del funcionario para coaccionarlo y que le ayudase a escapar. Creyendo que otra salida era imposible, el funcionario accedió sin saber que eso sería su final. Un cabo suelto le rondaba por la cabeza a Leo: con el Cercenado fuera de juego, era innecesario precipitar una fuga de prisión que lo condenaría a permanecer escondido por tiempo indefinido. A fin de cuentas, personas como el Gato, con contactos de dudosa reputación en todas partes del mundo, podían rehacer su vida en otro país con una identidad nueva. Valía la pena intentarlo.

Samantha aguardaba paciente en el lugar donde había decidido quedarse quieta. Observó al equipo policial mientras levantaban los cadáveres y recogían pruebas. Todo aquel procedimiento le interesaba mucho. Una llama volvió a prender en su corazón, haciéndole recordar por qué había decidido estudiar Criminología, más allá de su objetivo inmediato de encontrar a la desaparecida. Además, a cada minuto que pasaba se sentía más confiada: hoy su cuerpo no recibiría el alma de nadie. Al menos, no en ese lugar.

El ocaso venció a la reflexión de Leo y tomó la decisión de irse. Al toparse con su acompañante, de la cual se había olvidado por completo, percibió un cambio en ella. Aunque estaba callada, el brillo en su celeste mirada hablaba. Unos ojos que el inspector había analizado

bien, pues no respondían comúnmente a los estímulos luminosos. Y eso le extrañaba.

El informe de Alekséi Plushenko estaba en el salpicadero y fue en lo primero que reparó Leo cuando entraron en el coche. Meditó unos segundos en un hilo de pensamiento, que provenía de la huida del Gato hasta la muerte del Cercenado.

—¿Así que no tienes ni idea de quién es Alekséi Plushenko? —preguntó el inspector. Samantha negó con la cabeza. Leo pensó que eso podía ser verdad, puesto que en el informe preliminar preparado por Ulises no había indicios de una conexión entre Plushenko y Samantha —. Un estibador portuario. Lleva nueve meses en nuestro país. El puerto está aquí cerca. Voy a hacerle una visita.

—¿Puedes presentarte sin avisar?

—Se llama factor sorpresa, y siempre juega a nuestro favor. Te llamaré a un taxi para que te lleve a casa.

—Son las nueve. Finalizo las prácticas a las diez, y no me importa quedarme hasta más tarde.

—Se apresuró Samantha a decir. No quería que la euforia que sentía por volver al mundo de la criminología se esfumase—. ¿Puedo ir contigo?

Ciertas dudas pusieron en cuestionamiento la idoneidad de dejarse acompañar, pero, por otro lado, le complacía que Samantha quisiera continuar aprendiendo después de todas las adversidades que le hacía pasar a conciencia. Esa era la madera de la que estaban hechos los policías. Aunque su propósito de expulsarla de las prácticas seguía inamovible, quizás un cambio de estrategia le ofrecería las respuestas que necesitaba.



El acceso a la terminal de carga del puerto de Barcelona solo era permitido a personal autorizado, pero el llevar una placa abría cualquier puerta. Leo se acercó a la garita de entrada desconociendo si todavía estaría trabajando Plushenko. Un guardia portuario le atendió predispuesto.

—¿Me ha dicho que busca a un estibador? Espere que contacte con oficinas.

El guardia cogió un teléfono. Desde la posición de Leo y Samantha, en el coche, no se podía oír qué decía, pero no tardó en colgar y comunicarles la resolución:

—Plushenko llegará en una hora. Esta semana tiene turno de noche. Si quieren pueden pasar y esperarlo.

—¿Por dónde?

—Cuando cruce la barrera a mano derecha. Hay una zona de aparcamiento. Los estibadores salen por la puerta del edificio anexo.

Siguieron las instrucciones. Estacionaron en la zona indicada, bajo una farola, y con visión total para ver el movimiento de los trabajadores portuarios, que a aquella hora eran mínimos. Leo cogió el informe y sacó una fotografía tipo carné de Plushenko, con la intención de que le ayudase a identificarlo. Abrió la guantera y guardó la carpeta para ocultarla de indiscretas miradas externas.

—¿Puedo ojearlo? —Samantha preguntó refiriéndose al informe.

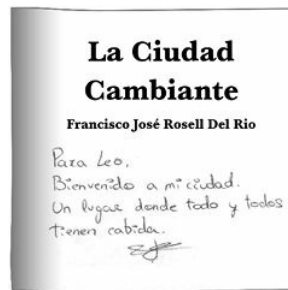
Leo asintió con escepticismo. Cuando Samantha abrió la guantera, el informe junto a un libro salieron despedidos a sus pies. Se apresuró a disculparse ante tal torpeza, al tiempo que el inspector mostraba su desaprobación con un sonoro bufido. Mientras intentaba restablecer el orden, Samantha leyó el título del libro que había caído junto a la carpeta:

—*La ciudad cambiante* de Francisco José Rosell del Río —pronunció con cierta incertidumbre.

—¿Algún problema? —inquirió Leo.

—No. Es que es un libro de fantasía juvenil... No me imaginaba que leyeras este tipo de género.

—¿Esperabas que solo me interesase la novela negra, o es que te sorprende, en sí, que lea? —Samantha mostró un ademán de vergüenza. Le había sucedido en otras ocasiones cuando, sin proponerlo, ofendía a la parte contraria. Por primera vez, Leo se apiadó de ella al ver su indefensión. No era la misma impasividad que le había hecho brotar en anteriores ocasiones. Era el momento idóneo para cambiar de estrategia—. Mi mundo gira en una verdad dura día tras día. No quiero en mis momentos de ocio seguir tratando con el horror. —Hizo una pausa dramática que achicó aún más a Samantha. Viendo lo amedrentada que estaba, prosiguió con una tregua de acercamiento—. Además, Barcelona es como *La ciudad cambiante*. Un lugar donde todo es posible. Una urbe que contiene otras urbes, donde todo el mundo tiene su lugar. Ciudad de acogida, misteriosa y temeraria.



«Un lugar donde todo y todos tienen cabida», ojeó Samantha la dedicatoria que le había escrito el autor a Leo.

El inspector miró a la alumna en prácticas que parecía interiorizar sus explicaciones.

—Hazme un favor, léeme el informe en voz alta. Me gustaría repasar los datos —añadió en beneficio propio Leo.

—Por supuesto —respondió Samantha emocionada por el encargo. En su fuero interno, deseaba serle tan útil como Ulises. Guardó el libro en la guantera, con cuidado de que no volviera a caerse, y abrió la carpeta—. Alekséi Plushenko, nacido el dieciocho de marzo de mil novecientos ochenta en Minsk, Bielorrusia. Cursó carrera en las Fuerzas Armadas, en el Ejército de Tierra hasta el dos mil veinte. Estuvo presente en el acuerdo militar entre Venezuela y Bielorrusia el ocho de diciembre de dos mil siete...

Samantha procuraba leer aquel informe con la voz más clara y segura que tenía. De vez en cuando se entrecortaba, pareciendo una analfabeta. En esos momentos miraba de reojo a Leo, el cual se mantenía impertérrito, como si no percibiera que ella se trababa. Él seguía mirando obstinado la puerta de entrada y salida de trabajadores.

—¡Ahí está! —exclamó el inspector. Tiró la foto en el salpicadero y se bajó del coche. Samantha le siguió con premura—. ¡No, tú te quedas aquí! —le ordenó.

Ambos observaron cómo un hombre hablaba con Plushenko y le señalaba la zona donde ellos se encontraban. Parecía indicarle que tenía visita. El bielorruso hizo caso omiso y se dirigió a la zona de los *containers*. El inspector aceleró el paso. Las distancias en el puerto eran grandes. Plushenko se movía rápido y tenía que ganar los cuarenta metros que les separaban.

Samantha pensó que el factor sorpresa había funcionado. La reacción de huida del estibador

podía significar que ocultaba algo.

El ocaso huía perseguido por la noche. Al amparo de la oscuridad, Leo perdió de vista a Plushenko y, sin proponérselo, se encontró en medio de centenares de *containers* apilados, creando un aura fantasmal a todo el conjunto. Continuó su periplo agudizando los sentidos, pero dentro de aquel laberinto empezó a entender por qué Plushenko lo había guiado hasta ahí. Su instinto de policía le avisó que aquella situación podía ser peligrosa. Oyó un ruido metálico. Sacó su arma reglamentaria y se dirigió a la fuente sonora. En medio de aquel enjambre de gigantescos ortoedros de acero, uno de ellos estaba abierto y un fulgor nacía de su interior. Supo que aquello no era normal. Con extrema precaución se acercó, guardándose las espaldas.

Cuando ya había ganado todo el espacio hasta la entrada del *container*, en un gesto rápido y encañonando su arma se careó con el interior. No esperaba encontrarse con artículos provenientes de China, pero lo que vio le quebró todos sus esquemas. Tras unas primeras cajas con el sello de «frágil», el *container* había sido habilitado como una habitación. Tenía una cama, escritorio y una cocina a gas. En medio de todo estaba el Gato apuntando en la sien a Samantha mientras la utilizaba como escudo. Leo reconoció el arma como una Parabellum de nueve milímetros. Si la disparaba, Samantha no tendría ni una oportunidad.

—¡Policía! —anunció Leo apuntando firme al Gato.

—Creo que deberías reevaluar la situación. Solo conseguirás matarla.

—De acuerdo. —Leo alzó las manos en señal de tregua más que de rendición.

Su mente trabajaba rápido intentando encontrar una salida. El delincuente que tenía en frente no era de baja estofa. Las muertes a su espalda precedían su reputación.

—Eres el pitufo que convirtió al Cercenado en soplón, ¿verdad? —preguntó el Gato.

—Deja que la chica se vaya y podremos hablar sin distracciones.

—¡Leo, cuidado! —gritó Samantha.

El inspector no tuvo tiempo de defenderse de un Plushenko que lo desarmó con un golpe certero. En un movimiento rápido, el exmilitar bielorruso sacó de su bolsillo una cuerda y le rodeó el cuello con ella. Leo trató de sujetar la soga, pero su rival era fuerte y consiguió doblarlo hasta ponerlo de rodillas. Con su pierna presionaba la espalda del inspector para que el estrangulamiento fuera implacable.

Samantha intentó rebelarse, pero el Gato la sujetó del pelo y presionó el cañón sobre su sien, obligándola a emitir un gemido de dolor.

—¡Quieta, o te mato antes de que Alekséi acabe con él! —espetó el Gato.

En ese instante, las miradas de Leo y Samantha se cruzaron y, silenciosas, se hablaron de un final inmediato. Las esperanzas de salir con vida amenazaban con disiparse. El inspector se maldecía a sí mismo por haber llegado a esa situación. Había cometido fallos de principiante.

—Perdóname. No debí haberte seguido. —Samantha desobedeció a Leo y no lo esperó en el coche como él le pidió. Un error por el que pagarían un alto precio. Si ella no estuviera como rehén, Leo podría haber actuado de otra manera, sin amedrentarse para protegerla.

Plushenko apretó más la soga, y aunque Leo intentaba por todos los medios deshacerse, la experiencia militar le estaba venciendo. Pocos minutos bastaron para que los ojos del inspector se pusieran en blanco y su cuerpo pasara a ser masa inerte. La vida se le escapaba.

—Esto ya está, Gato —concluyó Plushenko.

El sentimiento de culpa de Samantha se agudizó. La lamparita que había sobre el escritorio tintineó un par de veces. De repente, empezaron a sonar todos los móviles.

—¿Qué está pasando? —preguntó el Gato, sacando su dispositivo del bolsillo. Pudo observar

que sonaba descontrolado, pero no había ninguna llamada entrante.

Plushenko revisó también su teléfono y le sucedía lo mismo. Ambos intentaron apagarlo, pero en vez de silenciarlo hacían que el volumen subiera. En un acto iracundo, el exmilitar tiró su móvil al suelo y lo pisoteó para romperlo. Aun así, seguía sonando.

—Gato, nos deben haber pinchado los teléfonos.

—Desgraciados. Salgamos de aquí —ordenó el Gato, que sujetaba con fuerza a Samantha para llevársela de rehén.

En ese momento, el gas de la cocina explotó creando una onda expansiva que dio de lleno al criminal, desvaneciéndose. Los oídos y nariz del Gato sangraban evidenciando una hemorragia interna. Plushenko, al ver fuera de combate a su jefe, huyó.

El ruido atronador de los móviles cesó y Samantha, que había salido indemne de la explosión, dado que el cuerpo del Gato le hizo de escudo, se acercó a Leo. El inspector no respiraba.

—¡Ayuda, por favor! —gritó, sabiendo que era poco probable que alguien la escuchase—. ¿Cómo era? —se dijo en alto, y poniendo sus manos sobre el pecho de Leo empezó la técnica de reanimación, pero lo estaba haciendo mal: sus manos, muy encima de las costillas, no conseguían transmitir el movimiento adecuado—. ¿Cuántas eran? ¡Maldita sea! Debí prestar más atención cuando nos lo explicaron.

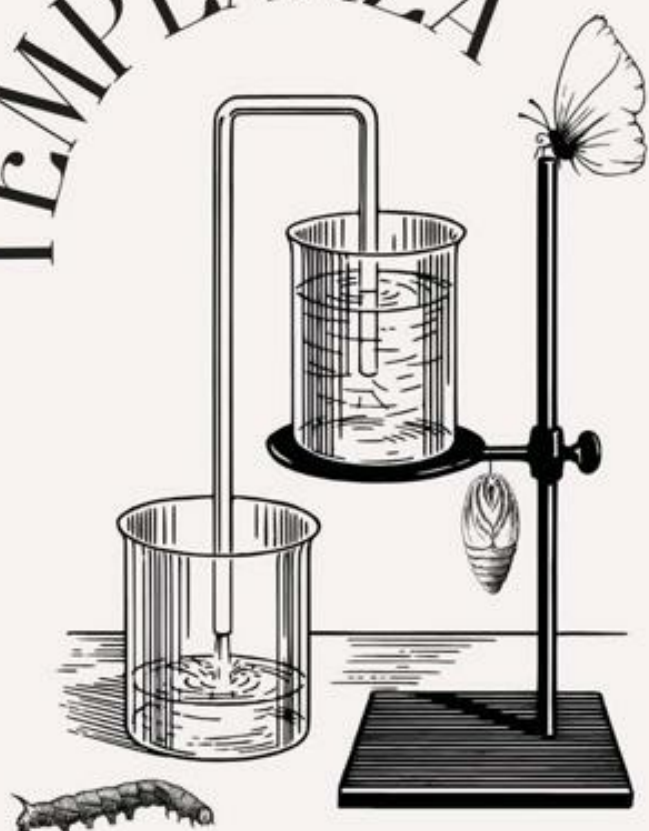
Estaba Samantha tan ofuscada intentando obrar el milagro de devolver la vida, que no se percató de que alguien le susurraba en la nuca. Era el espíritu de Leo que trataba de conectar con ella.

Las pupilas de la médium se dilataron al momento que una apnea le sobrevinía. El inspector tomó su cuerpo y el control de la situación: las manos de Samantha se colocaron en la mitad inferior del esternón y reanudó las compresiones torácicas. Tras presionar treinta veces seguidas, dos ventilaciones.

Samantha notó que se le filtraba un cálido aliento en su boca. Abrió los ojos y se reveló a sí misma sobre Leo. Los labios de ambos se rozaban y él la miraba quieto. Se retiró confundida, al mismo tiempo que el inspector empezaba a incorporarse algo aturdido. Ella recordaba haber iniciado las compresiones, pero nada más.



LA TEMPLANZA



Combinar hábilmente los opuestos para obtener una síntesis. Espíritu de conciliación. Moderación, calma y serenidad. Metamorfosis para la adaptación. Las rutas más seguras y productivas suelen evitar los extremos.

~XIV~

MVB



Arcano XIV. Templanza

Los servicios de emergencia se llevaron a Leo al Hospital del Mar; el juez instructor dio orden de levantar el cadáver del Gato para trasladarlo al Instituto de Medicina Forense de Cataluña; una patrulla de Policía acompañó a Samantha a su casa; mientras, varios agentes peinaban el puerto en busca de Plushenko.

A pesar de las abrasiones en el cuello del inspector, se encontraba en perfectas condiciones, dadas las circunstancias. Según concluían los médicos, gracias a la rápida intervención de Samantha haciéndole la RCP podía contarlos. Pero algo no le cuadraba a Leo. Era una visión lejana, algo borrosa, que giraba en espiral: el eco de la voz de Samantha cada vez que pensaba en el roce de sus helados labios. Había oído relatos sobre experiencias cercanas a la muerte que se asemejaban a lo vivido. Guardó para sí mismo ese episodio, porque no sabía ni tan solo cómo expresar los hechos.

A las pocas horas fue dado de alta, y su fiel ayudante, Ulises, que lo esperaba en la entrada de urgencias, lo acompañó a su piso.



A la mañana siguiente, Samantha se despertó intranquila. Gracias a su rosario psicométrico accedió a la información que le fue velada mientras estaba poseída. En esta ocasión, pudo notar cómo su cuerpo se llenaba de un extraño calor que la atemperaba. Sintió el esfuerzo de realizar las compresiones sobre el cuerpo del inspector y cómo, tras ventilar sobre la boca de este, la temperatura de él volvió a ser la normal. Samantha rozó con la yema de los dedos sus labios recordando la agradable calidez de los de Leo.

La médium estaba algo confundida. Había sido la catalizadora del alma del inspector mientras estaba muerto, y después de la posesión, este volvió a la vida. No sabía si eso era muy normal y se preguntaba si Leo recordaría algo. Las dudas le sobrevinieron y pensó que debía buscar respuestas en Sibel.

Aprovechando que era su día libre, se fue directa al local de la tarotista. Salió con tanta premura que no advirtió la llegada de Leo. Él quería mantener una conversación sobre lo sucedido antes de ir a comisaría. La intuición del inspector lo alertó de algo inusual en la actitud de Samantha. Era lógico que, al haber vivido un hecho traumático, como la retención y casi asesinato en manos de un delincuente, hiciera aflorar en las víctimas comportamientos no consabidos. Pero ese rictus preocupado de Samantha y el ademán de decisión a la hora de caminar... Se dispuso a seguirla.



Sibel estaba departiendo con la señora Hortensia. Cuando llegó Samantha, pasó ansiosa a la sala de espiritismo sin pedir permiso. La tarotista forzó el final de la sesión con la viuda. No precisaba de un radar extrasensorial para reconocer que la joven médium necesitaba sus servicios.

La señora Hortensia, de salida, se cruzó con Leo, que analizaba el lugar desde fuera. Él

aprovechó que esta abría la puerta para colarse en el local sin que la campanilla advirtiera de su entrada.

—Buenos días, señora. —Leo sujetó la puerta a la viuda.

—Caballero —respondió Hortensia, mientras lo revisaba de arriba abajo. No osó decir nada más, pues se percató de la placa de Policía aferrada al cinturón, que se asomaba al no llevar el gabán abotonado. «¡Ahora sí que le cierran el local!», pensó Hortensia. Cruzó a toda prisa la calle para observar los acontecimientos desde el visillo de su casa situada a dos portales.

Leo oyó unas voces susurradas que provenían de la trastienda. Una de ellas, era la de Samantha. Se acercó con sigilo. A cada paso ganado, la conversación se desvelaba.

—¿Y si Leo recuerda algo? —decía Samantha.

—Es el primer caso que me encuentro de resucitación tras la posesión... Es difícil de saber. No obstante, no creo que sea posible —contestaba Sibel al mismo tiempo que discurría en pensamiento.

—Eso espero, porque después de la farsa del papel, no se me ocurre qué más inventarme.

Esa última frase encolerizó a Leo. Desde un principio consideró extraña la prueba que le entregó Samantha con el nombre de Plushenko, y ahora tenía la certeza del embuste. Aquella niñata se había reído del cuerpo de Policía y cometido el delito de falsificar pruebas. Le podía haber salvado la vida, pero no estaba dispuesto a dejarse ridiculizar. Entró en la sala de espiritismo al borde de la locura.

—¿En qué más ha mentido, señorita Zolá? —preguntó inquisidor.

—¡Leo! —exclamó Samantha levantándose con premura. Se llevó consigo el mantel verde y con ello las cartas del Tarot de la tirada que había iniciado Sibel.

—Inspector Leopold Torat para ti. Se acabaron los jueguecitos —sonó categórico.

—No, yo no... —Samantha se bloqueó ante la actitud ofensiva de Leo. Había sido pillada *in fraganti*. Solo podía pensar que estaba acabada y al traste con su plan.

—«Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis» —empezó a parafrasear Sibel a Juana Inés de la Cruz—. No se atreva a juzgar lo que no conoce —le advirtió la tarotista al inspector.

—Whoopi Goldberg —dijo Leo aludiendo a la actriz que interpretó a una pitonisa en la película *Ghost*—, está usted hablando con la ley. Si no quiere que la detenga por desobediencia, será mejor que se mantenga al margen.

—Ya me ha explicado Samantha cómo la intenta intimidar, pero sus chuscas técnicas del manual del interrogador no funcionarán conmigo —sentenció Sibel—. Viene aquí a imponerse, pero gracias a que ella es lo que es...

—¿Se puede saber qué es, sino una farsante? —espetó con ira Leo.

—¡La médium que le ha salvado la vida! —alzó la voz Sibel a modo de reproche.

—¿Una vidente? Eso no existe.

Samantha, que se había quedado en su usual segundo plano, se sentía perdida. La intensidad de luz fue oscilando. En esta ocasión no parpadeó la lámpara, sino que subía y bajaba su potencia como si fuera una montaña rusa de emociones lumínicas.

—¡Necio! Ya la ha asustado —dijo Sibel señalando la lámpara—. Tranquila, no pasa nada. —Se acercó a la empalidecida Samantha—. Nos sentaremos los tres y hablaremos como personas civilizadas. Verás como todo se soluciona —le decía para calmarla. La tarotista miró al inspector y le indicó que tomara asiento, mientras ella guiaba a Samantha hasta la otra silla.

Leo accedió porque, al ver la cara de Samantha, reconoció la misma expresión que tuvo antes

del ataque de pánico en el cementerio de Collserola. Aunque, ahora no sabía qué pensar de aquel episodio: «¿Fue una treta también?».

Sibel recogió el mantel y las cartas, que habían quedado esparcidas por el suelo, y volvió a preparar la mesa.

—Hablaré yo y usted escuchará —dijo Sibel. Leo acomodó la espalda en la silla y se cruzó de brazos con una mueca de incredulidad. Samantha agachó la cabeza. La tarotista le agarró una mano para darle confianza y comenzó a explicarle al inspector—. Aunque no lo crea, las médiums existen. ¿Acaso no ha oído hablar de Allison DuBois, quien ha ayudado a resolver crímenes en Estados Unidos?

Leo mantenía una actitud escéptica ante las palabras de Sibel. Tenía una gran retahíla sobre los poderes psíquicos, pero no le impresionaba nada. De hecho, escrutaba cada gesto y cada palabra como si él mismo fuera un detector de mentiras humano.

Samantha, de tanto en cuanto, alzaba la mirada y corroboraba que el inspector no daba crédito. Sibel argumentaba bien, pero ese no era el camino a seguir. Se armó de valor e intervino, consciente de que podía ser su sentencia. Respondería a aquello que le interesaba saber al inspector.

—No sé cómo encontré el cuerpo de Marta Kaulitz —interrumpió Samantha obteniendo toda la atención de Leo—. Los agentes pensaron que estaba drogada, pero juro que no consumo. Me someteré a cualquier análisis. Es solo que no puedo recordar nada. En un instante, me encontraba en frente del colegio Jesús-María y, de repente, aparecí en esa carretera.

Al escuchar el nombre del centro académico, Leo se inclinó hacia adelante para prestar más atención. Samantha creyó que eso era buena señal y prosiguió:

—No conocía al Cercenado. Puedes investigar mis llamadas, registra mi casa si quieres. Solo sé que él contactó desde otro plano y me indicó lo que debía decir. Lo del papel, lo siento. No quise explicártelo porque sabía que no me ibas a creer. —Paró ahí su discurso porque, aunque quedaba más por relatar, dudaba de la reacción que obtendría del inspector si le hablaba de su posesión en el puerto.

—¿Qué te pasó en el cementerio de Collserola? —interrogó Leo.

Antes de contestar, Samantha miró a Sibel. Esta última asintió animando a la joven médium a contar la verdad.

—Varias almas errantes intentaron poseerme a la vez. El viento, el tornado... eran las energías de los muertos.

—¡Menuda imaginación! ¿Por quién me tomáis? —replicó Leo.

—Claro, porque es lo más normal del mundo que haya tornados en Barcelona. Si no se entiende de parapsicología, no hay nada que hacer. —Sibel no se achantó.

Leo pensó unos instantes, mientras estudiaba a sus interlocutoras. No tenía claro de qué iba toda esa puesta en escena, pero ellas se creían las barbaridades que le estaban contando.

—Déjame ver tus ojos —solicitó Leo a Samantha.

La joven médium, extrañada, se quedó quieta mientras el inspector se levantaba para acortar la distancia entre ambos.

—Mira hacia la luz —ordenó Leo, señalando la lámpara sobre sus cabezas. Samantha obedeció. Sus pupilas reaccionaron con lógica ante el estímulo luminoso. Leo las observó satisfecho—. Te pasa algo. Ahora responden bien. Pero no siempre es así.

—Cuando un alma errante posee, las pupilas del catalizador se dilatan porque miran directas al abismo y no atienden a los cambios de luz —intervino Sibel—. Es una de las señales.

Leo meditó esa respuesta. No le acababa de convencer. Samantha podía ser una línea de investigación a seguir. Pero para descubrir más, debía separarla de su protectora: Sibel.

—Vas a declarar sobre la falsa prueba. No toleraré esa infracción.

—Lo entiendo. Puedo hacerlo ahora mismo si quieres —manifestó Samantha.

—Será lo mejor —respondió el inspector.

Leo cogió a Samantha del brazo mientras la escoltaba hacia la salida del local de Sibel. La tarotista miraba la escena con pena, pero era consciente de que poco podía hacer.

Leo situó a Samantha en el asiento del copiloto del Hyundai Ioniq blanco y emprendieron el trayecto hacia la comisaría de *Les Corts*. Ella cabizbaja, y él con mil cosas rondándole en la cabeza. De soslayo, la médium miró el cuello del inspector. Tenía muy marcadas las señales del estrangulamiento. Samantha se atrevió a romper el hielo.

—Perdona por lo del puerto. No te hice caso y, por poco, mueres.

La estupidez de Samantha casi les cuesta caro, pero Leo era consciente de que las flechas de culpabilidad le señalaban a él. No debía haber llevado a la alumna de prácticas a una vigilancia y seguimiento, aunque fuera imposible prever las consecuencias.

—Supongo que podemos redimir tu falta ya que me has salvado la vida. —Leo meditó unos segundos. Toda la experiencia en el puerto le parecía irreal, pero dado que lo más extraño lo tenía sentado a su derecha, quiso sacarse la espinita que lo inquietaba—. ¿Cómo lo hiciste? Porque recuerdo ver un túnel en espiral. Estaba caminando por él, cuando tu voz hizo que se disipara. Me vi tumbado en el suelo y a ti haciéndome una penosa RCP que no hubiese funcionado ni con un vivo. Y luego desperté contigo besándome.

—¡Un momento! No estaba abusando de ti —respondió rápida Samantha, que obvió la parte del túnel, en el momento que Leo hizo referencia a un impropio ósculo. Se la estaba acusando de otro delito. Según estadísticas, era más común que los hombres se aprovecharan de las mujeres en estado de inconsciencia, pero también se habían recogido denuncias a la inversa. Samantha empezaba a pensar que su próximo destino era el calabozo, si a la falsificación de pruebas del caso del Cercenado se le añadía el abuso al inspector. Aseveró, a la desesperada—: Intentaba reanimarte.

—¡Y lo lograste! —dijo sin contener la risa al ver el sonrojo de Samantha, demasiado evidente al tener la piel tan blanca. Para ser honesto consigo mismo, los generosos labios de la chica no dejaban indiferente al roce—. Aunque, el mérito también se lo debemos a la deflagración espontánea de la bombona. Un golpe de suerte.

Samantha abrió la boca para confesar que eso también fue obra suya, pero no encontraba las palabras para no parecer el argumento de una película de ciencia ficción. Esa faceta suya de alterar los elementos a su alrededor se había cobrado una vida. El Gato era un delincuente prescindible para la sociedad, pero, a fin de cuentas, Samantha había cometido un homicidio.

—¿Por qué has pedido hacer las prácticas conmigo? Quiero la verdad. —Leo volvió a ponerse serio.

Samantha reconocía que el inspector jugaba a descolocarla con sus comentarios y, aun así, no le era viable contrarrestarle con medias verdades. Llegados a ese punto, lo que menos la ponía en cuestión eran sus motivos para ser alumna de prácticas.

—Es por el caso de Marta Kaulitz. Su espíritu me llamó desde el abismo. Así es como la encontré, aunque sé que dudas de ello. Luego leí en los periódicos sobre la nueva chica desaparecida. Quiero intentar localizarla, pero hasta ahora no he conseguido nada. Creo que sigue viva. Si pudiera saber dónde se le perdió el rastro, o a través de un objeto suyo, igual...

El coche paró y Samantha no entendió qué hacían en su casa. Hablando, no se había percatado de que Leo cambió el rumbo. Ella lo miró extrañada.

—¿Quieres registrar mi casa?

—Marta Kaulitz estudió en el colegio Jesús-María —respondió exhalando a modo de bufido.

Samantha pensó unos segundos la implicación de esas palabras. Sonrió al interpretar que Leo le estaba dando una tregua.

—No te hagas ilusiones. No te creo ni una palabra, pero hasta que no resuelva esta coincidencia te voy a vigilar. Hoy día libre para reponernos del asunto del puerto, pero mañana te espero a las cuatro para seguir con las prácticas.

La expresión de gratitud de Samantha era infinita. Le traía sin cuidado que Leo dudase de ella o pensase que estaba loca, porque aquel gesto significaba una oportunidad más para avanzar en su propósito.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó fulminante Leo al divisar que por la calle se acercaban caminando Regina Kaulitz y el padre Damien Sydow.

Salieron del coche para encontrarse con ellos.

—¡Oh! El ángel de la guarda —dijo la señora al ver a Samantha.

—Disculpados por la intromisión —manifestó el padre Sydow—. Regina se ha empeñado en traerte este obsequio, Samantha. —Mostró la cesta con productos artesanales que llevaba en las manos. El padre había postergado su sotana habitual, y combinaba el alzacuello con una camisa y un pantalón de riguroso negro. El servidor de Dios tenía un aspecto más terrenal que no pasó inadvertido, ni para Leo ni para su ayudante en prácticas.

—¿Cómo sabíais dónde encontrarla? —preguntó Leo, casi a modo de interrogatorio. Cuestionaba la familiaridad que tenía el sacerdote con Samantha.

—El comisario Reyes ha sido muy amable dándonos la dirección. Es un gran hombre. También le hemos traído un cesto a él y hemos dejado otro en comisaría para ti —contestó Regina.

—Ya veo... —refunfuñó Leo. «César está obnubilado por contentar a la consejera y hasta se salta toda normativa», pensó.

—No habremos hecho algo malo, ¿verdad? —preguntó Sydow.

—Para nada, Damien —se apresuró a contestar Samantha, que se había dado cuenta de que Leo empezaba a avasallarlos. Con tanta hostilidad podía acabar molestando a la pobre Regina, y como víctima secundaria al ser madre de una, no se merecía ese trato—. Muchas gracias por el detalle. ¿Queréis un café? —dijo en un gesto de amabilidad para contrarrestar la desconfianza de Leo, aunque no le hacía especial ilusión que aceptaran la oferta.

—Nos encantaría. —Cogió al vuelo la propuesta Regina.

—No queremos molestar. —El padre Damien se expresó con prudencia.

—Para nada, será un placer. —Samantha leyó en el rostro de Leo que más le valía que en la invitación se lo incluyera.

—¡Ay! Gracias, angelito —dijo la señora agarrándose del brazo de la médium—. Me haces un favor. El padre Damien no es muy buen conductor y me he mareado de camino —añadió risueña en tono de confidencia, pero fue escuchado por todos los presentes.

En cuestión de minutos, los cuatro coronaban los puntos cardinales de la mesa del comedor de Samantha. Por suerte, su padre estaba en ruta de vuelta desde Perpiñán y su madre cubría el turno de mañana a una compañera. De lo contrario, le sería difícil justificar una reunión tan variopinta. No porque hubiera nada de malo, pero suscitaría cierta suspicacia entre sus progenitores la presencia de la madre de una víctima, un cura y un policía en el salón. Ni en una

novela de Agatha Christie había mejor elenco.

La médium sirvió el café acompañándolo con galletas Birba y dejó en el centro de la mesa la cesta de productos artesanales.

—¿Hay alguna pista nueva? Hemos oído que ha desaparecido otra chica. Dios no quiera que la haya pillado el mismo infeliz que a mi hija —dijo la señora Kaulitz mientras revisaba qué galleta del surtido le apetecía más.

Samantha miró a Leo. Esta vez no iba a decir nada sin su consentimiento, ni siquiera para aliviar a la afligida señora. No comería otro desliz.

—Como es usual, no podemos revelar información. Lo único que se nos permite confirmar es que la investigación sigue su curso —resolvió Leo con una respuesta prefabricada.

—Entiendo. Es un consuelo. —La señora Kaulitz esbozó una sonrisa cálida, reflejo de paz interior.

Samantha se dispuso a servir más café. A cada movimiento, la manga se le subía mostrando el rosario que le regaló el sacerdote.

—¿Cuándo me lo vas a devolver? —preguntó Damien con un tono afable, pero con un pensamiento pícaro.

Samantha dudó un instante de a qué se refería, y el sacerdote le señaló su muñeca.

—¡Aún no puedo! —respondió con premura. Aunque la fe de Samantha seguía de vacaciones, el rosario le funcionaba de péndulo psicométrico. Ahora no era el momento de desprenderse de él.

La mirada rapaz de Leo se posaba en los invitados. Reconocía buenos atributos físicos en el sacerdote. Podían llegar a ser un cóctel explosivo si los combinaba con esa actitud, que rallaba a un principio de tonto. Seguro que confundía a muchas mujeres así. Conocía muy bien esas artes que él mismo, de vez en cuando, utilizaba. Pero aquel hombre vestía con sotana. Su voto era el celibato, no flirtear con jóvenes.

—No es muy usual ver tanta afinidad. La fe debe estar muy comprometida si los sacerdotes ejercen de chóferes para sus feligreses —apuntilló Leo.

Los ojos de Samantha amenazaban con salirse de las cuencas y empezaba a boquear como pez fuera de agua. La pregunta no la incumbía a ella, pero era una descortesía absoluta. Acostumbrada a los desaires de Leo, no se hubiese imaginado el curso al que se dirigía la conversación.

Damien hizo una mueca similar a una sonrisa ladeada mientras se acababa el sorbo de café. Fue Regina la que contestó sin miramientos, mascando una galleta. Pese a su padecimiento vital, era una señora con aplomo y a la vuelta de todo.

—La Iglesia ya no es lo que era. Ni las personas tampoco. Por suerte, en San Martín, tenemos al padre Dídac y al padre Damien. —Regina sonrió a su acompañante—. Desde que se hicieron cargo de la parroquia la llevan con rigor. ¿Cuántos años ya son?

—En mi caso, llevo veintidós. Entré con la mayoría de edad recién cumplida —dijo Damien sonriendo a Regina.

—Es cierto. Ya no me acordaba que fue tiempo después de la desaparición de mi Marta. —Regina se tomó unos segundos para viajar al pasado—. Suerte tuve de tu apoyo en aquel momento, y suerte tengo de que continúe ahora.

—Aunque mis servicios como chófer no son del todo valorados. —Damien sonrió con simpatía, de una manera arrebatadora.

—Es que el padre Dídac conduce mejor y me devuelve el coche en condiciones. La última vez

que se lo dejé a Damien —dijo Regina en volumen de confidencia a Samantha y Leo—, me encontré una bolsa de cacahuets.

El sacerdote entornó los ojos en blanco para, después, sonreír con simpatía. «Esa curva en los labios de Sydow no llevará a ninguna mujer, ni a más de un hombre, por el recto camino», pensó Leo.

La señora Kaulitz y el padre Sydow se despidieron y regresaron por donde habían venido. Leo los repasaba mientras se alejaban. Se subieron a un Golf Polo de color rojo que estaba aparcado al final de la calle.

—¡Vaya, vaya, con Lorenzo Quart! —Clara alusión al atractivo sacerdote de la novela *La piel del tambor* de Arturo Pérez-Reverte.

—¿Con quién? —preguntó Samantha confundida.

—Mañana a las cuatro en comisaría para proseguir con las prácticas. Si no vienes, mandaré a una patrulla para que te arreste por falsificar pruebas —contestó Leo mientras entraba en su coche.



EL DIABLO



666



*Ceder a los encantos sutiles. Apegos feroces
y desequilibrio. Planteamientos guiados
por emociones negativas.
Esclavitud, entendida como atadura a los
deseos materiales y vicios.*

MVB

~ XV ~



Arcano XV. El Diablo

El viernes amaneció soleado y con Samantha de buen humor. Preparó el desayuno con los productos de la señora Regina. Había justificado ante sus padres que la gente mostraba gratitud al cuerpo de Policía con esos detalles, de los cuales ella, por ser alumna en prácticas, también se beneficiaba. Aunque la explicación se cogía con pinzas, Olivier y Blanca estaban tan encantados con la vuelta a los estudios de su hija, que no repararon en los cabos sueltos. Era la primera de la familia que entraba en la universidad. Un orgullo para ellos.

Samantha desayunaba mientras leía la carta que le había escrito Regina de puño y letra, agradeciéndole su ayuda. Era una mujer de la vieja escuela y eso enterneció a la médium. «Faltan más personas así en el mundo», se dijo. El padre Damien también había aportado su granito de arena añadiendo una estampita de la iglesia de San Martín. En el dorso de la misma se leía la cita de un proverbio, y en la parte inferior, escrito a bolígrafo, su móvil con el mensaje: «Si necesitas ayuda». «La fe debe estar comprometida si los sacerdotes ejercen de chóferes para sus feligreses», había dicho Leo. Samantha pensó que aquello era una muestra más de cómo intentaban extender los tentáculos religiosos. Pero en este caso, era sutil y hasta le hacía gracia.

Durante su turno en el supermercado, Samantha no paró de pensar en las prácticas de la tarde. Martina le tuvo que llamar la atención porque se equivocó en dos ocasiones al reponer productos en los estantes: las patatas Lay's acabaron en el congelador y el aceite en la sección de vinos. Eso era más propio de la alocada Bibiana. Por suerte, gracias a la confianza que se tenían jefa y empleada, aquello no derivó ni en una simple reprimenda.

A las cuatro menos cuarto, entraba Samantha por la puerta de la comisaría, tras un tentempié rápido hecho mientras viajaba en el metro. Se fue directa al despacho de Leo que ya la esperaba. Miró el reloj y él le apuntilló:

—Llegas antes de hora. ¿Tenías ganas de verme o te daba miedo que te enviase a la patrulla?

—Un poco de las dos cosas, supongo —se atrevió a decir Samantha con cierta osadía. Intentaba traspasar su bloqueo con él.

—Bien —dijo junto con un asentimiento de cabeza—. Vamos a empezar por el principio. Acércate. —Leo se situó al lado de la pizarra del crimen. Había añadido a la última chica desaparecida.



Samantha ojeó los datos con mayor interés que la primera vez que estuvo en el despacho del inspector.

—Necesito evaluar tus nociones. No pienses ni por un momento que te reconoceré ante los demás como vidente. Será nuestro secreto hasta que yo decida qué eres en realidad —se pronunció Leo, dominante, mientras inspeccionaba a la médium.

Samantha, que no percibió ni simpatía ni complicidad en las palabras «nuestro secreto», pero sí cierto grado de privacidad, dejó de recorrer con la mirada la pizarra, para centrarse, y asintió ante las demandas de Leo. No era sumisión ante él, pero sí respetó su planteamiento. En el fondo, estaba ocultando a todo el mundo su nueva condición y el inspector le daba garantías de no ser expuesta.

—¿Qué ves? —preguntó Leo indicando la pizarra.

En esta ocasión, la estrategia del inspector se basaba en la improvisación. No tenía idea de a qué se enfrentaba con Samantha, pero estaba dispuesto a sacarle el máximo rendimiento. Aunque lo parapsicológico lo seguía manteniendo en el campo del escepticismo, no era tan obtuso como para obviar la realidad: había algo en Samantha que podía serle útil. Y, si no era así, mejor saberlo con tiempo, porque no estaba dispuesto a que lo dejara en evidencia frente al cuerpo de *Mossos d'Esquadra*. Ya tenía a bastantes agentes y altos mandos en contra, como para que ahora se añadiera esa cuestionable alumna con dotes extrasensoriales, y pasase a ser el hazmerreír. De ahí que estableciera ese pacto de secretismo con Samantha.

—Chicas jóvenes, la mayoría adolescentes. Todas con un físico parecido. —Samantha dijo con prudencia. Se estaba centrando en sus conocimientos no paranormales. No quería cometer un error porque ya estaba advertida de lo intolerante que era Leo en ese aspecto. Ahora que parecía que la medio aceptaba, incluso después de descubrir sus mentiras, no quería volver al punto de partida—. Desaparecieron el veintinueve de febrero en Barcelona. Fueron asesinadas. No se encontraron evidencias de abuso sexual, pero sí de algún tipo de tortura por las marcas en muñecas y tobillos. Debió tenerlas encerradas y atadas por días. A cuatro se les arrancó el corazón, siendo esta la causa de la muerte, y no se ha encontrado el órgano. En el caso de Marta, la primera víctima, las costillas rotas indicarían lo mismo, aunque es difícil de saber al encontrarse solo los huesos. Además, también tenía un traumatismo en la cabeza. —Samantha omitió a conciencia que faltaba una chica, la supuesta del dos mil ocho. Cuando la otra vez lo mencionó, pareció molestar a Leo. Esa víctima debía ser una incógnita todavía. Eso justificaría la actitud del inspector—. ¿Será obra de un asesino serial? —lanzó al aire la médium.

—¿Qué puedes decirme del perfil de un asesino en serie? —preguntó Leo.

—Aunque no existe un consenso claro respecto a los rasgos que identifican al asesino —

empezó a hablar Samantha intentando recordar las clases teóricas de Criminología—, se caracterizan por ser personas narcisistas y con falta de empatía, en algunos casos con un trastorno de psicopatía asociado. Pero la mayoría son personas que disciernen entre el bien y el mal. Buscan a víctimas vulnerables y por medio de la persuasión se acercan a ellas. Pueden ser grandes manipuladores, y convivir en comunidad sin que nadie se percate de su condición.

—Las grandes monstruosidades las hace gente que parece normal.

La médium hizo un barrido a la pizarra del crimen para obtener más información y volvió a dirigirse a Leo.

—El móvil del asesinato es el motor de su comportamiento. No se tratan de motivos tradicionales como los delitos pasionales, sino que son invisibles: forman parte del propio constructo psicológico del individuo. Consideran a las víctimas culpables de su malestar. Por eso, son reincidentes y cometen crímenes de una forma cíclica. En este caso, no parece haber un componente sexual. O tal vez sí: el autor puede ser impotente y por eso es incapaz de consumar el acto. Eso coincidiría con que las tuviera apresadas por días y que tras su frustración las asesinara. El corazón que le falta a cada víctima, con toda seguridad, es un trofeo para el asesino.

—El rostro de Leo era impasible. Se notaba que no lo había impresionado con su retórica de manual. Samantha echó un último vistazo a la pizarra y dijo—: Pero es curioso... —No se atrevió a seguir.

—¿Qué te resulta curioso? —le preguntó el inspector.

—Visto así, puestas las víctimas una al lado de la otra, parece clara la vinculación de estos casos, pero se trata de un asesino que opera una vez cada cuatro años. El periodo de «enfriamiento» entre asesinatos es muy amplio. Establecer esa relación no ha debido ser una tarea fácil. Son víctimas de distritos diferentes, en épocas diferentes... —Samantha miró de frente a Leo y le preguntó—: Establecer la conexión con Marta, de la cual se desconoce casi todo, y adelantarte a pensar que Laura corre el mismo peligro que las demás, cuando tan solo está desaparecida... Le has dedicado muchas horas, ¿verdad?

—Hay un patrón. Difícil de percibir, pero está. Llevo consultando las bases de datos durante años, buscando coincidencias de mujeres desaparecidas los veintinueve de febrero en Barcelona. La primera fue Marta Kaulitz. No hay registros de ninguna antes. Hice una instancia formal para reclamar el caso si alguna vez aparecía el cuerpo de Marta. Cuando tú hallaste sus restos, en seguida me contactaron. No me cabe duda de que Laura es la última. No ha habido ninguna desaparición más durante el veintinueve de este año. El perfil de la víctima coincide con las demás.

—Si estás en lo cierto, se trata de un asesino que opera desde hace veinticuatro años. En base a las estadísticas, varón. Rondará, mínimo, entre los cuarenta y los cincuenta años. Actúa solo y debe tener una inteligencia superior a la media para conseguir mantenerse oculto durante tanto tiempo. Y... —Samantha estaba atando cabos. El inspector hizo un gesto para que se lanzara—. También me parece mucha casualidad que los huesos de Marta y la desaparición de Laura hayan sido en la montaña de Collserola. Es cierto que ambos puntos están alejados entre sí, pero quizás nos indica que es una zona que conoce bien el asesino.

Las hipótesis de Samantha coincidían con las primeras que él hizo al empezar a conectar los casos. Una sonrisa orgullosa se quería manifestar en el rostro de Leo, pero fue interrumpida.

—Jefe. —Entró Ulises en el despacho—. Tengo el informe del laboratorio sobre el papel de Alekséi Plushenko. —Leo y Samantha se miraron cómplices—. Como dijiste, tus huellas y las de Samantha están en él, y se ha encontrado un compuesto de arena y fertilizante. No del industrial,

sino del que se venden en tiendas de jardinería para uso doméstico. Voy a ir a comprar diferentes abonos para que analicen muestras, a ver si podemos dar con el exacto.

—Déjalo —cortó el inspector. El agente lo miró extrañado. Leo carraspeó y añadió—: Plushenko ya tiene orden de busca y captura. No hace falta que perdamos el tiempo en esto. Caerá por su propio peso cuando lo arrestemos.

—De acuerdo. Voy a comprobar que hayan emitido la orden de detención de Plushenko a nivel internacional. —Se marchó Ulises diligente.

Leo se miró a la médium con cara indescifrable. Arqueó una ceja:

—¿Abono para plantas?

—Utilicé la tierra de un macetero para manchar el papel. Tenía que parecer sacado de una nave abandonada. —Estaba claro que no fue su mejor idea. Por suerte parecía que el inspector la encubriría en ese asunto.

Aunque Leo se resistía, Samantha le empezaba a caer bien. Reconocía en ella inteligencia y cierto grado de ingenio, pero los flecos sueltos no los quería obviar, y menos que se pensase que iba a perdonarle las faltas.

—Si me dices alguna mentira más, prepárate. Recuerda que es un delito la falsificación de pruebas —amenazó Leo—. A partir de ahora, absoluta sinceridad. Me lo vas a contar todo, aunque sea inverosímil —matizó, haciendo alusión a su extraña condición de médium—. Si te pregunto cuántas veces has estornudado, me detallas hasta la marca de pañuelos con los que te has sonado. —Samantha asintió de inmediato. No quería acabar en la cárcel. Leo, satisfecho, anunció la siguiente tarea—: Toca hacer trabajo de campo. Nos vamos.



Cruzaron la ciudad en dirección a la montaña de Collserola. Samantha observaba en silencio las texturas urbanas. Barcelona era una ciudad de contrastes y jamás la dejaba de sorprender. Entendía por qué se la podía adjetivar como «cambiante».

Tras subir la avenida Tibidabo y coronarla llegando al Funicular, continuaron por la vía que llevaba a la Carretera de las Aguas: el camino que serpenteaba por el parque natural de Collserola, ofreciendo unas magníficas vistas del *skyline* de la ciudad.

Leo estacionó junto a otros coches de gente que iba a pasear o hacer deporte.

—Aquí vieron por última vez a Laura. Vino con su grupo de amigos a hacer botellón. Tuvo una pelea con Óscar, su novio, y el muy desgraciado se marchó dejándola sola —dijo Leo con menosprecio hacia la pareja de la víctima. Samantha escuchaba atenta—. ¿Cómo funciona esto? Me refiero a la posesión. ¿Tenemos que conjurar algunas palabras? ¿Dibujar un pentagrama y poner velas? —preguntó algo incrédulo.

Samantha, que pese al recelo del inspector no se podía sentir ofendida, pues ella también pensó en su momento de la misma manera, negó con la cabeza y explicó:

—En realidad, yo no decido. Son las almas las que vienen a mí. Es cuestión de estar en el lugar correcto y tener paciencia. Sabré que algo va a suceder cuando tenga la sensación de que alguien me sopla en la nuca.

—Entendido. Hora de hacer guardia —manifestó con algo de socarronería el inspector, dándose cuenta de que tocaba esperar a los acontecimientos.

Pasaron veinte minutos sin dirigirse la palabra. Leo empezaba a pensar que perdían el tiempo. Miró a Samantha, quien estaba de lo más relajada. Conocía a pocas personas que se sintieran cómodas con un silencio prolongado, y eso le intrigaba. Leo carraspeó y preguntó:

—¿Aún nada?

—No. Quizás no es este el sitio exacto —dijo Samantha mirando el inicio del camino de las Aguas.

—Demos un paseo —propuso el inspector.

Se mezclaron entre los ciclistas y los *runners* en aquel camino de arena y bosque. La vegetación no tardó en dar paso al mirador natural que era la Carretera de las Aguas.

Cuando la ciudad se reveló bañada por el dorado del atardecer, Samantha no pudo dejar de contemplar aquel espectáculo mediterráneo, donde la disposición reticular de la urbe, diseño del arquitecto Cerdà, confluía con sobresalientes monumentos y edificios modernos: la Sagrada Familia, la torre Agbar, el Castillo de Montjuïc... La ciudad era abrazada desde la izquierda por Badalona y sus tres emblemáticas chimeneas y desde la derecha por Hospitalet con su floreciente zona de congresos. Y al fondo, un mar de plata con uno de los puertos más importantes de Europa. Con la mirada fija en aquel mapa en tres dimensiones, a Samantha se le ocurrió una idea.

—Tal vez funcione... —titubeó mientras se desabrochaba el rosario de la muñeca. Extendió el brazo en dirección a la ciudad y, asegurándose de coger el extremo de la cadena, dejó caer el rosario para que se moviese cual péndulo. Su intención era ver si señalaba algún punto de la ciudad, pero osciló lateralmente. Samantha intentó forzar un zarandeo, pero el péndulo se detuvo súbito y, virando, volvió a su movimiento lateral—. ¿Qué estaré haciendo mal? ¡Otra vez sin respuesta!

Leo había optado por hacer un análisis pormenorizado de toda la parafernalia de Samantha. Quería ver hasta dónde era capaz de llegar con su majadería. Observó que el rosario oscilaba de una forma anormal. Le parecía un truco para conseguir que el movimiento no siguiera las leyes de la física. Debía comprobar si estaba alterándolo con algún imán o artefacto similar.

En un gesto rápido, Leo sujetó el rosario. Las manos de ambos se acariciaron. Aquel roce fue como una explosión, con invisible onda expansiva incluida, que emanó de las manos hasta llegar a dos metros a la redonda. Fue inofensiva para ellos, pero no para el ciclista que pasaba por su lado y cayó de bruces al suelo.

Un recuerdo compartido emergió simultáneo en la mente de Samantha y de Leo: el momento exacto en el que el inspector tomaba el cuerpo de la médium para tratar de salvarse la vida. Por un segundo, aquel chispazo, provocado por sujetar ambos el rosario, les dejó absortos mirándose a los ojos.

—¡Ay! Pero ¿cómo me he podido caer? —se lamentaba el ciclista, captando la atención de Leo y Samantha.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el inspector, que volviendo al mundo real fue a socorrerlo.

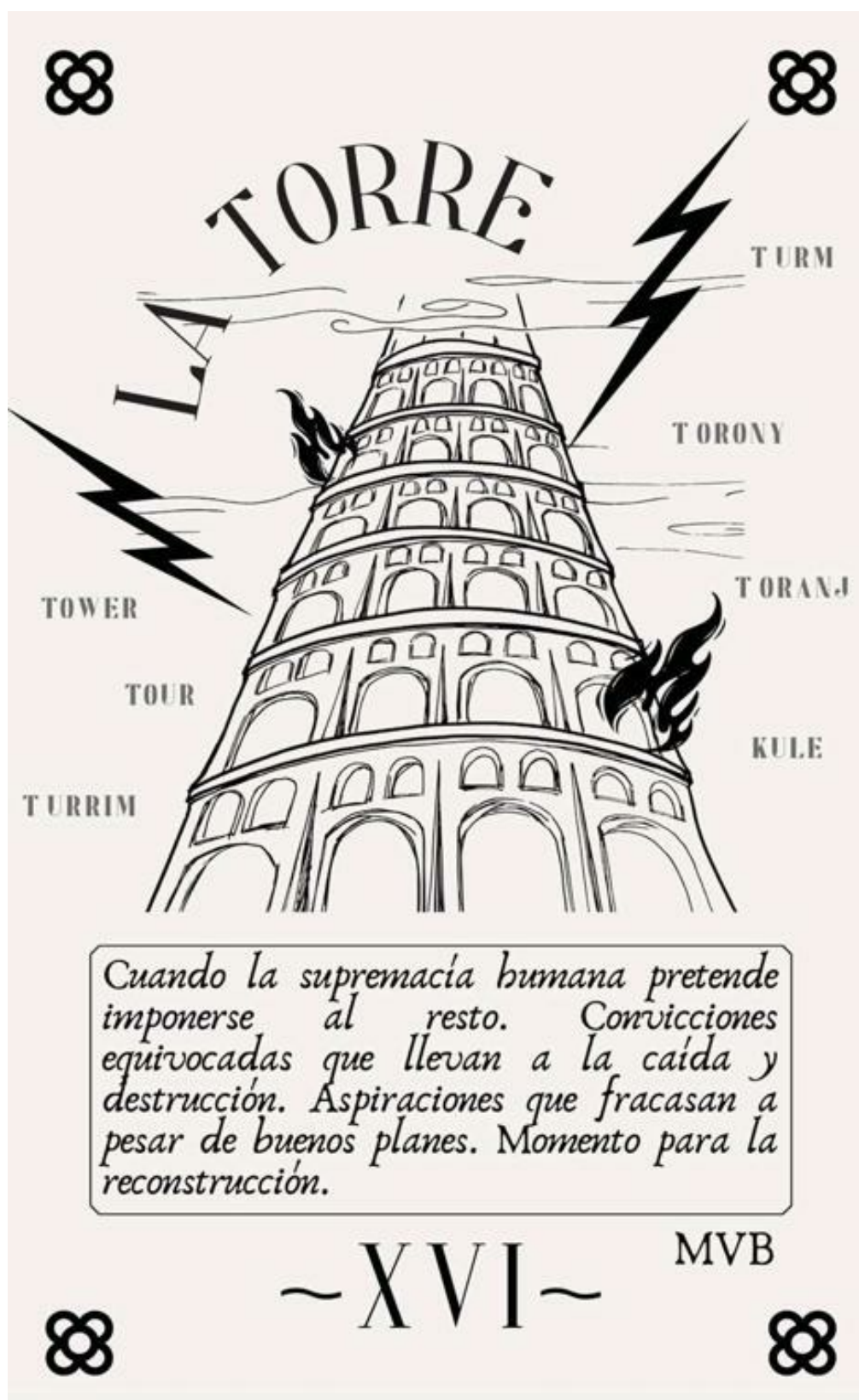
—Sí. No es nada. Se me ha bloqueado la cadena. —Quiso restarle importancia el ciclista que ya estaba de pie y volviendo a subirse a la bicicleta.

Leo no tenía idea de qué estaba pasando, pero no se llega a inspector por dejar las cosas a medias. Había sentido algo sobrenatural cuando sus manos se rozaron. Mientras miraban cómo el ciclista se alejaba, preguntó a Samantha:

—Mañana es sábado. ¿Tienes algún plan?

—Trabajo jornada partida —dijo de forma automática. Al percibir que importunaba al inspector, por el silencio que este perpetró, añadió—: De una a cuatro tengo libre.

—Vendré a buscarte. Quiero que me acompañes a un sitio.



Cuando la supremacía humana pretende imponerse al resto. Convicciones equivocadas que llevan a la caída y destrucción. Aspiraciones que fracasan a pesar de buenos planes. Momento para la reconstrucción.

~XVI~

MVB

Arcano XVI. La Torre

Puntual, Leo apareció en la entrada del supermercado. Aparcó el coche en la zona de carga y descarga, y se apoyó en el capó mientras esperaba a Samantha. Llevaba unas gafas de sol Ray-Ban y miraba el móvil con desinterés.

Detrás del cristal, Martina y Bibiana repasaban al inspector con descaro.

—¡Cómo está el cuerpo de Policía hoy en día! —Suspiraba la cajera.

—Shhh. A tu puesto —repuso Martina cuando vio que Samantha salía del almacén.

—Intentaré volver a tiempo. Es que no sé a dónde vamos —se justificaba ante su jefa la médium.

—No puedo reprocharte nada porque es un asunto policial... Pero si llegas tarde te obligaré a que me lo presentes. —Martina señaló con interés en dirección al inspector.

Samantha sonrió ante la ocurrencia de su jefa y se marchó para encontrarse con Leo. Este, al verla, se levantó del capó y se dispuso a abrirle la puerta del copiloto. Fue un gesto de cortesía, que no pasó inadvertido para las dos cotillas del supermercado, que empezaron a suspirar de nuevo.



Leo estacionó en la calle del Mar, en el barrio de la Barceloneta. Samantha miró con curiosidad alrededor, sin saber bien por qué habían ido a parar ahí. Había una plaza rectangular, con el mismo nombre que el barrio, rebosando vida por la oferta gastronómica de restaurantes y chiringuitos. En el medio, una majestuosa fuente-farola con cuatro surtidores y el mismo número de faroles coronándola. Era similar a la fuente de Canaletas. En el otro extremo de esta se encontraba la iglesia de San Miguel del Puerto, con la figura del arcángel en el frontón: amenazadora, con una cadena en una mano, y protectora, con su espada en la otra.

La mirada de Samantha recaló en el inspector que parecía estar absorto. En un momento de lucidez, este dijo señalando el bloque de pisos con el número cuarenta y seis:

—Es aquí.

Leo se bajó del coche y ella le siguió. Entraron en el edificio y subieron hasta el tercer piso. Los pasos eran medidos y conscientes. Leo se sermonaba qué diablos hacía allí con Samantha. Le había dado vueltas al asunto desde que se le ocurrió la idea, pero siempre su impulso intuitivo de policía le decía que ese era el camino.

Samantha observaba todo a su paso. Debían estar en el domicilio de Laura Núñez. Leo, con aspecto taciturno, evitaba cualquier comentario y ofrecerle pistas. Para ella estaba claro que eso era una prueba más.

Llamaron al timbre. No tardaron en oírse unos pasos apresurados. Una señora de pelo canoso y delantal floreado abrió la puerta con énfasis.

—¡Qué bien que hayas venido! —La mujer se lanzó a los brazos del inspector.

—Cómo no iba a venir, mamita querida —respondió Leo—. ¿Está papá?

—Lleva horas en el comedor, haciendo el puzle de tres mil piezas que empezó hace un año. —

La mujer reparó en la médium, que había permanecido oculta hasta el momento tras el cuerpo de Leo.

—¡Ah, mamá! Espero que no te importe que traiga una invitada. Te presento a Samantha. Samantha, esta es María, mi madre.

—Mucho gusto, señora —respondió comedida la médium, que estaba muy sorprendida de la situación. No sabía cómo actuar. El inspector se la había jugado de una manera inesperada, pero ¿con qué motivo?

—Lo mismo digo. No os quedéis en el rellano. Pasad —ofreció María que recelaba de Samantha—. ¡José, ha llegado tu hijo y trae visita! —voceó.

La expresión del padre de Leo al conocer a Samantha fue la misma que la de la madre, pero él intentó disimular su desconfianza.

—Coméis con nosotros, ¿no? —preguntó José.

—Si Samantha no tiene inconveniente... —resolvió Leo con gesto ladino mirando a la médium. Ella asintió descolocada.

—Vamos, truhan, acompáñame a la cocina a por unos cubiertos más —ordenó María a su hijo, que se dio cuenta de las artes embaucadoras de Leo.

—¿Puedo ayudar en algo? —solicitó Samantha.

—Quédate con mi padre. Hay que distraerlo para que no toque los fogones. La última vez que lo hizo tuvimos que llamar a los bomberos —dijo el inspector.

—No les hagas caso —protestó el patriarca—. No fue para tanto.

Una vez en la cocina, María reprochaba entre susurros a Leo:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué la has traído?

—Mamita, no te alteres —intentó camelar a su madre con un arrumaco—. Samantha está colaborando con la Policía. Es mi ayudante.

—¡Bravo! —Se oyó la exclamación exaltada de José desde el comedor. María y Leo fueron a ver qué pasaba—. Hijo, ¿de dónde has sacado a esta muchacha? ¡En un periquete ha completado el puzle! —El padre de Leo estaba eufórico con la hazaña.

Sentados a la mesa, degustaron la comida casera de María. Había preparado canelones, elaborando ella misma el relleno y la bechamel. Samantha, que estaba acostumbrada a los que se servían preparados en el congelador del supermercado, paladeó las notables diferencias.

Con los estómagos llenos, las locuras de la cabeza se disipaban, y los momentos tensos del inicio también se aligeraban. Samantha aún no alcanzaba a vislumbrar por qué había sido invitada a ese banquete, pero sí empezaba a descubrir a un inspector menos feroz y más humano. Esa faceta suya no le desagradaba.

—Tenías que haberlo visto —decía José—. Leo de pequeño era un torbellino. Cada día nos venía con la piel de las rodillas levantada, pero es el orgullo de toda la familia. Un gran inspector.

—Papá... —resopló Leo—. No aburras a la invitada con historias viejas.

—Aquí donde lo ves, llevaba a todas las niñas de calle —repuso José, haciendo caso omiso a los designios de Leo.

—¡Para lo que nos ha valido! —exclamó María—. Es que ni siquiera se nos casa. ¿Cuándo vas a hacernos abuelos?

—Mamita, no empieces tú también...

María asintió resignada y, junto a su marido, se retiraron a recoger la cocina. El inspector posó una mirada introspectiva en Samantha y le dijo:

—Acompáñame. Quiero que veas algo. —Leo guio a la médium por un pasillo de la casa. Se paró en frente de una puerta—. Esta era la habitación de Gloria, la tercera víctima. Desapareció el veintinueve de febrero de dos mil ocho.

«¡La que faltaba!», exclamó para sus adentros Samantha.

Leo se tomó unos segundos de reflexión que acompañó con una intensa inspiración. A la vez que espiraba giró el pomo de la puerta abriéndola. Le cedió el paso a la médium y no dijo nada más.

Samantha aceptó la invitación a aquella burbuja: el tiempo se había paralizado en el cuarto. Seguía siendo el vivo reflejo de una habitación de adolescente. Las paredes estaban cubiertas con pósteres de grupos de música y actores de inicios del milenio. Enmarcado sobre la cama, a gran tamaño, la carátula de la portada de la película *Jumpers*. Sobre una estantería, libros de fantasía, CD, DVD y peluches de todo tipo. Al lado de la ventana, un tocador en cuyo cristal estaban enganchadas una veintena de fotografías.

La médium entró con sumo cuidado, procurando un respeto hacia el espacio que se le mostraba. Se quedó en el centro de la habitación observando. Supo que se trataba otra vez de hacer trabajo de campo. Esperaba no fallar, porque la visita a la Carretera de las Aguas fue muy poco fructífera, y si se repetía el resultado, quizás el inspector no estaría para más tonterías.

—¿Gloria era tu...? —empezó a preguntar Samantha.

—Mi hermana pequeña. Fue secuestrada y asesinada con dieciséis años.

—¿Es por ser familia que no la expones en la pizarra?

Leo asintió:

—Ella es el motivo por el que me hice policía. —Hubo un silencio opresivo donde el peso del mundo se apoyaba sobre los hombros del inspector—. Dijiste algo sobre tocar los objetos de las víctimas.

—Se llama psicometría —explicó Samantha—, pero aún no sé muy bien cómo funciona.

—Pruébalo, por favor —medio rogó el inspector.

Samantha hizo un escrutinio de nuevo sobre la habitación. Vio que en la mesa del tocador había un peine. Creyó que ese objeto, tan personal, podría ser un buen elemento psicométrico.

Se sentó en la silla del tocador. El sol entraba por la ventana besándole el rostro. La claridad acentuaba el celeste de sus ojos. Las pupilas se mostraban contraídas. Con delicadeza agarró el peine. Acarició las púas. Sabía que el inspector la observaba y eso la llenaba de nervios, bloqueándola. No sentía nada. Se miró en el espejo: era ella y no otra persona. Sus ojos se posaron en las fotos enganchadas en el cristal. «Chicas sonrientes». En una de ellas se había escrito en rotulador permanente: *My Best Friend*. Siguió curioseando cuando una de las fotografías la sobresaltó e hizo que se levantara de golpe. Leo se acercó a ella inquieto.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Samantha con temblores por todo su cuerpo y señalando una de las fotos.

—Gloria —respondió escueto el inspector.

—Se parece a mí. Tiene el pelo más oscuro, pero son mis rasgos.

Gloria, la hermana de Leo, guardaba una similitud casi exacta con Samantha. Solo difería en la tonalidad de piel y cabello, que en ambos casos eran más morenos que los de la médium, pero compartían los mismos ojos claros, labios carnosos, cejas arqueadas, nariz recta... Samantha no entendía qué pretendía el inspector, o más bien, ahora empezaba a cuadrarle todo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó la médium con preocupación.

—Solo ayuda. No sé si eres vidente o farsante, pero llevo demasiado tiempo buscando a su

asesino. Estoy tan desesperado que aceptaré cualquier posibilidad que ofrezcas. Y...

—¿Y qué? —interrumpió algo exaltada Samantha.

—Tal vez tu parecido no sea una coincidencia... —Hizo una pausa y la cordura se restituyó—. Perdón, esto es un sinsentido. Dejémoslo aquí.

Leo reculó. Empezaba a avergonzarse por exponerse de esa manera. Reconocía que aquello no había sido buena idea, pero eran tantos años de búsqueda sin frutos, que el fracaso lo atormentaba. Estaba comprando soluciones en un mundo de quimeras. Eso no podía ser.

Sin dilación, se despidieron de los anfitriones. Samantha notó cómo el inspector tenía prisa por alejarse del que había sido su hogar. Ahora cobraban sentido las actitudes iniciales de María y José. Debían haberse llevado un susto tremendo al ver a la reencarnación de su hija y, aun así, su comportamiento se mantuvo ejemplar.

Al salir a la calle, las campanas de la iglesia de San Miguel resonaron por la plaza. Eran las tres de la tarde, y las puertas del templo estaban cerradas.

—¿Hay misa en un sábado a estas horas? —se le escapó la pregunta del pensamiento a Samantha. Leo la miró confuso—. Me refiero a que doblan las campanas.

—Samantha, —el inspector hizo otra mueca de extrañeza y continuó—, no suena ninguna campana.

—Sé que desconfías de mí, pero no te da derecho a burlarte.

En ese momento, la médium detectó que los faroles de la fuente central parpadeaban. Eso respondía a algo. Lo sabía. No lo dudó y se acercó.

—¿Dónde vas? —preguntó incrédulo Leo, viendo como Samantha hacía caso omiso. Corrió tras ella—. Te estoy hablando —insistió.

Samantha se paró entre la fuente-farola y la iglesia de San Miguel, sin un claro objetivo. Leo, frustrado de que lo ignorara, cogió a la médium por el brazo, sin brusquedad, haciéndola voltear para confrontar sus caras. Los ojos de ambos se miraron.

La médium notó el soplo helado en su nuca y cómo su respiración se contenía. Leo advirtió que las pupilas de ella se dilataban, expandiéndose al máximo, dejando un pequeño ribete azul a su alrededor.

—Samantha —preguntó con dudas Leo. Al ver que no contestaba, se arriesgó—: ¿Gloria?

—¡Hermano! —exclamó Samantha, sonriendo de la misma forma que lo hacía Gloria cuando estaba viva. Leo reconoció ese ademán, y el mundo le volvía a pesar sobre los hombros—. Hermano, aquí. ¡Aquí!

—Gloria... ¡No eres tú! Samantha, no juegues conmigo. Estás utilizando lo que te he dicho para que te crea —inquirió enfadado.

La respiración de la médium se aletargó. Con tono sereno, dijo:

—Confía. Siempre serás mi *Big Bro*. —Su voz sonó igual de cantarina que la que tenía la hermana del inspector.

Leo se derrumbó. *Big Bro* era el código fraternal con el que Gloria se dirigía a su hermano. Ese detalle no se lo había revelado a Samantha. Era imposible que lo supiera, a menos que no estuviera poseída por el alma errante de Gloria. El inspector no pudo más que aferrarse en un abrazo a la médium, mientras las lágrimas brotaban incontenidas. Las bombillas de la fuente-farola explotaron, pero la propia carcasa evitó que los cristales se desperdigaran.

Las pupilas de la médium se contrajeron devolviéndola a la realidad. Se despertó de su trance en medio del intenso abrazo del inspector. El calor corporal de Leo se le antojó comfortable. También se dio cuenta de su rigidez. Estaba tenso. Samantha hizo un leve movimiento para ver si

Leo reaccionaba, pero él siguió aferrándola y emitiendo un sollozo ahogado.

Como era costumbre, Samantha no recordaba nada y no entendía qué pasaba. Por la sujeción de Leo, no podía alcanzar con la mano contraria el rosario para intentar evocar el recuerdo. Así que, recurrió a lo que ya le había funcionado en otra ocasión: enterró su nariz en el hombro del inspector y el agradable olor a pólvora del gabán la transportó a minutos antes.

El insondable inspector tenía sentimientos y se los había mostrado a Samantha. La médium decidió reconfortarlo devolviéndole el abrazo. Era el momento de reconstruir lo que quedaba de él.



LA ESTRELLA



Clarividencia. Guiarse por las señales intuitivas hacia nuevos destinos. Participación del pasado y el presente en el futuro. Presagio favorable. Esperanza renovada.

~XVII~

MVB



Arcano XVII. La Estrella

Samantha entró el lunes a las ocho en la comisaría. Esa semana le tocaba el turno de tarde en el supermercado y haría las prácticas por la mañana. En su fuero interno, tenía ganas de ver a Leo después de lo que sucedió el sábado. Se habían despedido en un silencio cómplice, solo aconsejable para aquellos que han vivido un momento de fuerte carga emocional. Aunque el inspector le dio acceso a una parcela privada, no podía estar segura de su actitud *a posteriori*. Quizás ahora se mostraría distante por decoro, o molesto por si a ella se le ocurriera ser indiscreta.

Pero Leo no se encontraba en la comisaría.

—Buenos días, Samantha —saludó Ulises cargado con unas cuantas carpetas consigo—. El inspector me ha mandado deberes para ti.

—¿No vendrá? ¿Le ha pasado algo? —preguntó preocupada, pensando que, tal vez, su ausencia era motivada por la experiencia del sábado.

—Está desde las cuatro de la mañana en un operativo en el aeródromo de Sabadell. Plushenko quería escapar en un vuelo privado y lo han interceptado. Seguro que llegará para la reunión de las once. Me ha pedido que revise estos expedientes. Creo que ya conoces el caso —explicó Ulises mientras la acompañaba al despacho de Leo. Se trataba de los informes de las víctimas del asesino en serie—. Falta uno. Me ha dicho Leo que lo encontraremos en su escritorio.

Ulises dejó los expedientes sobre la mesa y sacó el que faltaba, el de Gloria Torat, de uno de los cajones.

—¡Por fin! —exclamó con un énfasis triunfador. Samantha lo miró ojiplática—. Este expediente lo custodia Leo y no deja verlo a nadie. Me sorprende que ahora lo desentierre. —Hizo una mueca suspicaz. El agente atribuía a Samantha el cambio de actitud del inspector.

—¿Lo guarda él? ¿Y no es un problema que nadie más tenga acceso? —preguntó la médium para eludir la indirecta.

—Es un caso de hace tanto tiempo y tan complicado que a nadie le preocupa salvo a Leo. Además, los datos básicos están informatizados si alguien los quiere consultar. El punto es que en este informe están las anotaciones personales de Leo y eso, mi querida Samantha, es oro. —Ulises abrió el expediente y ojeó la fotografía de Gloria Torat. «¡*Madonna*! Pues sí que se parecen», se guardó el comentario. Cerró de un golpe la carpeta—. Lo dicho. Revisa los informes, estúdiatelos. Es posible que Leo te pregunte algún dato para la reunión de las once.

Samantha volvió a mirar a Ulises con los ojos salidos de las cuencas. Cada lunes se mantenía un *meeting* entre inspectores y comisario para ver la evolución de los casos en curso. Era una reunión donde se debatían los avances y las nuevas estrategias a seguir. Cierta apocamiento sobrevino a la médium.

—Sería mejor que lo hicieras tú —manifestó.

—Leo no me lo ha pedido a mí. Tienes tres horas para prepararlo. —Ulises se marchó sin más explicaciones.

La médium se encontró sola y apabullada. Por un lado, parecía que el inspector le daba confianza al encomendarle esa tarea, pero, con su inexperiencia, no sabía si lo haría bien. Necesitaba hacerse una visión global del caso y se acercó a la pizarra.



En ese instante, se dio cuenta de que había añadido la fotografía de la tercera víctima: Gloria Torat. En un pòsit estaba anotada la palabra «Aquí» con un interrogante. Eso había sido el mensaje de Gloria cuando estaba en posesión del cuerpo de Samantha.

Sin duda, Leo había hecho un paso más incluyendo a su hermana de forma tan visible. Esa implicación personal, el llevar el caso dentro, era lo que había permitido a Leo conectar a las víctimas. De otra manera, con toda seguridad, nadie hubiese establecido la relación. Pero quedaba la parte más difícil: encontrar al autor. De momento, solo tenían un listado de grandes descartados. Samantha se vio en la obligación de intentar dar lo mejor de sí misma como alumna de Criminología. Era hora de recordar todo lo estudiado.

Se recogió su melena en un moño alto. No podía dejar que nada interrumpiese su concentración, y menos mechones sueltos por la cara. Extendió las siete carpetas en el escritorio de Leo. Tuvo que retirar una cubitera y un calendario de sobremesa para que cupieran. Cogió una libreta y bolígrafo y se puso a analizar los expedientes por orden cronológico.

No tendría tiempo de repasar los centenares de folios de cada caso. Sabía que el de Marta Kaulitz era el más importante. Se trataba de la primera víctima. La única que tenía un golpe en la cabeza, lo cual podría significar un asesinato con mayor violencia y menos premeditación. Quizás era ella la que tenía un vínculo mayor con el asesino. Con la que empezó todo. Luego fue perfeccionando la técnica.

El estudio de la escena del crimen y de los restos concluían que el cuerpo de Marta había sido trasladado al lugar donde lo encontró Samantha. El cráneo se había salido del saco que contenía el resto del esqueleto a causa de una rotura en el mismo. Ese fue el bulto con el que Samantha se había tropezado y se le erizó el vello al darse cuenta de que lo chutó cual pelota en el momento del tropiezo. Todos los indicios sugerían que había sido depositado en el bosque de Collserola hacía poco, porque restos humanos a la intemperie ya habrían sido pasto de las inclemencias del tiempo y de la fauna salvaje.

Según las comprobaciones, la bolsa que contenía el cuerpo se trataba de un sudario, de las que se amortajan a los cadáveres para enterrarlos. Según las anotaciones hechas a mano por el propio Leo, el sudario era de plástico y por tanto antiguo. Desde el año dos mil veintiuno se fabricaban de material biodegradable, termosellados, estancos y herméticos, según la normativa europea. La médium identificó la letra de Leo como la misma que vio en las anotaciones en el margen del

libro de Ulises, *Taletober*. La que ponía: «Jamás perder el control». «¿Una lección que quería mostrarle el inspector al agente?», se dijo la médium.

Samantha anotaba todo lo que consideraba importante y sus teorías al respecto. «Marta es la única que ha permanecido oculta durante veinticuatro años... ¿Qué motivó al asesino a cambiarla de lugar?», pensaba la médium. El resto de víctimas habían sido encontradas entre las dos y las seis semanas desde la desaparición y muerte.

Concentrada como estaba, no se dio cuenta ni de que las horas pasaban ni de que Leo había llegado y estaba postrado en el umbral de la puerta.

El inspector observaba trabajar a Samantha con cierta satisfacción y simpatía. Las cosas habían cambiado y ahora se sentía cercano a ella. Era como haber recuperado algo perdido hacía tiempo. Sabía que no se trataba de su hermana y no la consideraba como tal, pero una parte fraternal se despertaba cuando la veía.

Invadido por esa sensación de afinidad, se acercó silencioso. Estaba detrás de ella y Samantha seguía ajena a su presencia. Con el cabello recogido, su nuca quedaba expuesta. Leo recordó la conversación en la cual la médium reveló cómo se iniciaba la posesión: con un soplo en la nuca. El inspector no se pudo resistir, y una sonrisa sagaz acompañó a un suave bufido, que recorrió la parte posterior del cuello de Samantha.

La médium se puso en alerta. Un alma errante la merodeaba. Agarró con firmeza su rosario psicométrico a la espera de la posesión, pero en seguida cayó en la cuenta de que ese soplo había sido más cálido de lo normal. Se giró y ahí estaba Leo, con rictus divertido y uniformado. Era la primera vez que no lo veía ataviado con ropa de calle. Dedujo que la uniformidad se debía, o bien al operativo, o a la reunión que se iba a celebrar en breves momentos.

—¿Has sido tú? —El inspector asintió simpático—. ¡Te burlas de mí! —dijo la médium con cierto tono infantil.

—Coge tus apuntes. Nos vamos de reunión —ordenó amable Leo sin borrar de su cara la sonrisa.

Samantha creía que con sus anotaciones no sería suficiente y recogió las carpetas para llevarlas también. La imagen de la médium, presionando los informes contra su pecho como si fueran los apuntes de la universidad, no dejaba de ser cómica.

Entraron en la sala de reuniones. Una gran mesa rectangular llenaba todo el espacio. Varios policías ya estaban sentados intercambiando impresiones. Samantha se fijó en las charreteras de los agentes uniformados. Ulises la había instruido en los símbolos para saber con quién se topaba y no cometer errores. Por las divisas en los hombros, en aquella sala todos eran de rango superior. Samantha tragó saliva inundada por un profundo respeto.

Leo indicó a la médium las sillas a ocupar. En seguida se les unió Ulises, segundos antes de que entrara el comisario, posicionándose en la cabecera de la mesa. Dio comienzo la sesión.

Ulises se encargaba de hacer las funciones de secretario. Repartió a cada miembro el acta de la reunión anterior y se dispuso a tomar las anotaciones de la que estaba a punto de empezar.

César fue señalando los turnos de palabra. Cada vez que nombraba a un presente, este explicaba los avances del caso que le correspondía y los demás escuchaban atentos. Así uno detrás de otro hasta que el comisario dio paso a Leo.

—¿Cómo ha ido el operativo de esta mañana?

—Alekséi Plushenko ya está en calabozos. Fue un gran acierto que Ulises pasara la orden a todos los puertos, estaciones y aeropuertos sin excepción, por secundarios que fueran —explicó Leo alabando la tarea de su subordinado.

—Bien. Excelente trabajo. ¿Qué más? —preguntó el comisario, que estaba gratamente sorprendido de ver a Samantha como mano derecha de Leo.

Ante la solicitud de César, el inspector cogió la libreta de anotaciones de Samantha que había dejado sobre la mesa. Ella no pudo evitar poner una expresión de horror. Le daba vergüenza mostrar esos desordenados apuntes que no tenían ni buena letra. Sin embargo, no se le pasó ni por un momento decir nada: bastante intimidada estaba rodeada de todos aquellos experimentados policías. Al menos, había utilizado diferentes tintas para resaltar lo importante, como hacía en la universidad. Eso podía facilitar la lectura al inspector.

Leo releyó por encima la primera página de la libreta. Contenía un resumen de impresiones sobre el caso. El inspector parecía estar de acuerdo con lo anotado. Eran ideas de novata: muy básicas. No obstante, bien sustentadas.

—Vamos a empezar de cero con el asesino en serie. —Se oyeron algunos rumores en la sala a los que Leo ignoró—. Estamos trabajando por localizar a la última desaparecida. Creemos que aún sigue con vida, y para encontrarla debemos remontarnos a los inicios.

—O hasta que aparezca su cuerpo —se escuchó entre murmullos.

—Hay buenas noticias al respecto —cortó el comisario—. La jueza Isabel Cuesta amplía el plazo de prescripción del caso de Marta Kaulitz. Por tanto, tenéis vía libre para investigar. Y daos prisa porque al segundo le quedan meses para que expire y con ese no se podrán hacer deferencias.

—¿Con quién se acuesta la Cuesta? —Otro comentario entre susurros se perdió en la sala.

Leo hizo caso omiso y sonrió para sus adentros. Los delitos penales prescribían a los veinte años, pero intuía que la jueza permitiría aquella alteración. No tenía ni idea de qué argumentos legales habría utilizado y era posible que, si se detenía al culpable, la defensa obligase a retirar los cargos por ese primer homicidio. Pero había otros seis casos atribuibles a una misma autoría, y era vital que le permitieran investigarlos todos, sin trabas, para obtener el mayor número de pruebas.

Al finalizar, los presentes despejaron la sala con las nuevas indicaciones, que el mismo comisario había sugerido durante la reunión. Ya de salida, Leo devolvió la libreta a Samantha regalándole un gesto de complicidad.

Ulises, que se había quedado rezagado, fue abordado por César.

—Increíble que nuestro inspector Torat-narices se lleve bien con la alumna de prácticas.

—¡*Madonna!* Estoy celoso —suspiró Ulises.

—¿En serio creías que tenías alguna oportunidad con Leo? No eres su tipo —aclaró el comisario con humor.

—En ese plano estoy cubierto por mi *ragazzo*, pero es que Samantha ha conseguido avanzar en una semana lo que a mí me costó meses de trabajo. —Volvió a suspirar el agente, que no entendía cómo su exigente jefe podía hacer caso a una imberbe a la que le faltaban muchas horas de vuelo.

—No te frustres, Falconeri. Leo es impredecible. Además, sospecho que las bases de este cambio en él las asentaste tú.



Samantha recogía para irse al supermercado con morriña. Le creaba cierta adicción trabajar con la Policía, y eso que solo llevaba una semana de prácticas, y la mitad de ellas fueron complicadas por la actitud de Leo. Pero era un hecho que en pocos días se había sentido más viva y útil que

nunca.

Se giró para ver a Leo. Estaba de espaldas, leyendo con obsesión el diario de Laura Núñez en frente de la pizarra del crimen. Se había cambiado y volvía a lucir una camiseta de manga corta de color verde militar que le marcaba la musculatura. Samantha pensó que el inspector gozaba de cerebro y físico, y se visionó a sí misma como si fuera Martina o Bibiana. No pudo evitar ruborizarse un poco.

El teléfono sonó.

—¿Quieres que lo coja? —preguntó Samantha. Leo, sin inmutarse, asintió con la cabeza y la médium procedió—. Despacho del inspector Torat, ¿en qué puedo ayudarle?

Esa contestación, tan educada y formal, hizo que Leo esbozara una sonrisa, que se reflejó exigua en el cristal de metacrilato, imperceptible a los ojos de la médium. No sabía los motivos, tal vez era por sus capacidades extrasensoriales, pero para Leo estaba claro que Samantha se salía de los cánones actuales de una chica de su edad. Quizás por eso mismo él no había conseguido ahuyentarla pese a todas sus intentonas. Ahora se alegraba de ello.

—De acuerdo, comisario —dijo Samantha mientras dibujaba, de forma inconsciente, figuras geométricas en el margen de la libreta de anotaciones—. Leo, era César. Hay noticias sobre el caso. Quiere que te reúnas con él.

La médium se quedó parada. Debía irse y, sin embargo, quería quedarse. Necesitaba conocer las novedades. Su fuero interno se debatía. Leo, que le leía entre líneas la expresión de su rostro, dijo:

—Si tienes cinco minutos, quizás quieras acompañarme.

La médium miró el reloj con ansia y vio la posibilidad de rascarle hasta diez minutos.

Leo pidió permiso a César para que Samantha asistiera a la reunión. El comisario no objetó. Le gustaba la muchacha que iba obrando milagros por sus dependencias: primero con la señora Kaulitz y ahora domando al inspector más fiero de sus filas. César no se fue con rodeos:

—Han encontrado a Laura Núñez.

—¿Muerta? —interrumpió Samantha, incrédula. Cada noche probaba su péndulo para encontrarla y no daba indicios de que estuviera muerta, aunque tampoco conseguía localizarla.

—No —se apresuró a remarcar César—. Deambulando semidesnuda y desorientada por la carretera BP-1413 entre Cerdanyola del Vallès y Sant Cugat. Es una zona despoblada, a las afueras de la localidad.

—Esto es nuevo —pensó en alto Leo.

—Los Servicios de Emergencias Médicas la han derivado al Hospital de la Santa Creu i Sant Pau —siguió ofreciendo datos el comisario—. Estaba muy alterada y sin fuerzas. Solo le han podido sonsacar que fue raptada y escapó.

—Voy a personarme en el hospital. Cuando acaben con el reconocimiento le tomaré declaración.

Leo y Samantha salían de comisaría con dos misiones muy distintas. El inspector debía hablar con la víctima y la médium cumplir con su jornada de trabajo, y eso, con las recientes noticias, no le apetecía nada.

—Puedo pedir a mi jefa el día libre si quieres que te acompañe —se ofreció Samantha.

—No hace falta. Seguro que tendré que esperar hasta que me dejen ver a Laura. Es mejor que solo uno pierda el tiempo. —El rostro de la médium se indispuso y Leo, que en el fondo deseaba ser acompañado por ella, la aleccionó—: Es importante que cumplas siempre con las obligaciones. Hoy en día lo que menos necesita la sociedad son personas que se dejan llevar por

lo que les apetece en cada momento. Así es como un país no prospera, así es como aparecen los delincuentes.



Aunque los orígenes del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau se remontaban al mil cuatrocientos dos con la fusión de los seis hospitales que había entonces en Barcelona, no fue hasta el mil novecientos dos, con la aportación del banquero Pau Gil, quien puso la primera piedra a la icónica edificación. El majestuoso proyecto se encargó al arquitecto modernista Lluís Domènech i Montaner, y se convirtió en mil novecientos noventa y siete en Patrimonio Mundial de la UNESCO, por su singularidad constructiva y belleza artística.

A día de hoy, el complejo modernista seguía mostrándose solemne entre las calles San Antonio María Claret y Cartagena, y la actividad sanitaria se había trasladado a un nuevo y moderno complejo de cinco apéndices con acceso desde las calles Mas Casanovas y San Quintín.

Leo estaba postrado cual centinela, en la entrada de ambulancias del hospital. La directora de urgencias le había prometido avisarle cuando Laura Núñez pudiera recibir visitas, pero que de momento el pronóstico era reservado. Tenía como compañía al de seguridad, que le relataba todos los casos más espeluznantes que había visto. Un reguero de historias, que el de seguridad aún engrandecía más, vertiendo una infinidad de detalles sangrientos a la par que fantasiosos. Leo intentaba desconectar contando la entrada y salida de ambulancias: una amarilla por cada dos blancas.

Pasaron cuatro horas, y cuando parecía que daban carta blanca a Leo para ver a la víctima, se encontró con un nuevo contratiempo: la familia. Los padres de Laura querían proteger a su hija. Se negaban a que Leo le tomase declaración sin que antes se recuperase. En realidad, estaba tan delicada que su evolución podía comprometerse.

Al inspector esas actitudes humanas que no ayudaban a cerrar los casos le exasperaban. Reprochaba cualquier exaltación de los sentimientos, aunque esos mismos eran los que le habían llevado a hacerse policía. Sin embargo, sabía lo perjudicial que era actuar con el corazón. Se obligaba a ser cerebral. Por ese motivo evitó poner la foto de su hermana en la pizarra del crimen: era un elemento distractor. Ahora, tras los últimos acontecimientos, se había producido un cambio. Se sentía fuerte para mirar analítico al dolor sin interferir en su trabajo.

De igual modo, por mucho que se indignase, a Laura le habían administrado un sedante. En esas condiciones era imposible su propósito. Optó por aprovechar el tiempo y hablar con el doctor que la había atendido.

Según el informe, la joven presentaba una fuerte deshidratación; abrasiones en las muñecas, concordantes con las intenciones de haber tratado de desatarse; y un gran corte en el torso a la altura del corazón, por donde había perdido una cantidad considerable de sangre. Las analíticas mostraban los niveles desajustados. No presentaba signos de agresión sexual, pero sí cardenales por todo el cuerpo. Había sido torturada. Según el propio médico, por lo poco que había podido expresar Laura cuando aún estaba semiconsciente, no recordaba nada. Para el curtido inspector, eso era una afirmación demasiado precipitada.



Eran las diez de la noche cuando Leo salía del hospital sin más información que la médica y el atuendo con el que se había encontrado a la víctima. El hospital lo había guardado en una bolsa de plástico amarilla, como acostumbraban a hacer con todos los pacientes. Leo suponía que aquellas pruebas estarían contaminadas tras el paso de los sanitarios de la ambulancia y el

hospital, pero se las llevaba al laboratorio con la esperanza de hallar algo.

La visita no había sido todo lo fructífera que él esperaba, pero tenía suficiente por donde empezar. En la puerta divisó a una persona que miraba en todas direcciones buscando respuestas.

—Samantha, ¿qué haces aquí?

Los ojos de la médium brillaron al encontrarse con el rostro conocido.

—He acabado mis obligaciones, y como vivo cerca, he decidido pasarme por si era de utilidad.

—Es muy tarde, y de todas maneras la víctima no está disponible. Mañana continuaremos desde comisaría. Tenemos mucho que hacer.

La médium no disimuló su frustración. El inspector tampoco ocultó lo orgulloso que se sentía por la implicación que mostraba la médium.

—¿Has cenado? —le preguntó Leo. Samantha negó con la cabeza—. Vamos, te invito a comer algo y, de paso, planificamos el día de mañana.

Al cruzar la puerta de salida del hospital, reporteros de Europa Press y la Agencia Efe se abalanzaron sobre Leo.

—Inspector Torat, nos han informado que la vida de la chica que desapareció el pasado veintinueve pende de un hilo. ¿Qué nos puede decir al respecto? —preguntaba el periodista de Europa Press.

—Sin declaraciones —se pronunció recio.

—Dicen que un depredador anda suelto. ¿Nuestras hijas pueden estar tranquilas? ¿Cuándo van a detener al culpable? ¿Es cierto que la Policía no tiene a ningún sospechoso? —Entró a matar el de la Agencia Efe.

Los dos reporteros, más sus respectivos cámaras, los rodeaban haciendo difícil el paso. Leo observó que Samantha permanecía a su lado, prudente pero algo sobrepasada. Ese gesto fue advertido por el periodista de la Agencia Efe y preguntó:

—¿Usted es familiar de Laura Núñez?

La perplejidad se apoderó de Samantha cuando las alcachofas se le acercaron amenazantes para obtener sus declaraciones. En un movimiento ávido, Leo cogió su mano y tiró de ella para apartarla de los reporteros. Samantha agradeció el agarre firme y cálido del inspector. Caminaron a buen paso y, aunque los periodistas hicieron el amago de seguirles, pronto desistieron al ver que no obtendrían ninguna declaración.



LA LUNA



*Estallido del mundo onírico mediante
sueños y visiones. Potenciación de la vida
inconsciente. Inspiración que crece y decrece
como la Luna. Oscuridad y engaño.
Atracción por lo desconocido.*



~XVIII~

MVB



Arcano XVIII. La Luna

La zona colindante a la Basílica de la Sagrada Familia era el núcleo turístico por excelencia de la ciudad, con la oferta gastronómica más variopinta.

Recorriendo la avenida Gaudí, Samantha y Leo se detuvieron en el número setenta. Seoul se llamaba el restaurante coreano que ofrecería sus viandas a los estómagos vacíos del tándem alumna-policía.

Al entrar, divisaron un par de mesas disponibles y Leo solicitó la que estaba más apartada. Samantha entendió la petición cuando, antes de que Leo se despojase de su gabán, se sacó la camiseta por fuera del pantalón para tapar la placa de Policía y el arma reglamentaria.

Rodeados de empanadas *kun mandu* y fideos *chapche*, Leo empezó a hablar.

—Mañana inspeccionaremos la zona donde se encontró a Laura.

—La carretera está en Cerdanyola del Vallès. ¿Será coincidencia? —Samantha había hecho los deberes.

—Laura tuvo que ser retenida en un lugar cercano y, por lo que conocemos hasta ahora, puede que en alguna zona de Collserola. Encaja que Laura fue vista por última vez en la Carretera de las Aguas, y tú encontraste los restos de Marta en la carretera del Cementerio. Ambos sitios pertenecen al parque natural de Collserola. El culpable opera por ahí. Al menos en esta etapa.

—Como Laura se escapó, ¿crees que el asesino buscará a otra víctima?

—Sospecho que planifica muy bien sus secuestros. Si es así, toda su energía solo se centra en una única víctima. Tener que elaborar un nuevo plan sería otro desgaste de meses o años que no tenía previsto. También influye lo importante que sea para él el veintinueve de febrero, e intuimos que mucho. Por lo tanto, invalida un secuestro en cualquier otra fecha. No obstante, estamos ante un nuevo escenario: ninguna víctima se había escapado antes. Debemos estar alerta porque, si se junta la frustración del asesino, al no consumir su atrocidad, con una oportunidad casual, no descarto que vuelva a actuar.

—Tiene sentido. —El silencio reinó unos segundos hasta que Samantha tomó la palabra—. Ha sido agobiante lo de los periodistas.

—Son carroñeros —dijo impertérrito—. Solo quieren páginas de prensa. Noticias para llenar la columna de un día, pero al siguiente ya no eres importante y se olvidan de ti. Siempre es así.

—¿Eso es lo que sucedió con tu hermana? —Samantha frenó en seco. Se le había escapado la pregunta. En su cabeza reverberaron las palabras de Ulises: «No le molestes, no te metas en medio y no hagas comentarios fuera de lugar». Temió una iracunda reacción por parte de Leo—. Perdóname. No es asunto mío —se disculpó.

Días atrás, esa intromisión a su intimidad hubiese sido imperdonable para el inspector. Incluso ahora no toleraría esa falta a nadie. Pero con Samantha era diferente. No podía juzgarla como a los demás, y mucho menos después de permitirle acceder a su vida privada. ¿Por qué lo había hecho? No se explicaba ese propio desliz. Quería justificarse con argumentos tan mundanos como la desesperación, aunque para él, hacían aguas.

—Es asunto tuyo. ¿Acaso no estás ayudando en la investigación? —resolvió Leo, al que le costaba desprenderse de la placa. Por un segundo, dejó el rol de policía, y el hombre con resquicios de sentimientos apareció—. El que te pide perdón soy yo. —Samantha enmudeció más de lo que estaba—. Me he extralimitado contigo en varias ocasiones. Incluso he invadido tu espacio personal. —La médium hizo cara de no comprender y Leo le aclaró—: Te incomodé con el abrazo.

—¡Ah, eso! No pasa nada. Puedes hacerlo siempre que quieras.

El inspector enarcó una ceja y añadió:

—¿Estás intentando hacer algún tipo de declaración paralela al caso? —En el fondo, Leo sentía que Samantha le miraba de una manera que él no se merecía.

Samantha se abochornó y quiso reconducir la malograda situación.

—Es por tu calor corporal. —Ahora Leo elevó las dos cejas al unísono. La médium se apresuró a aclarar—: Lo que quiero decir... Mi temperatura es muy baja. Siempre tengo frío. Cuando alguien me abraza siento la calidez de la otra persona, y para mí es muy comfortable. Sé que es difícil de entender.

Leo se había percatado de esa condición física de Samantha. Cuando la conoció y encajaron sus manos; cuando se desmayó en el cementerio; y cuando sus labios se rozaron en la maniobra RCP. A pesar de sus reservas, no podía evitar interesarse por la cara oculta de su nueva ayudante.

—Todo esto es porque eres vidente, ¿no? Explícame más. ¿Desde cuándo hablas con muertos? —preguntó Leo simulando despreocupación mientras devoraba una empanadilla. No podía permitirse que Samantha lo creyera persuadido. Sería una debilidad.

—Supongo que, desde siempre, pero no he sido consciente hasta que conocí a Sibel. He tenido lagunas de memoria toda mi vida. Estaba atemorizada pensando que podría tener cáncer cerebral, como mi abuelo. Él murió cuando yo era muy pequeña y me afectó mucho. Incluso el día de su funeral me perdí en el cementerio. Bueno, ahora no estoy segura de que fueran así las cosas.

Leo escuchaba con atención. Empezaba a encontrar conexiones subyacentes a los episodios vividos con Samantha.

—Sibel se dio cuenta de que yo era catalizadora. Al principio no me lo creía, pero ella me enseñó que el camino no pasa por ignorar, sino enfrentarse a los miedos. Y en eso estoy. —Samantha se encogió de hombros.

La médium cayó en la cuenta de que había traspasado su propia barrera de censura. No recordaba haber mantenido una plática tan distendida con nadie desde hacía tiempo. Ni siquiera con Bibiana, a la que consideraba su mejor amiga. Por suerte o por desgracia, Leo ya conocía sus males, y no hacía falta esconderse de aquello para lo que no tenía respuesta. Y, pese a las formas del inspector, a veces rudas y otras tantas embaucadoras, se sentía cómoda a unos niveles poco consabidos en ella.

—Conectas con los muertos, percibes cosas a través de los objetos... Debes ser una vidente de primer nivel —concluyó Leo en tono neutro, guardándose las emociones.

—La verdad es que la psicometría solo me funciona conmigo misma; soy incapaz de localizar a personas con el péndulo, y teniendo en cuenta que son las almas errantes las que deciden cuándo poseerme, se puede decir que soy una médium bastante mediocre.

Leo no pudo evitar emitir una espontánea y sonora carcajada ante las palabras de Samantha.

—¡Muy bonito! Te diviertes mucho a mi costa, ¿verdad? —Samantha espetó haciendo un puchero, pero sin estar enfadada.

—¿Qué puedo decir? —Levantó las manos a modo de tregua, pero la comisura de sus labios

seguía en dirección ascendente—. Eras la esperanza para resolver este caso, pero si no podemos utilizar tus habilidades parapsicológicas, tendremos que hacerlo a la vieja usanza.

Ambos rieron desenfadados. Abrazaron una alegría que hacía tiempo que ninguno de los dos sentía. Se sorprendieron a sí mismos y, en cierta manera, cada uno se avergonzó por sonreír cuando la realidad se imponía cruel. La conciencia era un dardo envenenado que se les clavó recordándoles: «prohibido bajar la guardia». Fue un pellizco que les puso los pies en el suelo tan rápido como el júbilo se los había elevado.

—Quería preguntarte algo —dijo Samantha poniendo seriedad en su modulación.

—Adelante. —Leo intuyó por dónde irían los derroteros y no se equivocó.

—En relación con tu hermana, he visto que se tomó declaración a la familia y amigos sin resultado. Pero tú la conocías, ¿no sospechas de nadie?

Leo se reclinó en el respaldo de la silla e inspiró profundo.

—No. Era una adolescente de dieciséis años, sana, responsable. No coqueteaba con el peligro. Soñaba con encontrar a su Hayden Christensen y vestirse de blanco. —Leo sonrió ante un recuerdo sobrevenido.

—¿Y? —preguntó Samantha deseando saber más.

—Cuando se celebraba una boda en la iglesia que hay en frente de nuestra casa, se encaramaba a la ventana de su habitación para ver a los novios. Incluso más de una vez se había puesto ropa elegante para mezclarse con los invitados durante alguna ceremonia. Era maravillosa. —La voz se le quebró. Carraspeó y añadió—: Es muy tarde. Mejor nos vamos.

A Leo le entró un súbito escalofrío de vergüenza por haberse dejado llevar. Él siempre se blindaba. Era su costumbre con cualquiera desde que pasó lo de su hermana, y más aún cuando entró en el cuerpo de *Mossos d'Esquadra*. Solo dejaba ver a los demás el papel que él quería. Sin embargo, su escudo no estaba a prueba de las bajas temperaturas. Por mucho que se lo quisiera negar a sí mismo, Samantha le había ofrecido algo inalcanzable que le hacía dejarse llevar: el reencuentro con Gloria.



La investigación de la carretera de Cerdanyola del Vallès se había pospuesto. Leo llevaba más de una hora amotinado en el despacho del comisario. Ulises y Samantha, bajo sus órdenes, aguardaban en el laboratorio. Necesitaban los informes preliminares de la científica sobre los hallazgos en la ropa y los objetos que portaba la última víctima. Estaban abriendo con sumo cuidado la bolsa hospitalaria, fijándose en cada esquina y recoveco, pues no querían alterar más las pruebas si podían evitarlo.

Se estaban sacando muestras de la especie de camisón blanco con el que había sido encontrada Laura, y de un cordón con el que tenía atadas las muñecas. Eso no correspondía con la ropa que llevaba la víctima cuando desapareció.

Al poco rato, un agente salió del laboratorio con un par de bolsas etiquetadas.

—Ya podéis guardarlas en el almacén de pruebas. Tenemos las muestras que necesitamos.

—¿Para cuándo los resultados? —preguntó ansioso Ulises.

—Estamos hasta arriba. Ya sé que tu jefe lo quiere para ayer, como siempre, pero necesitamos un margen de veinticuatro a setenta y dos horas. Te prometo darle preferencia.

A Ulises la mirada se le opacó, de una manera tan evidente, que el científico decidió añadir:

—Dile a Torat que, a simple vista, el ADN será de la víctima. Eso nos lo indica la posición y dirección de las manchas de sangre que están por la ropa.

Aunque esa información era previsible y arrojaba poca luz, Ulises sabía que la ausencia era, en sí, una evidencia. Con ese dato ya podría saciar al voraz de su jefe. De vuelta al despacho de Leo, Ulises conjeturaba:

—Un asesino metódico. Jamás hemos tenido acceso a objetos o ropa de las víctimas, puesto que todas aparecían desnudas. Creíamos que por eso no se hallaban pruebas. Sin embargo, esto demuestra lo cuidadoso que es nuestro criminal. Las cambia de ropa y no deja rastro durante el proceso. A Leo le va a encantar, *cuando el domador nos lo entregue amansado* —dijo con cierta mofa.

—¿Sabes qué quiere de él el comisario? —preguntó extrañada Samantha.

—Ni idea. Pero debe ser grave porque nos ha mandado a los dos al laboratorio para que no espemos. —La médium no pudo reprimir su intranquilidad y Ulises quiso aclararle—: Hay gente que se la tiene jurada a Leo. Buscan cualquier mínimo error para ponerlo en entredicho, pero no nos debemos preocupar. Él sabe nadar entre tiburones.

El teléfono de Samantha emitió un *bip* anunciando la entrada de un mensaje.



Bibiana le envió una foto de la página de sucesos de La Vanguardia. La instantánea ofrecida era la huida de Leo y Samantha de los reporteros la noche anterior frente al Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. De todas las imágenes que podían haber extraído se les ocurrió seleccionar, con intención, el fotograma en que Leo la cogía de la mano.

Samantha tragó saliva y, dirigiéndose a Ulises, le dijo:

—¿Puede esto tener algo que ver?

Ulises remiró la foto y leyó el artículo. Era demasiado mordaz y punzante. El cuerpo de *Mossos d'Esquadra* no salía muy bien parado y cargaban las tintas contra Leo.

—¡*Madonna!* Quédate aquí.

—¿Tú dónde vas?

—A esperar a que el comisario libere a Leo.

—¿Debo...?

Ulises negó con la cabeza. Ella comprendió que era contraproducente su presencia. No estaba segura de qué consecuencias podía tener. Mejor no empeorar las cosas.



A solas en el despacho, la médium revisaba por enésima vez los informes. Trataba de focalizarse en algo útil y dejar de lado los problemas crecientes. Cogió el diario de Laura Núñez, concentrándose en él. No consiguió que le evocara nada. Lo abrió y empezó a ojearlo. Leo había

señalado una de las frases.



«Óscar me presiona. Si hablara con DS le haría ver las cosas diferentes». «Por eso estudiaba el otro día tanto el cuaderno. ¿Quién será DS?», se preguntó Samantha, pero no se le ocurría nada.

Podía palpar la misma exasperación que invadía a Leo al no avanzar en el caso. Se sentía muy frustrada: ni la manera tradicional, llevada a cabo por Leo durante todos estos años, ni sus dotes ocultas de espiritista ayudaban para resolverlo. Era un auténtico callejón sin salida.

El abatimiento le jugó una mala pasada, y en un impulso se sentó en la silla de Leo. Estaba convencida de que si él la descubría usurpándole su sitio la sermonearía. Pero desde allí se obtenía la mejor visión de la pizarra del crimen, y Samantha pensó que obtener la misma perspectiva que el inspector le ayudaría en su cometido.

Tras unos minutos de carente inspiración, su mirada vagó por el escritorio. Se detuvo en las bolsas de pruebas. Inspeccionó a través del plástico transparente el camisón ensangrentado. Se le ocurrió que tal vez si lo tocaba, o lo olía, podría obtener respuestas. Pero al ser una prueba policial, no era buena idea sin el permiso de Leo.

—¿Qué nos dice esto del culpable? Cambia a sus víctimas de ropa para llevar a cabo su ritual. Un camisón... blanco. ¿Símbolo de pureza? Cuando las mata, se los quita, porque están manchados. ¿Ya no son dignas...? —se iba interrogando Samantha en voz alta—. ¡No, no tiene nada que ver! ¡Hay algo más! Pero ¿el qué? ¿Dónde está el punto de convergencia?

Dejó con cierto desaire la bolsa sobre la mesa al percibir su fracaso en conjeturas que no llegaban a nada. Con menos esperanza cogió la segunda bolsa, la que contenía el cordón con el que se ataron las muñecas de Laura.

—Una cuerda... Lo más común del mundo. En las ferreterías las tienen de todas las medidas y colores... —se dijo con pesadez.

A Samantha le llamó la atención una borla que tenía en uno de los extremos. El otro estaba deshilachado, como si se le hubiese desprendido otra borla. Parecía el típico cordón para anudar ostentosas cortinas. No obstante, si esa era su utilidad, la cortina debía ser muy grande, porque esa cuerda era más larga de lo normal. Había visto algo parecido en algún lugar. Dónde, era el *quid* de la cuestión.

—Tengo que anotarlo.

Samantha empezó a levantar las carpetas sobre el escritorio en busca de la libreta. No la encontraba. Leo la debía haber guardado.

Abrió varios cajones del escritorio. Tenía que estar por algún lado, y la localizó en el último compartimiento. Cuando la cogió pudo ver bajo ella una carta manuscrita y una estampita

religiosa. Eran como las que habían incluido la señora Regina y el padre Damien en la cesta de productos artesanos.

La chispa prendió en Samantha, y por fin recordó dónde había visto una cuerda similar: en el perchero de la rectoría, junto con la casulla y la estola del padre Damien.

Tenía que asegurar sus elucubraciones y buscó en Internet información sobre los objetos litúrgicos. El hábito de un sacerdote no se limitaba a una túnica, sino que había varios elementos a tener en cuenta: el amito, el alba, el manípulo, la dalmática, la casulla, la estola y... el cíngulo.

La médium realizó una búsqueda más concreta:

«Cordón con una borla en cada extremo que los sacerdotes católicos se ciñen a la cintura para que el alba se adapte convenientemente al cuerpo».

El Consultante

CÍNGULO

<https://es.liturgia.lig - cíngulo>

Cíngulo - Elementos litúrgicos

Cordón con una borla en cada extremo que los sacerdotes católicos se ciñen a la cintura para que el alba se adapte convenientemente al cuerpo. Significa las cuerdas con que fue atado Nuestro Señor en el huerto de los Olivos.



OFERTA

**Cíngulo de metal
glassé dorado**

28,00 €

+ 9,90 € gastos de envío

Las imágenes que ofrecía Internet no dejaban lugar a dudas: se trataba del mismo cordón que había en la bolsa de pruebas.

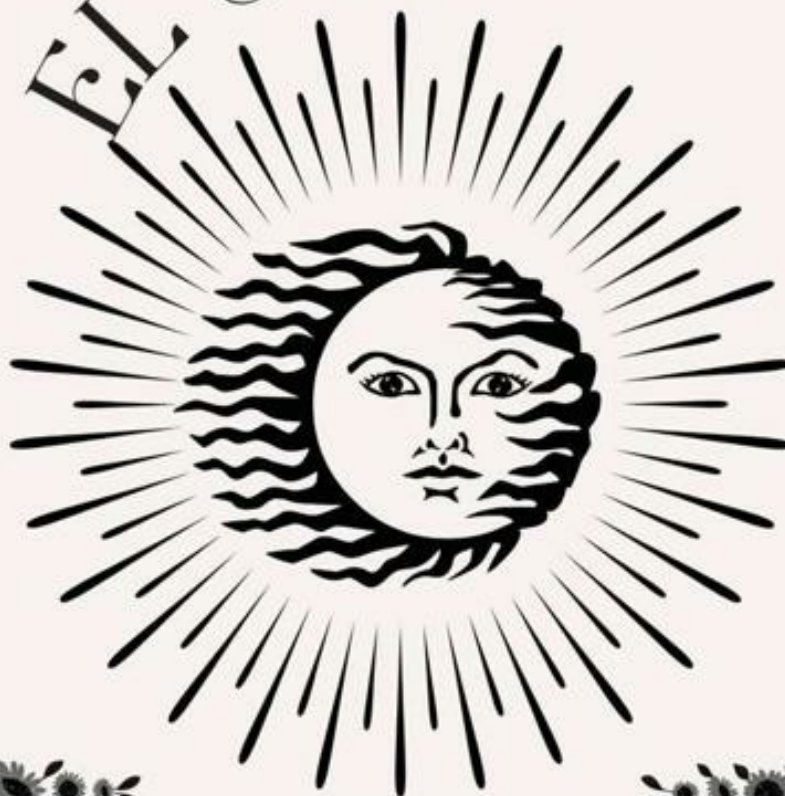
«¿Esto es algo o nada?». Cogió las carpetas con el deseo de que esa fuera la última y definitiva.

—¿Qué pregunta debemos hacernos? —se dijo en voz alta—. ¿Conexión entre las víctimas y la Iglesia? —Samantha se apresuró a anotarlo en la libreta.



SOL

EL



Iluminación. Claridad de juicio y seguridad para la solución de problemas. Momento expansivo de pura dicha que puede perderse en la vanidad. Dar y recibir afecto con el peligro de utilizarlo como moneda de cambio.

~XIX~

MVB



Arcano XIX. El Sol

El cingulo era un objeto muy particular. Aunque una rápida búsqueda por Internet desveló que se podía adquirir hasta por Amazon, ¿qué sentido tendría utilizarlo si no hubiera un vínculo directo con la Iglesia? Porque estaba claro que no era la cuerda más idónea para amarrar a nadie. Más bien al contrario, era bastante endeble.

Samantha se planteó si podía ser un truco para despistar, pero su hallazgo había sido una mera casualidad, gracias a que Laura se había escapado con él. En el resto de víctimas no apareció nada similar, pero sí abrasiones en muñecas y tobillos de haber estado atadas.

Dado el bloqueo que tenía, Samantha revisó los informes con un nuevo objetivo: intentar establecer puntos de convergencia entre los crímenes y la religión, en el término amplio de la palabra.

Buscó si las víctimas vivían cerca de una iglesia, como en el caso de Gloria. Si estudiaban en algún colegio cristiano, como Marta. Buscó dónde trabajaban o si ejercían voluntariados.... Cualquier cosa que las vinculase a dicha fe.

<u>VÍNCULOS CON LA IGLESIA</u>
Marta (2000): realizaba la catequesis en el colegio Jesús -María.
Ana (2004): vivía en frente del santuario de santa Gemma.
Gloria (2008): visitaba la iglesia durante las celebraciones de boda.
Sara (2012): acogida por las hijas de la Caridad cuando sus padres se quedaron sin recursos.
Paula (2016): trabajaba en la tienda de souvenirs de la Basílica de la Sagrada Familia.
Montse (2020): voluntaria en Cáritas (comunidad cristiana).
Laura (2024): vive cerca de la parroquia de Santa Teresa de Jesús.

Consiguió elaborar una lista algo heterogénea que más bien aportaba poca luz. Barcelona disponía de cuatrocientos sesenta y cinco lugares de culto religioso, según el informe anual que realizaba la Oficina de Asuntos Religiosos del Ayuntamiento. Las probabilidades de que las víctimas vivieran cerca de una iglesia era bastante alta. El resto de supuestos no se sustentaban.

Una llamada entrante al móvil interrumpió a la médium.

—Buenas, Samantha. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Pasa algo, Sibel? —preguntó la joven, a la que le resultó muy extraña la llamada.

—Estaba haciendo una tirada de cartas y se me ha caído el Arcano El Sol en posición invertida... He tenido un mal presentimiento.

—No te preocupes. Estoy todo lo a salvo que se puede estar en comisaría a las órdenes del inspector Leopold Torat. —Esbozó una sonrisa algo coqueta mientras garabateaba, como era su costumbre, figuras geométricas en una de las hojas de la libreta: triángulos, círculos y cuadrados.

—¿En qué pensabas? —preguntó Sibel.

—Tengo un bloqueo en el caso de las chicas asesinadas. Ando muy agobiada. Todo lo que intento como médium no me funciona, y no soy capaz con razonamiento de atar los cabos sueltos.

—Ahora entiendo... Tu actividad psíquica ha tenido un pico alto y lo he percibido a través de las cartas.

—¿En serio? ¿Eso es posible? Otro punto a añadir a la lista de cosas que no sé cómo hago y no controlo —dijo Samantha con cierto desánimo mientras garabateaba el nombre de Sibel entre el mosaico de figuras geométricas.

—No te frustres. Mejor eso que malas noticias.

Samantha observó a través de la pared acristalada a dos hombres trajeados acercándose al despacho. Uno de ellos aparentaba más de cuarenta años. El otro no parecía llegar a los treinta.

—Sibel, alguien viene. Tengo que colgar.

Se postraron en el umbral de la puerta aquel par de caballeros que se asemejaban a ejecutivos, aunque se presentaron como agentes de la División de Asuntos Internos.

—¿Eres Samantha? —dijo el más joven.

—Sí. —La médium se levantó del sitio de Leo y bordeó la mesa con cara de curiosidad.

—Somos Miguel y Juan. Estamos realizando una investigación. ¿Nos puedes dedicar unos minutos? —decía el tal Juan con amabilidad.

Samantha asintió inquieta. Presentía que serían malas noticias. Ahí estaba la carta de Sibel. El Sol era un Arcano de clarividencia, pero al estar invertido era lo opuesto: en lugar de la luz, la oscuridad; en lugar de la armonía y el entendimiento, la discordia y el conflicto. Pese a sus pensamientos trató de disimular. «Sonríe tranquila», se dijo a sí misma, y procedió a curvar en ascenso sus labios.

Juan señaló las dos sillas de visitas que estaban confrontadas al escritorio, y Samantha y él las ocuparon. Mientras, el otro agente caminaba con parsimonia observando los detalles del despacho. Parecía un sabueso.

—Nos gustaría hablar sobre el incidente del puerto que pasó hace unos días. —Juan seguía mostrando gentileza, pero la palabra incidente significaba problemas.

—Queremos saber por qué acompañabas al inspector Torat —se pronunció Miguel, el agente más mayor, que dejó su escrutinio del despacho para observarla de manera demasiado analítica.

—Soy alumna en prácticas —contestó parca.

—Sí, eso nos ha dicho el comisario Reyes. No obstante, no es muy usual que se expongan a los estudiantes a peligros como ese —replicó Miguel. No disfracaba sus intenciones, y Samantha lo advirtió con claridad: iban a por Leo.

La pantalla del ordenador parpadeó acompasándose con las pulsaciones de Samantha, que iban en aumento. Ella advertía cómo era de comprometida la situación. Cualquier cosa que dijera sería susceptible de perjudicar al inspector. Necesitaba hablar con Leo y que le aclarara lo que podía contestar y lo que no. Además, las circunstancias vinculadas a su condición de médium las

debía ocultar. Cosa que no estaba haciendo muy bien, puesto que de forma súbita se encendió el aire acondicionado. Intentó no inmutarse. Igual los agentes no percibirían que se hubiera activado sin control remoto. No obstante, Juan leyó cierta inseguridad en ella y se pronunció:

—Nada de lo que digas irá en tu contra. Solo estamos evaluando si el proceder del inspector se ajustó al código.

«¿El código?». César Reyes dijo que Leo tenía el suyo propio. Pensó en los cuchicheos que se oyeron en la reunión del lunes y en las palabras que hacía un rato había dicho Ulises: hay gente que se la tiene jurada a Leo. Una ráfaga de pensamiento le recordó que ella había falsificado pruebas y que Leo lo ocultó en su favor. Samantha supo que debía huir.

—Tienes mucha afinidad con el inspector a juzgar por las fotografías de los periódicos —afirmó el agente Miguel intentando coaccionar a Samantha.

—Déjala que se relaje —reprendió Juan a Miguel, y dirigiéndose a Samantha, añadió—: No queremos molestarte.

—No, no lo hacen. —La médium enfrió sus emociones. Decidió utilizar la técnica de incomodar a la otra parte, como acostumbraba a hacer Leo. Aunque ella no era un musculado policía de metro noventa, jugaba a su favor una mejor baza: el ser mujer—. Me da reparo pedirlo, pero necesito ir al baño. Creo que me ha bajado el periodo. —Buscó las palabras que menos la avergonzaban ante dos desconocidos, pero lo suficiente comprometidas para lograr su propósito.

—Por supuesto —Juan se apresuró a contestar acalorado.

El agente Miguel no mostró ni un ápice de consternación, pero no se opuso a que Samantha se ausentara. La médium salió del despacho con lo puesto, que consistía en ningún efecto personal y una inquietud mental. Se alejó por el pasillo con estoica compostura. Cuando dobló la esquina, sabiendo que ya no podían observarla por la pared acristalada, dejó la dignidad de lado y empezó a correr hacia el despacho del comisario: tenía que hablar con Leo.

A medio camino se topó de bruces con Ulises. Por el obcecamiento no se dio cuenta de que el rictus del agente era penumbroso. Él la amonestó:

—Samantha, no puedes correr por comisaría. ¿Qué demonios te pasa?

—Asuntos Internos. ¿Dónde está Leo? —dijo de forma poco elaborada con el corazón palpitando.

—Se ha ido. Bueno... —Ulises empezó a conectar lo que decía Samantha y añadió a su discurso—: El comisario le acaba de forzar las vacaciones.

Samantha no entendía nada, salvo que Leo no estaba allí. Sacó el móvil para llamarlo, pero al otro lado de la línea una operadora de inteligencia artificial le advertía que «el teléfono está apagado o fuera de cobertura».

—Necesito hablar con él. Dime dónde ha ido.

La médium agarró el brazo de Ulises en un impulso que casi no reconoció en ella. El peligro la llamaba desde dentro. Por el estado agitado, el contacto con la piel del agente fue como un campo yermo: no percibió ni calor ni frío. Sus sentidos estaban bloqueados para los estímulos. Su cabeza se focalizaba en conseguir sus propósitos: «mentir, plantar cara, hacerse la frágil». alguna estrategia funcionaría. Lo que fuera preciso. Porque si alguien iba a por Leo, significaba que las consecuencias la marcarían a ella también.

Ulises se tomó unos segundos para valorar si le reportaría un problema con su jefe hacer caso a Samantha. Quiso asegurarse de la importancia de los hechos.

—¿Has dicho Asuntos Internos?

—Están en el despacho de Leo. Me quieren hacer preguntas sobre él. ¡Ayúdame! —Rectificó al momento—: ¡Ayúdale!

El agente asintió con convicción. Minutos antes se había despedido de Leo en la puerta de comisaría. El inspector le comunicó que le iban a abrir un expediente disciplinario y, por ese motivo, César prefería mantenerlo lejos durante unos días.

No era la primera vez que Leo había sido objeto de una investigación, de las cuales siempre salió airoso. Aunque el inspector se mantenía sobre la línea entre la corrección y la incorrección, y nunca la traspasaba, esta vez podía ser diferente.

Leo transmitió a Ulises tranquilidad, pero ¿el inspector había calibrado que Asuntos Internos recalaría en Samantha? Seguramente sí, porque a Leo no se le escapaba nada. No obstante, ¿qué pasaría si la alumna de prácticas cometía alguna indiscreción y complicaba la vida de Leo? Ulises se planteó instruirlo él mismo, en aquel preciso instante, pero no sería suficiente. Algo brotaba entre Leo y Samantha, ajeno al conocimiento de él. Lo sabía por los silencios y las miradas entre ambos.

—Se ha ido a casa, a unas manzanas de aquí. ¿Qué vas a hacer? —acabó contestando Ulises.

—Necesito que distraigas a los de Asuntos Internos mientras me pongo de acuerdo con Leo.

—Hecho —contestó rotundo Ulises.



Samantha recorrió a toda velocidad la Travessera de les Corts en dirección al Camp Nou. Leo vivía en el quinceavo piso del número 122, colindante al estadio que tantas victorias había otorgado al Fútbol Club Barcelona.

En escasos diez minutos, la médium llegó al domicilio del inspector. La portería estaba abierta de par en par. La caja de herramientas de unos operarios hacía de sujetapuertas, mientras ellos revisaban el ascensor que estaba averiado. Samantha no se lo pensó y empezó a ganar pisos por las escaleras.

—Maldito seas, Leo. Tenías que vivir en el ático —espetó para sí misma a medio camino y con las fuerzas mermadas.

Cuando llegó al rellano, presionó con determinación el timbre, olvidándose de su esperpéntica compostura y con la respiración en estado de asfixia.

La respuesta se demoraba. La médium empezó a pensar que volvía al punto de partida. Al final, la minúscula luz de la mirilla se tornó negra y Leo abrió la puerta.

—Samantha, ¿qué haces aquí?

—¡Leo! Asuntos Internos. ¿Qué debo decir? —balbuceaba entre jadeo y jadeo.

—¿Has venido solo por eso? —Leo parecía incrédulo y su modulación sonaba a reproche.

—¿Pasa algo? —preguntó una voz femenina desde el interior del piso.

—No es nada, Isabel —contestó Leo en un giro de cabeza hacia el interior del domicilio.

Pese a las palabras del inspector, la acompañante de este se asomó a la puerta. Una despampanante mujer de media melena caoba que rondaría los cuarenta años. Exudaba seguridad por cada poro de su piel. Cuando hubo examinado a Samantha, reconoció en su físico a la persona.

—¿No será la chiquilla de prácticas de la que me has hablado? ¿Amanda...?

—Samantha —corrigió Leo con un tono a caballo entre serio y molesto.

La médium se paralizó. «Isabel», pensó. «¿Tal vez es la jueza Isabel Cuesta que se nombró en la reunión?». Era fácil atar cabos dados los comentarios jocosos que se produjeron. Pero esa

conclusión llevó a la médium al siguiente debate: no sabía qué le dolía más, que Leo se hubiera referido a ella como *nada*, o que la acompañante la hubiese tratado como una niña, de la cual no importaba mucho ni el nombre.

Para la médium estaba claro que su presencia allí era un error. Seguro que Leo ya la había etiquetado como lastre por ser una *chiquilla* incapaz de manejar a los de Asuntos Internos y, en aquellos momentos con las pulsaciones disparadas por muchos motivos, no podía enfrentarse a la severidad del inspector.

—Siento haber molestado. —Samantha retomó el camino de vuelta por las escaleras.

Cuando llegó a la portería, los operarios del ascensor no estaban, pero la caja de herramientas seguía haciendo de sujetapuertas, y una corriente de aire frío se filtraba desde el exterior. Se sentó en el último peldaño de la escalera. Necesitaba unos minutos para organizar las ideas antes de volver a comisaría.

De manera silenciosa, Leo apareció por detrás de ella. Con un movimiento lento, se colocó junto a Samantha sin poder evitar su sobresalto.

—Diles la verdad. —El inspector hablaba de forma serena.

—Sabes que no puedo contarles todo. —Samantha pensó unos segundos—. Nuestro secreto...

—Omíte lo oportuno para no revelarte, pero del resto debes ser sincera. No vas a mentir por mí. —Se mostraba inflexible, pero su tono era cándido.

—¿Y si digo algo que te perjudique?

—No importa. Sabré defenderme. —Leo le dedicó una sonrisa sincera mientras se miraban a los ojos en una realidad ensoñada y de comprensión absoluta. Las luces titubearon. El inspector miró el aplique de la pared y supo que era Samantha la que lo hacía parpadear descontrolado. Como sucedió en el local de Sibel—. Has venido sin abrigo. ¿Tienes frío?

—Un poco. Es lo de siempre —contestó Samantha con resignación, pero pensó para ella que estaba al punto de la hipotermia.

—Acércate. —Leo la invitó a cobijarse bajo su abrazo. Sabía que tenía potestad para ofrecérselo—. He llamado a Falconeri para que te venga a buscar. Voy a intentar que no te conviertas en un témpano de hielo mientras esperamos.

Samantha no lo dudó. Necesitaba guarecerse en todas las acepciones posibles. Se apoyó en el hombro del inspector mientras él la rodeaba con sus brazos. Percibió el familiar olor a pólvora y sintió agradable la calidez que desprendía el cuerpo de Leo. La médium cerró los ojos para sosegar de los contratiempos. Tiritó unos segundos al repasar los últimos cuarenta minutos de su vida. Leo interpretó que seguía con frío y le sostuvo una mano. La notó helada y decidió acariciarla con suavidad para transmitirle calor.

A medida que la piel de Samantha se atemperaba, la de Leo también. La médium le robaba el exceso de calor, y a él le agradaba sentirse menos sofocado. El inspector percibió un olor dulce y herbáceo que se desprendía del cabello de ella. Leo también cerró los ojos, y ambos se acompañaron en la respiración. Las luces dejaron de temblar.



EL JUICIO



Anuncio del despertar moral. Soplo redentor que llama a la reconciliación. Inspiración y expiación. Recuperar el sentido de la vida. El renacer de la conciencia y la búsqueda de renovarse espiritualmente.

~ XX ~

MVB



Arcano XX. El Juicio

Pasaron escasos minutos hasta que un coche patrulla, pilotado por Ulises, paró en frente de la casa de Leo. El agente entró en la portería y se quedó perplejo al ver a su jefe y a Samantha fusionados en el abrazo. No percibió un sentimiento romántico, sino algo íntimo más allá. Estaban sumergidos en un estado aletargado y sus caras reflejaban tranquilidad. Cuando se aclaró la garganta para anunciar su llegada, la reacción de ambos le demostró lo que su intuición ya le había anticipado: Samantha y Leo abrieron los ojos y se separaron con calma. No apareció ni el rubor ni la culpabilidad. Ellos no concebían dicha situación como impropia, y el agente pensó en una explicación simplista: «la trata como a su hermana».

—Falconeri —dijo el inspector a modo de saludo. El agente asintió—. *Escolta* a Samantha hasta la comisaría.

Ulises entendió la orden: cuando su jefe utilizaba ese verbo, y lo hacía pocas veces, significaba que no solo la acompañara, sino que la protegiera.

Inspector y médium se dedicaron una última mirada y, acto seguido, ella emprendió el camino de salida custodiada por Ulises.

«Decir la verdad», pensó Samantha mientras se posicionaba en la puerta trasera del coche Policía. Por segunda vez viajaría en la parte donde lo hacen los delincuentes. Se sentía la peor de todos los malhechores. No por operar fuera de la ley, sino porque iba a traicionar de alguna manera a Leo. Muchas veces se había sentido incómoda ante su propia verdad, pero tener que hablar de la de Leo con personas que lo iban a juzgar se le antojaba un acto de deslealtad.

—Ponte de copiloto —le dijo Ulises. Ella lo miró extrañada. Aquel era un coche patrulla, no el de Leo—. Ya eres parte del equipo —aclaró con una sonrisa.



El cuerpo de Samantha se tensó al entrar en comisaría. No había vuelta atrás.

—¿Dónde vas? —preguntó Ulises al observar el camino que tomaba Samantha.

—Al despacho de Leo. Me esperan los de Asuntos Internos.

Ulises negó con la cabeza y aclaró:

—Están en la sala de reuniones. Fisgaban demasiado entre las cosas de Leo y los he sacado de allí.

—Un nuevo escenario —pensó en alto Samantha.

—Un escenario alejado de toda familiaridad. Un entorno que no evoca sentimientos y te permitirá estar alerta. —La mirada avispada de Ulises se tradujo en un pensamiento en la cabeza de Samantha: «ten cuidado porque son peligrosos».

La médium tomó aire y esbozó su mejor sonrisa antes de entrar en la sala.

—Siento haberos hecho esperar.

—Has tardado mucho —dijo con cara de mosqueo el agente Miguel.

—He ido a la farmacia. Tenía pinchazos en el vientre —respondió sin pensar. Y se dio cuenta de que el primer automatismo que había hecho era una mentira.

—No pasa nada. Sigamos donde lo dejamos —apuntilló el agente Juan, señalando la silla en frente suyo. Intentaba ganarse la confianza de Samantha. La médium hizo lo propio y tomó asiento—. ¿Fue idea del inspector Torat que lo acompañaras al puerto? —preguntó Juan.

—No.

—¿Fue idea tuya? —repreguntó.

—Sí.

—No sé si te has dado cuenta de que esto es una declaración —cortó Miguel, que empezaba a irritarle la parquedad de Samantha—. Actuar sin dar parte al cuerpo de *Mossos d'Esquadra* y exponer al peligro a una civil son hechos muy serios. ¿Puedes explicarte un poco más?

—Leo quería hablar con un estibador sobre el asesinato del Cercenado, del funcionario de prisiones y su familia. Intentó enviarme con un taxi a casa, pero yo insistí en acompañarlo. Eso es todo —intentó ser conclusiva.

Tanto Miguel como Juan se percataron de la familiaridad con la que Samantha hablaba del inspector. Lo llamaba por su nombre de una manera que indicaba proximidad entre ambos.

—¿Y por qué un versado inspector se dejaría disuadir por una alumna en prácticas? —repuso Miguel con convicción. Malicioso, añadió—: ¿Estará pensando con otra parte que no sea la cabeza? —Repasó a Samantha con la mirada para incomodarla.

—Lo que piensa o con qué parte piensa Leo se lo tendréis que preguntar a él —quiso zanjar la médium. En esa sala el poli malo jugaba muy sucio. Ella era parte del equipo. Lo había dicho Ulises. Y por ese motivo pensaba defender a Leo a cualquier precio. El peligro que la llamaba desde el interior se lo gritaba: debía plantar cara.

—¿Una vez en el puerto fuisteis a hablar con el estibador? —preguntó de nuevo Juan con tono más conciliador.

—No. Leo identificó a Alekséi Plushenko y me dijo que me quedara en el coche, pero yo no le hice caso. Cuando creí que no se daría cuenta lo seguí a escondidas.

—¡Vaya! Así que eres tú la que no piensa con la cabeza —apuntilló Miguel con maldad.

—Por favor, sigue contando qué pasó —le dijo Juan a Samantha, e hizo una mueca a Miguel con la intención de que rebajara la dureza.

—Estaba siguiendo a Leo y lo perdí. —Samantha se pausó. Empezó el discurso con osadía, actitud que se autoimpuso frente a esos dos agentes, pero al revivir los hechos, el miedo le arrebató fortaleza. Aun así, continuó—. Entonces Alekséi Plushenko me agarró. Me tapó la boca para que no gritara y me llevó a rastras hasta el interior de un *container*. Allí estaba el Gato. Me tuvieron retenida a punta de pistola hasta que apareció Leo. —La médium tragó saliva y sentenció en favor del inspector—. Gracias a él estamos ambos vivos.

—Según el informe, —Miguel revolvió unos papeles que llevaba en mano—, tú lo salvaste a él con la reanimación, y el Gato falleció por la deflagración. Curioso... No se ha dado con la causa de por qué la bombona estalló. Un misterio. —Su mirada fue muy analítica.

Samantha agachó la cabeza como presa atrapada. Dudaba de si podrían estar sospechando. Su vista recaló en sus manos yacientes en el regazo. Sobresalía de la manga el rosario de Damien. Se le ocurrió, en aquel instante, una respuesta para el misterio que dejaría a Miguel noqueado y a ella encubierta.

—«Los caminos del Señor son inescrutables» —parafraseó a Damien mientras apoyaba los codos sobre la mesa. Jugueteó a conciencia con el rosario de su muñeca para que ambos agentes lo vieran.

—Un milagro... Claro, los hechos empíricos están sobreestimados —balbuceó Miguel con

cierto desprecio, pero sin más que añadir. Él sabía que las personas que se encerraban en una fe ciega, era esa fe la que guardaba todas las respuestas—. ¿Qué pasó en la escena del crimen del Cercenado? Los de la científica nos han informado que el inspector te gritaba y sujetaba con fuerza. Y después saliste corriendo.

«¡Será desgraciado!», pensó Samantha. Se habían enterado de todo.

—Padezco de ataques de pánico —replicó mordaz. «Mentir, plantar cara... Es hora de hacerme la frágil», se dijo—. La situación me sobrepasó. Lo que debieron ver fue a Leo haciéndome reaccionar. Se necesita un poco de ímpetu para sacarme de ese... trance.

A cada pregunta capciosa, Samantha encontraba una explicación plausible y una forma de encubrir a Leo. Danzaba entre la fe, la ciencia y la realidad como bailarina del teatro Bolshói. Dribló a los dos agentes durante veinte minutos más, hasta que Miguel y Juan dieron por finalizada la declaración.

Salieron de la sala con el rictus desencajado. Ulises, que esperaba en el pasillo como hacía con el inspector cuando se reunía con el comisario, supo que la situación podría estar salvada.



—¿Qué pasará ahora? —preguntó Samantha a un absorto Ulises que, sentado con los pies sobre la mesa del despacho de Leo, observaba una de las bolsas de pruebas de Laura Núñez.

—Por lo que me has contado, cerrarán la investigación y sin manchas en el expediente de Leo. ¡*Madonna*! Has sido valiente al acusarte de todas las imprudencias del inspector Torat-narices —citó al comisario—. Tienes números para que cesen tus prácticas. A estas alturas, deben considerarte un peligro. ¡*Mamma mia*! —expresó Ulises con cierto humor.

—No importa. He hecho lo que creía correcto.

Ulises dejó la bolsa de pruebas sobre la mesa y centró su mirada en la médium.

—Hay algo en ti. Leo lo descubrió. —Hubo una pausa en la que Samantha tragó saliva—. Pensé que era por el parecido con su hermana, porque, perdóname, pero tus capacidades criminalísticas son discretas. Ahora sé lo que es. —La médium abrió los ojos y volvió a tragar saliva. Solo esperaba que Ulises no la juzgase por su condición—. *Nobiltà*. Nobleza.

Samantha respiró aliviada. Por esta vez solo sería acusada de nobleza. Pero si el agente había llegado a esa conclusión, ¿qué revelaba esto de la auténtica personalidad de Leo? ¿Cómo funcionaban sus constructos mentales? Samantha siempre había pensado que su secreto la mantenía cerca de él. Tal vez no era así.

—Poca cosa es que mi punto fuerte sea mi nobleza —dijo la médium con cierto pinchazo en el pecho. Aunque podía sentirse halagada porque la considerasen con pundonor, que sus capacidades intelectuales estuvieran por el suelo no la llenaba de orgullo.

Ulises sonrió con autosuficiencia ante esa afirmación.

—Aquí va la lección de hoy: todo lo que necesitas saber para investigar un caso lo puedes aprender. Pero que se resuelva rápido y con éxito no basta con las habilidades propias, pese a que son fundamentales, sino que se requiere también de un equipo sólido en el que confiar. Y es en ese punto, mi querida Samantha, donde entramos tú y yo. Solo puedes confiar en aquellos que de serie tengan ciertos valores.

—¿Y cuál es el tuyo? —preguntó la médium intrigada con la disertación de Ulises.

—*Fidelitas*. Fidelidad.

El agente, en un ágil movimiento, retiró los pies del escritorio de Leo y se puso en pie.

—Como hemos salvado un nuevo día, ahora debo seguir trabajando. Se acabó holgazanear. Me

llevo las pruebas al almacén. —Cogió las dos bolsas de Laura Núñez.

—Espera —dijo Samantha antes de que Ulises desapareciera por la puerta—. ¿Qué hago yo?

—En ausencia de Leo y hasta que se esclarezca su investigación, hemos acordado que te encargues de revisar el caso de las chicas desaparecidas el veintinueve de febrero. Elabora teorías, pero mantén un perfil bajo. Quédate en el despacho y que no se te vea rondando por las dependencias policiales. Si pasas inadvertida, conseguiremos que no te cesen de tus prácticas. Aunque, con el cariño que te tiene el comisario, dudo que alguien te pueda sacar de aquí.



El resto del día Samantha se quedó clausurada en el despacho de Leo. Se sentía un poco inútil y algo desamparada sin la presencia del inspector. La tarea de elaborar teorías no se le daba bien y entraba en bloqueo. Además, seguía con cierto estado de inquietud. No era normal dado que las cosas habían salido mejor de lo esperado.

Cuando finalizó la jornada de prácticas decidió visitar a Sibel. La pitonisa había predicho, mediante el Arcano El Sol, las complicaciones con los de Asuntos Internos. Su experiencia quizás le ayudaría a desbloquearse, o al menos a mitigar la inquietud.

Sibel barajaba con destreza sus naipes del Tarot mientras intentaba esclarecer la pregunta que Samantha deseaba formularle. La joven médium le había explicado todo lo acontecido durante el día, y la pitonisa aún no podía creerse que por segunda vez se atreviera a embaucar a la autoridad. Primero con Leo, aunque el resultado final fue bueno, y segundo con los de Asuntos Internos. Tenía claro que la esencia de Samantha no se asemejaba a ninguna que conociera. Su talento espiritual hacía que las energías favorables se mimetizaran con ella.

—¿Nos centramos en el caso o en tus inquietudes? Mira que, si no eres precisa, el Tarot no responde.

—Lo sé, pero antes adivinaste lo de las malas noticias y no te había hecho ninguna pregunta.

—Ya te he dicho que estaba haciendo una tirada. El comportamiento del Arcano XIX me indicó que podía pasarte algo, así que no seas tramposa. Eso te lo permite el inspector. Yo no. En el arte de la cartomancia las preguntas deben ser claras porque las respuestas no lo son.

—Es que, con tantas dudas, ni sé qué preguntar. Mi cabeza es un ovillo.

Sibel dejó la baraja sobre la mesa y entrelazó los dedos de las manos a la espera. No empezaría ninguna tirada hasta que Samantha se aclarara.

—Tengo miedo.

—Es lo normal cuando te vinculas al mundo de las almas errantes. Te falta costumbre.

—No... —Acompasó Samantha un movimiento de cabeza—. Es por lo que dijo Ulises. Inicié las prácticas porque de un modo u otro quería ayudar. Ahora sé que mis capacidades intelectuales no son suficientes para una investigación. Ser prescindible, de alguna manera, me hace estremecer.

—Lo estás dramatizando. Por lo que me has contado formas parte del equipo. No conozco en profundidad al inspector, pero una cosa tengo clara: no es el prestidigitador de monos de feria. Si no viera aptitudes en ti, no permitiría que estuvieras a su lado incordiando. —Sibel cogió su baraja y se dispuso a guardarla—. No creo que necesites una tirada de Tarot. Charlemos un rato. Tengo suficientes años en cada extremidad como para dar buenos consejos. Sé más por vieja que por pitonisa.

—Quiero ser útil.

—Está bien. ¿Qué tareas te quedan pendientes? Busquemos una forma de sacarlas adelante

para que el necio inspector se rinda ante ti. —«Si es que no lo tienes ya doblegado», pensó con cierta socarronería Sibel.

—Debo elaborar teorías. Pero la verdad, releer mil veces los informes no me va a ayudar más. Los he exprimido todo lo que podía.

—Esos no son los objetos adecuados para la psicometría. No pertenecen a las víctimas. Quieres que te admiren por tu intelecto, pero demostrarás que lo tienes cuando puedas decodificar los mensajes que te envían los errantes. ¿Acaso crees que un tonto puede entender la llamada del abismo? ¿Has oído hablar de los diferentes tipos de inteligencia?

—Sí. Se postula que hay hasta doce tipos de inteligencia. La lógico-matemática, la lingüística, la espacial, la musical, la kinestésico-corporal, la creativa... No me acuerdo de todas.

—Te faltan la intrapersonal, la interpersonal, la naturalista, la existencial, la emocional y la colaborativa —añadió Sibel.

—Es una forma de decir que todos somos aptos en este mundo para algo.

—Muy bien. Pues, así como veo que el inspector podría tener una inteligencia lógica, por su razonamiento y deducción; el agente Ulises en la colaborativa, por cómo trabaja en equipo; tú estarías en una vertiente superior de la interpersonal, al ser permeable a las emociones y otro tipo de manifestaciones no verbales de las personas. Eso incluye el plano menos conocido, el de los errantes. Interactúa con las personas, es así como hallarás las respuestas.

—La única persona adecuada sería la víctima Laura Núñez, pero está hospitalizada y ni Leo la pudo visitar. Menos me dejarán entrar a mí. —Samantha pensó unos segundos—. El caso puede tener un componente eclesiástico por cómo fue atada Laura.

—Mmm... ¿No me dijiste que habías conocido a un sacerdote? ¿El mismo que te regaló el rosario?

—El padre Damien no creo que tenga nada que ver.

—Lo que quiero decir es: ¡con la Iglesia hemos topado! Nadie mejor que un cura para acercarte a posibles pistas si tienes razón en lo que dices. Él te puede dar información útil.

Samantha consideró el razonamiento de Sibel. Debía reconocer que no era ninguna locura, muy al contrario, podría ser un acierto. En cualquier caso, aunque el resultado fuera nulo, lo único que perdería sería el tiempo. La joven médium se levantó con ímpetu.

—¡Gracias! Es muy buena idea. —Samantha se dispuso a salir de la sala de espiritismo, pero antes de irse una duda le acechó—. ¿Cuál es tu tipo de inteligencia?

Sibel sonrió.

—La existencial. Analizo la vida y la muerte. Estudio los preceptos existenciales y debate. Mis consejos filosóficos son de lo mejor.



La joven médium no pudo esperar. Esa misma tarde cogió el coche y se dirigió a la iglesia de San Martín, en Cerdanyola del Vallès. No preavisó al padre Damien de su visita, porque si algo había aprendido del inspector era que el factor sorpresa da ventaja.

Damien no estaba en ninguna lista de sospechosos y no precisaba empujarlo a la cuerda floja. No obstante, consideró que la amabilidad del sacerdote solo venía precedida por el interés de este: pretendía que ella reevaluase sus creencias religiosas. Si la médium le desvelaba que su única intención era utilizarlo como fuente, no podía asegurarse un recibimiento muy abnegado. Por mucha bondad que el oficio de sacerdote le obligase a practicar, al final todos somos humanos y a nadie le gusta sentirse burlado.

Samantha pasó con el coche por delante de la iglesia. Observó que la puerta principal estaba cerrada. Debía acercarse para ver los horarios, y con un poco de suerte esperaría a que abrieran.

El entorno a la iglesia de San Martín también había hecho la guerra al vehículo a motor. Tras unas infructuosas vueltas, Samantha no tuvo más remedio que estacionar a varias calles de distancia.

Cuando llegó a la iglesia y vio que debía esperar casi tres horas hasta el próximo oficio, pensamientos poco cristianos le asaltaron. Eran otros tiempos en los cuales los templos estaban a disposición del feligrés a todas horas. Pero no se resignaba a que aquel viaje fuera en vano. Se le ocurrió dirigirse a la rectoría, donde se suponía que debía estar Damien cuando no ofrecía misa.

La casa rectoral colindaba con la iglesia. Era visible desde la calle, pero no se observaba ninguna puerta de acceso. Samantha recordó su paseo por el patio interior. Decidió bordear el templo por la vía de *les Cordelles* hasta llegar a la entrada de lo que unas letras nombraban: Centro Parroquial San Martín. Pertenecía al mismo condominio formado por la iglesia y la rectoría. Una sencilla verja de barrotes metálicos resguardaba la zona de estacionamiento. Samantha observó cómo un sacerdote entraba en un Golf Polo de color rojo y se disponía a salir del centro. Supo que era su momento.

La médium interceptó el vehículo con un saludo afable, procurando no parecer una desquiciada. No quería dar la imagen de necesitar un exorcismo.

—¡Buenas tardes, padre! —dijo con un tono alto para que se la escuchara a través del cristal.

Cuando el sacerdote bajó la ventanilla, Samantha lo reconoció: era el cura que estaba en la puerta el día que visitaron a la señora Kaulitz. Leo intercambió un par de palabras con él. Ella recordó su nombre.

—¿Qué desea, joven?

—Padre Dídac, ¿Se acuerda de mí? Estuve hace unos días aquí con el inspector Torat.

El sacerdote hizo una mueca extraña, no acorde con estar viajando en pensamiento al pasado.

—Sí, por supuesto. Por lo de Regina.

—Tiene buena memoria. Estoy buscando al padre Damien. ¿Cree que podría entrar? —preguntó señalando la verja.

Los verdes ojos del sacerdote se adornaron de patas de gallo al sonreír. Miró hacia el centro parroquial, en el cual hacía rato alguien los observaba desde las sombras sin ser visto, y le dijo a Samantha:

—El padre Sydow está en la iglesia vieja de San Martín.

—¿Cómo? ¿No es aquí la iglesia? —preguntó confusa la médium.

—Se puede decir que hay dos iglesias de San Martín. La vieja llevaba muchos años cerrada hasta que se volvió a abrir en dos mil trece. Y esta es la Parroquia de San Martín. El padre Sydow y yo nos encargamos de ambas. De hecho, él está ahora allí y yo me dirijo a su encuentro.

—Entiendo —contestó pensativa.

—Si lo desea la puedo acercar —dijo afable el padre Dídac—. No soy tan apuesto como Sydow, pero también sé dar conversación.

Samantha interiorizó las palabras del cura. Era cierto que no se podía igualar en belleza a Damien, pero Dídac tampoco era el típico clérigo orondo adicto al vino de misa, que bien se parodiaba en mucha literatura clásica. Muy al contrario, se podría jurar que bajo el hábito había un cuerpo definido. Y, aunque Dídac intentaba ser afable, para nada tenía la personalidad envolvente de Damien.

—Tengo el coche aparcado a unas manzanas —repuso Samantha mirando en dirección a la

nada, pues, por un momento, dudó de cuál era la calle por la que había venido.

—Voy con el tiempo justo porque debo regresar para la siguiente misa. Son menos de diez minutos en coche. Puedo llevarla y traerla. O, tal vez, prefiera volver caminando con el padre Sydow. Un paseo de veinte minutos con él es el *sursum corda*.

La última propuesta del sacerdote se le antojó como la perfecta coartada: si debían hacer el mismo recorrido de retorno juntos con Damien, era casi media hora de interrogatorio sobre religión fortuito.

—De acuerdo, padre. Se lo agradecería mucho.

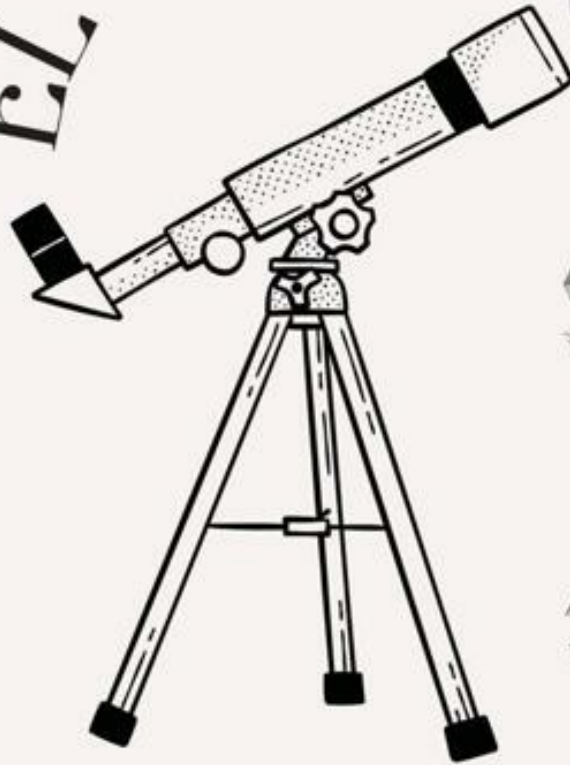
—Muy bien, jovencita. Suba. Espero que le guste la música. —El sacerdote apretó el reproductor. Empezó a sonar la melodía *Sweet Dreams* de Eurythmics—. El padre Sydow y yo compartimos gustos musicales —dijo con una amplia sonrisa.

No pasaron ni ocho minutos cuando llegaron a la iglesia y Samantha se quedó estupefacta. Estaba situada en medio del cementerio municipal de Cerdanyola del Vallès. Lo reconoció porque su foto aparecía en la noticia del boletín parroquial sobre los actos vandálicos y profanación de tumbas.

—Padre, no puedo entrar ahí —dijo la médium con la voz temblorosa ante una posible posesión múltiple. No quería que se repitiera lo del cementerio de Collserola. De súbito, todo se tornó oscuro.



EL MUNDO



*Culminación. Completitud. Ser lo que se es
y encontrar lo que falta. Tomar conciencia
y sintonizarse con el camino del éxito y de
la liberación. Conjunción de voluntades.*

~XXI~

MVB



Arcano XXI. El Mundo

El teléfono de la mesa de Ulises sonaba sin cesar.

—Agente Falconeri al habla —respondió al descolgar con regocijo. Le encantaba mostrarse profesional.

—Ulises, ha venido la madre de la alumna de prácticas que os asignó el comisario. Quiere saber si su hija está aquí.

El rostro de Ulises se enturbió.

—Ahora bajo.

Cuando el agente Falconeri se careó con Blanca Vila supo con certeza que algo iba mal. Reconocía a la legua la preocupación fundada de un progenitor.

—Buenos días, señora Vila, soy Ulises, tutor de Samantha. ¿Qué la trae por aquí?

—Encantada. Busco a mi hija.

—Hoy no ha venido. —Ulises no había visto a Samantha desde el día que declaró con los agentes de Asuntos Internos. No le pareció extraño porque él mismo le pidió que se recluyera durante su jornada de prácticas—. ¿Pasa algo?

—Creo que lleva dos días sin aparecer por casa.

—¿Cree? ¿No está segura?

—Estoy segura de que no estuvo ayer, porque le preparé la cena y cuando he llegado esta mañana de trabajar seguía todo igual. Y tenemos un calendario en la puerta de la nevera que se encarga Samantha de tachar los días. Lleva dos casillas sin marcar. La he llamado y dejado mensajes, pero el teléfono está apagado. No es propio de ella.

—¿Ha preguntado a su marido si la ha visto?

—Está de ruta hacia Portugal. No he querido alarmarle aún. También he llamado a su trabajo en el supermercado y tampoco ha ido allí. Su jefa lo ve raro porque mi Samantha siempre cumple.

—¿Amigos? —La madre negó con la cabeza—. De acuerdo, acompáñeme. Voy a hacer unas gestiones y procedemos. —Ulises acomodó a Blanca en una salita habilitada para las denuncias.

El agente acudió a la experta en sistemas, Fernanda Velázquez, para concretar la última vez que Samantha estuvo en comisaría. La agente obtuvo el primer resultado: la tarjeta de acceso que se le dio a Samantha como alumna de prácticas fue utilizada hacía dos días y marcaba la salida.

Aunque requería más tiempo, se debían comprobar también las cámaras, porque la médium podría haber vuelto y solicitado a alguien que le abriera la puerta. Ulises estaba convencido de que las grabaciones corroborarían los resultados de la tarjeta de acceso, pero había aprendido de Leo que el escenario ideal era un doble *check*.

Dejó a la agente con el encargo de la revisión de las grabaciones y se dispuso a dar el siguiente paso: llamar a Leo.

—Falconeri, ¿qué has roto ya? —dijo el inspector al descolgar el teléfono.

—Nada, jefe. ¿Cuándo te he fallado? —Tras el intercambio de humor, Ulises no se anduvo por

las ramas y explicó el motivo de la llamada.

Leo permaneció escasos segundos callado. Sus engranajes cerebrales estaban en pleno funcionamiento. La situación actual no correspondía con el *modus vivendi* de la médium.

—En diez minutos estoy ahí. De momento no hagas nada.

Leo entró furtivo en la comisaría por el aparcamiento. Ulises lo esperaba.

—No es buena idea que estés aquí. —Ese fue el recibimiento del agente a su jefe.

—¿Has registrado mi despacho? —repuso, sin hacer caso a la advertencia.

—No se me ocurriría.

—Mal hecho. Puede que Samantha dejara algo que nos indique dónde está. —Ulises le devolvió una mirada que le preguntaba: «¿Eso crees?»—. Nadie sabe de su paradero, y el último lugar donde fue vista es aquí. ¿Correcto? —Ulises asintió—. Mi despacho es por donde debemos empezar.

El inspector repasó la mesa. Abrió los cajones. Los expedientes estaban uno encima del otro, por orden cronológico. Al lado, la libreta de anotaciones de la médium. Leo la cogió y revisó las últimas páginas anotadas. Un listado de conceptos religiosos vinculados al caso y unos garabatos de cuadrados, círculos y triángulos rodeando el nombre de Sibel. «¿Qué has descubierto, Samantha?», se interrogó el inspector.



—Parecen los dibujos involuntarios que hacemos mientras hablamos por teléfono —apuntó certero Ulises, que se había fijado en cómo Leo los estudiaba.

—Exacto —respondió el inspector, cerrando de un movimiento de mano la libreta. Ya había observado esa costumbre en Samantha en otras ocasiones.

—¡Torat! Se supone que estás de vacaciones. —La voz del comisario sonó rotunda desde el umbral de la puerta. Los había pillado *in fraganti*.

—Olvidé mi libreta personal —contestó con celeridad Leo.

—Pues si ya la tienes, vete. Nos vas a buscar problemas... —refunfuñó el comisario alejándose por el pasillo.

Cuando Ulises se cercioró de que el superior ya no le oiría, se dirigió a Leo.

—¿Por qué no le has contado lo de Samantha? El comisario la aprecia mucho y nos ayudará.

—Toma declaración formal a la madre para emitir la denuncia de desaparición. Luego informa al comisario y pídele todos los recursos disponibles. Apela a la Consejera de Interior si hace falta. Tenemos que hacer las cosas de acuerdo con el procedimiento. —Leo hizo una pausa ante la crítica mirada de Ulises que parecía recriminarle: «¿Desde cuándo sigues las normas?». Leo le leyó el pensamiento y contestó—: No podemos activar ningún operativo sin una denuncia formal, pero puedo anticiparme por mi cuenta. Si César sospecha que voy a investigar estando de permiso, me enviará vigilar para impedirlo y perderemos tiempo.

El nombre de Sibel era lo último que Samantha había anotado. Leo se personó en el local de la tarotista dispuesto a entrar sin permiso en la sala de espiritismo. Ya pediría perdón si interrumpía algo, pero no se iba a andar con contemplaciones dadas las circunstancias.

Sibel andaba ocupada sacando el lustro a sus péndulos y no oyó entrar al sigiloso inspector.

—Buenas tardes, Whoopi Goldberg.

—¡Por todos los espíritus! Un poco más y me reúno con ellos del susto.

—Pues antes de que abandones este mundo, dime si has visto a Samantha.

El sarcasmo del inspector no logró ocultar su preocupación ante Sibel y esta interpretó que algo iba mal. Contestó sin rodeos.

—La vi hace dos días. ¿Qué ha pasado?

Por intuición o desconcierto, Leo le mostró a Sibel la última página de la libreta escrita por Samantha.

—Círculos, triángulos y cuadrados. Símbolos del Dios eterno; la Santa Trinidad; los cuatro evangelistas y la difusión del evangelio por el mundo —divagó la tarotista—. Samantha se ha propuesto demostrar su valía. Cree que el caso tiene alguna relación con la Iglesia. Le aconsejé que buscara respuestas con el padre Damien.

Leo procesó la información dada y evaluó las posibilidades. Debía comprobarlo. A punto de salir de la sala de espiritismo se dirigió a Sibel.

—Sigue frotando tus cachivaches. A ver si la bola de cristal te dice dónde está Samantha y así no perdemos más tiempo. —Leo estaba enfadado. Quizás más preocupado y por eso actuaba arisco. Aunque Samantha se había ganado su simpatía, no corría la misma suerte la tarotista, a la cual consideraba una charlatana.

—Las bolas de cristal no sirven —contestó rotunda Sibel, como máxima autoridad en parapsicología de la sala.

—Si le pasa algo a Samantha, me encargaré personalmente de que precinten este chiringuito.

—Leo la fulminó con una mirada que encerraba grandes dosis de pánico a la pérdida.

La tarotista empezó a alarmarse. No le importunaban las amenazas, pero el necio inspector estaba asustado, y eso la obligó a lanzar una tregua:

—Utilizaré mis dotes para localizarla. Si me dan alguna pista te llamaré.



Leo se comunicó con Ulises mientras iba en dirección a Cerdanyola del Vallès.

—Falconeri, necesito todo lo que puedas encontrar sobre el padre Damien Sydow. Date prisa y envíamelo al móvil. —Leo no quería precipitarse en conjeturas, pero le vino a la mente las siglas DS del diario de la última víctima. «¿Podría referirse al sacerdote?».

—Eso está hecho. Leo, hay una cosa más. Sé que no es buen momento, pero nos acaban de comunicar que Laura Núñez ha fallecido. Su estado era más grave de lo pensado.

Leo dio un puñetazo al volante de la rabia. Por un segundo el coche perdió la dirección. El inspector intentó mostrarse sereno y encauzar la marcha, pero su temperamento estaba quebrado desde la desaparición de Samantha. A ese estado no le favorecía la nueva mala noticia.

—¿Ha dicho algo más la madre de Samantha en su declaración?

—El coche familiar no está.

—Ya veo. Envíales el modelo y la matrícula del vehículo a la guardia urbana y Mossos de Cerdanyola del Vallès. Diles que busquen en las inmediaciones de la iglesia de San Martín.

—¿En serio crees que el cura guaperas puede estar involucrado?

—Ahora mismo no sé qué pensar, pero no me cabe la menor duda de que Samantha pudo quedar con él. El padre Sydow nunca me ha dado buena espina. Siempre tan cerca de la madre de Marta y tan amable con... —Leo calló su discurso que incluía a Samantha—. Habla con Isabel Cuesta para que mueva hilos y se emita rápida la orden de intervención de los móviles. Dile que te lo he pedido yo, pero que nadie se entere.

Ulises obedeció. Era consciente de que su jefe estaba tenso porque, aunque no se lo confesara, de alguna manera Leo vislumbraba a Samantha como la octava víctima.

Al llegar a la iglesia, sin miramientos, el inspector encendió las luces de Policía que iban camufladas en la calandra del Hyundai y se subió a la cera. Aparcó en frente de la puerta y entró veloz en el templo. A lo lejos, estaban la señora Kaulitz y el padre Dídac que, al ver venir al inspector, se despidieron y el sacerdote desapareció por una puerta del ábside. Ante esa situación, Leo gruñó, pero por suerte la señora Kaulitz iba directa a sus garras.

—Regina —saludó Leo cuando se encontraron en el pasillo central.

—¡Inspector! ¿Me trae noticias?

—No. Busco a Sydow —contestó cortante.

—¡Pues ya somos dos! Hace días que no lo veo. El padre Dídac me ha dicho que está de retiro espiritual, pero —la señora Kaulitz se acercó a Leo y, bajando la voz, le confió— yo creo que él tampoco sabe dónde está. Porque, cada vez que le pregunto, se pone nervioso.

—Regina, discúlpame, pero tengo que hablar con el padre Dídac.

Leo dejó a la señora Kaulitz plantada y recorrió la nave central para ir al encuentro del cura. Necesitaba evaluar su reacción en primera persona. Le arrancaría el alzacuello si detectaba que encubría al padre Damien. La temperatura del inspector empezó a subir.

Por unos momentos, Leo se sintió en un laberinto. No por la idiosincrasia del mismo edificio, sino porque cada pared y estancia eran obstáculos que le hacían perder el tiempo. Cuando decidió tomar el camino que llevaba a la rectoría, oyó el ruido del motor de un coche. Salió al patio y vio cómo un Golf rojo se alejaba del recinto. Corrió tras él, pero lo único que alcanzó a ver fue la figura del conductor: el padre Dídac.

Ese movimiento del clérigo le indicó a Leo que lo estaba evitando. Lo cual era sospechoso. «No solo le arrancaré el alzacuello, sino que se lo haré tragar», pensó el inspector, mientras iba en busca de su vehículo a toda prisa. Dio un volantazo, y el trombo que dibujó provocó el vuelo despavorido de un grupo de palomas. Recorrió la acera a una velocidad poco aconsejable y, a punto de incorporarse a la calzada, frenó en seco: no sabía la dirección que había tomado el cura.

Una llamada entrante de Ulises redireccionó la atención de Leo.

—El coche de Samantha está estacionado en la calle Industria de Cerdanyola del Vallès. La guardia urbana lo tenía fichado. Lleva dos días acumulando denuncias por no tener el *ticket* de la zona de aparcamiento.

—No encontraremos nada en él —sentenció Leo—. ¿Sabemos algo de Damien Sydow?

—Poca cosa. Se crio en un orfanato. A los dieciocho sintió la llamada de Dios. Siempre ha sido el protegido del padre Dídac Serriñá. Ningún escándalo. Velázquez sigue buscando.

—Daos prisa. Voy a volver a la carretera BP-1413, donde se encontró a Laura Núñez. Tiene que haber algo allí que se me ha escapado.

—¿Volver? ¿Cuándo has ido? Se supone que estabas de vacaciones.

—Falconeri, sigo de vacaciones. No hagas preguntas tontas y ve armando un dispositivo de rastreo.

—Jefe, con lo poco que tenemos, el comisario no autorizará ningún equipo.

—Sigue trabajando y busca algo que lo justifique. Presiento que el tiempo se acaba —dijo Leo al que la angustia se le arremolinaba por el pecho.



—*Sweet Dreams are made of this; Who am I to disagree; I travel the world and the seven seas; everybody's looking for something*¹ —cantaba el padre, con voz de ultratumba, recostado sobre el pecho de Samantha.

La joven médium estaba atada de pies y manos sobre un altar de piedra. El espacio era frío, y por las tumbas de alrededor, deducía que era la cripta de una iglesia. No recordaba cómo había llegado allí, ni cuándo habían cambiado su ropa por aquel camisón blanco, por donde se filtraba toda la humedad. En aquellos momentos, solo mantenía el calor gracias al abrazo forzado del cura. La voz seguía entonando:

—*Some of them want to use you; some of them want to get used by you; some of them want to abuse you; some of them want to be abused*².

Samantha estaba desorientada por el golpe que tenía en la parte posterior de su cabeza, pero guardaba la suficiente lucidez para saber que su vida pendía de un hilo. El cura la había visitado en dos ocasiones, por lo tanto, deducía que llevaba más de un día allí. Lo único bueno de aquella situación era que no había sido poseída por ninguna alma errante, a pesar de estar rodeada de cadáveres. Volteó la cabeza en dirección a la pared. Atado con unos grilletes oxidados, permanecía inconsciente el padre Damien.

Un recuerdo emergió en la mente de la médium: Damien apareciendo de improviso. —Los había seguido cuando desde una ventana de la parroquia vio cómo Samantha se subía al coche de Dídac—. Damien, al descubrir la locura de su mentor, discutió con él: «Eres como mi hermano mayor. Tú me salvaste del orfanato. Deja que ahora yo te salve del mundo de las tinieblas», le sermonó a su análogo para hacerlo entrar en razón. Por un momento, Dídac asintió, solo para engañarlo. Damien, con la defensa baja, no vio venir el brutal ataque de su camarada que le propinó un tremendo golpe en la nuca. Aunque fue una ofensiva por sorpresa, Samantha percibió que el padre Dídac poseía un buen entrenamiento. Incluso notaba su fuerza en el abrazo que le daba. El instinto de la médium le hizo temblar al recordar el episodio. Tal vez por miedo, por frío o porque ya no sentía ni las manos ni los pies de lo fuertes que estaban sus ataduras.

—Mamá, yo te protegeré. Papá no nos volverá a hacer daño —dijo Dídac de pronto y con voz añorada. Seguía recostado en el pecho de Samantha y rodeándola con el brazo.

La médium tan solo inspiró y tragó saliva. ¿La confundía con su madre acaso? Analizó las palabras. Solo así podría encontrar una salida. Le estaba dando pistas. «Ha nombrado a su papá y a mamá. Debe tener un trauma infantil», pensó, basándose en toda la teoría estudiada.

—¿Sabes? Gloria se te parecía mucho. Recuerdo la primera vez que la pillé colándose en una boda. En aquel tiempo, yo solo ayudaba en el oficio en la iglesia de San Miguel, pero le hice creer que era alguien importante. Me convertí en su confidente y le avisaba de todas las ceremonias que se iban a celebrar. —Samantha recordó la palabra «aquí» que había pronunciado siendo Gloria. A eso se refería. Estaba indicando el lugar y la persona, pero en aquel momento no lo supieron relacionar—. Todas tenían los mismos ojos azules, pero ninguna te iguala —siguió hablando Dídac, mientras posaba la punta de un puñal a la altura del corazón de la médium—. Ellas solo gritaban y lloraban. Hacían mucho ruido y no escuchaban. Tú, en cambio, sabes guardar silencio.

Samantha se daba cuenta de que era un ser muy perturbado y descartó suplicar por su vida o

amenazarlo, pues eso solo la pondría en el saco de futura víctima asesinada. Necesitaba conocerlo mejor para enfrentarse a él. Con la voz más calmada que podía tener bajo el yugo de un puñal en su pecho, preguntó:

—Háblame de ellas. ¿Cómo era Marta?

—Se te parecía tanto, mamá. Siempre sonreía para mí. —Hizo una pausa—. Cuando le dije que debíamos huir, enloqueció. Tuve que golpearla para que se callara. Ella fue mi favorita. Por eso la tenía aquí conmigo. —Dídac cambió el tono a enfado—. Hasta que esos vándalos profanaron las tumbas y la sacaron de su nicho. Iba a venir la policía a investigar. Me deshice por miedo a que la descubrieran. Aunque tú la encontraste, mamá. Es una señal.

La médium recordó la noticia del boletín parroquial sobre el cementerio de Cerdanyola del Vallès.

La respiración intensa de Damien detuvo la explicación. Desde que Dídac lo golpeó, había tenido momentos en los que parecía recobrar la consciencia. Samantha temió que pudiera haber una nueva ofensiva fatal contra Damien por parte de Dídac. Decidió distraerlo dándole razones que lo complacieran y rebajaran su agresividad.

—Entiendo. Era necesario arrancarles el corazón.

—Papá hubiera dicho que eran engendros del mal. —Dídac empezó a dibujar figuras abstractas con la punta del puñal sobre el pecho de Samantha—. Tú eres la definitiva. Tienes que serlo. Estoy cansado de buscar. *Hold your head up, movin' on, keep your head up, movin' on*³.

—El Señor me ha puesto en tu camino. Por eso Laura se escapó. Por eso no funcionó con las otras. Debías encontrarme a mí. —Samantha intentaba ser convincente, aunque ni ella misma sabía lo que estaba haciendo.

—Mamá, si eres tú, demuéstremelo —solicitó Dídac a la médium.

El cuerpo de Samantha se heló más si cabía. Le estaba pidiendo una prueba. Su nerviosismo se acrecentó. Por primera vez desde que estaba allí, su energía hizo fluctuar las luces. Entonces, sintió el soplo. Iba a ser poseída. Era un mal momento. No podía pensar en una respuesta adecuada para el cura si no era ella la que gobernaba su cuerpo y mente. ¿Y si el alma errante enfurecía a Dídac? Entre esas divagaciones, las pupilas se le dilataron. El ectoplasma buscó la salida desde su boca acompañando a las palabras:

—«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida».



El teléfono de Leo volvió a sonar, mientras recorría insaciable la carretera BP-1413 buscando cualquier chabola, caseta o lugar sospechoso.

—La charlatana —se dijo, y descolgó—. ¿Qué te cuenta la bola de cristal?

—Ya te he dicho que la bola no... Es igual —resolvió Sibel—. He tirado las cartas. Ha salido La Emperatriz, El Mundo y... El Sol invertido, otra vez.

—¿Pretendes que te entienda sin más?

—Nos habla de Samantha, La Emperatriz la representa.

—Muy bien. Según las cartas, parece que se encuentra en algún lugar de El Mundo. ¿Cómo no me he dado cuenta de que el Tarot es la solución a todos los interrogantes?

—¡Mira que eres necio, inspector Torat! El Mundo significa el cierre de un ciclo, lo más probable, de tu caso, pero necesitas a Samantha. Es ahí donde El Sol invertido... La claridad se vuelve oscuridad. Esa dualidad del bien y el mal. En muchos naipes, se representa con dos gemelos para enmarcar los opuestos.

—¿Cómo me sirve todo esto para encontrar a Samantha? —preguntó con hastío.

—Yo solo te digo lo que leo en las cartas. Tú eres el policía. Busca cómo utilizar mis interpretaciones. —Sibel colgó el teléfono de súbito.

El inspector gruñó porque sabía que no estaba consiguiendo nada y llevaba veinte minutos de infructuosa búsqueda. Tomó una de las decisiones más extrañas de su vida.

—Falconeri, ¿dónde estás? —preguntó Leo a su subalterno en una llamada a la desesperada.

—Con Velázquez, intentando desnudar al padre Damien, pero este sacerdote viene con poca ropa debajo del hábito. Nada nuevo desde que hablamos —contestó Ulises.

—Perfecto, pon el manos libres. Buscad algo relacionado con un hermano gemelo. Mirad si puede ser el padre Dídac Serriñá.

Tras unos minutos de consulta, Ulises resolvió:

—Por lo que se conoce, ambos son hijos únicos... ¡Hay una coincidencia!: el padre Dídac se crio en el mismo orfanato que Damien.

Los agentes acotaron la búsqueda. Había mutismo, pero el silencio se rompía por los dedos de Velázquez tecleando. En la pantalla del ordenador se abrían y cerraban ventanas a un ritmo frenético, mientras una lectura en diagonal trataba de extraer la información relevante de los datos que cotejaban. Al otro lado del teléfono, la paciencia de Leo amenazaba con quebrarse por completo.



—Jefe, hemos encontrado una noticia del mil novecientos noventa y dos. Santiago Serriñá asesinó a su mujer el veintinueve de febrero, y casi mató a su hijo Dídac, que cumplía años ese mismo día. Este último se vio obligado a defenderse y, como consecuencia, hirió de muerte a su padre.

—¡Será hijo de...! Lo hemos tenido delante de nuestras narices —explotó Leo—. Necesito una nueva búsqueda: propiedades a nombre de Dídac Serriñá en Cerdanyola del Vallès. Debe haber algo cerca de la BP-1413.

La agente Velázquez tecleó rauda, pero ninguna coincidencia. En cierto modo, era de esperar: su vivienda la costea la Santa Institución.

—Lo único que nos sale es que oficia un domingo al mes en la iglesia vieja de San Martín —explicó Velázquez.

—Eso ya me lo imagino. Vengo de allí.

—No, jefe —aclaró Ulises—. Esto es una iglesia que está dentro del cementerio municipal de Cerdanyola del Vallès. Muy cerca de la BP-1413.

—Dos iglesias con el mismo nombre. Dos gemelos... —resolvió en alto—. Envíame la dirección.

—¡Samantha! ¡Samantha!

Las pupilas de la médium bailaron en el pulso de contracción y dilatación hasta que fue dueña de sí misma. Oteó a su alrededor. Se encontraba de pie junto al altar en el que, hacía escasos minutos, estaba maniatada y con el cura recostado sobre su pecho. Tenía el camisón ensangrentado y aferraba en su mano derecha un puñal. En frente de ella, en el suelo, el padre Dídac yacía inerte con una herida profunda a la altura del corazón. Al otro lado, el padre Damien, que había recobrado la consciencia, la llamaba para que volviera en sí.

—¡Dios! ¿Qué he hecho? —se cuestionó Samantha, aterrada. Buscó en su muñeca el rosario para acceder a la información velada durante la posesión. No estaba. En algún momento se rompió, y todas las cuentas rodaban desperdigadas por el suelo.

Unos pasos precipitados bajaron hacia la cripta. Apareció Leo empuñando su arma reglamentaria, aunque no debería llevarla encima. En una rápida mirada se adueñó de la situación. La interpretación de la escena no precisaba de ninguna lectura compleja de cartas. Samantha, la víctima; el padre Dídac, el verdugo; y el padre Damien, los daños colaterales.

Epílogo

Tres meses después.

El acto de entrega de las Medallas de Honor del ayuntamiento de Barcelona había finalizado y los asistentes se arremolinaban en el salón de Cent.

Samantha no podía creerse que le hubieran otorgado ese galardón. Leo parecía más acostumbrado a recibir distinciones. La pericia de ambos había permitido cerrar un caso que todo el mundo daba por perdido.

La Consejera del Interior preguntaba a Leo detalles, con ausencia de tacto:

—¿Ese degenerado vivía en Cerdanyola y mataba en Barcelona?

—Su vinculación estuvo entre ambas ciudades. Por eso se conocía muy bien la zona de Collserola: utilizaba la carretera secundaria que conectaba las dos ciudades y que atraviesa la montaña. Oficiaba misas en varias iglesias de Barcelona. Por lo que nos han dicho, siempre se ofrecía a cubrir a otros sacerdotes si había alguna indisposición. También colaboraba con varias entidades de beneficencia, y era un ejemplo para la comunidad. Así conocía a sus víctimas. En algún momento dado se topaba con ellas —Leo contestaba con naturalidad. Aunque tenía muy presente a su hermana Gloria, la carga de su muerte se había disipado con la resolución del caso. Y esa sensación también se reflejaba en la mirada de sus padres. Una etapa por fin se cerraba.

—¿Qué lo motivaba a actuar?

—Estaba obsesionado con reemplazar a su madre. Elegía a chicas que compartían rasgos físicos con ella, como los ojos azules y el pelo castaño. Cuando se daba cuenta de que no podían ser las sustitutas que él buscaba, por ira y frustración las mataba.

—¿Es cierto que se encontraron los corazones de las víctimas en su habitación? —Leo asintió a la pregunta—. ¡Qué malnacido! —dijo la consejera sin tapujos y con una voz bastante elevada.

El inspector se mostraba recio ante su interlocutora, pero, en su interior, le encantaba que a las cosas se las llamase por su nombre. El comisario Reyes, absorto, pensaba en lo beneficioso de la situación. Ulises no podía aguantarse la risa, y se llenaba la boca de canapés para evitar que se le notase. La jueza Cuesta le tuvo que dar unas palmaditas en la espalda en un momento en el que el agente se atragantó. Por su lado, los padres de Samantha intentaban no escandalizarse con el desparpajo de aquella autoridad. La situación les venía un poco grande, pero estaban muy orgullosos del logro de su hija.

—¡Diga que sí, consejera! —espetó con energía la señora Kaulitz—. Menos mal que el ángel de la guarda lo ha enviado al infierno del que nunca debió salir. Yo siempre sospeché de él. Ese afán de dejarme tan limpio el coche indicaba su inclinación torcida. —A la mujer ya le hacía efecto el agua con misterio que había solicitado al *catering*.

—Esta tendrá que confesarse. ¡Cómo las suelta! —comentó al aire Bibiana, encantada de estar fuera de los pasillos del supermercado.

—Si ese es el cura, a mí no me importaría pasar por el confesionario. —Martina hablaba para sí

misma entre susurros, evitando que su hijo la escuchase.

Aprovechando el momento de jolgorio, el padre Damien solicitó a Samantha:

—¿Puedes acompañarme un momento?

Al ver que el sacerdote y la médium se alejaban, Leo se acercó a la mesa de *catering* para intentar espiarlos con disimulo.

—Percibo ciertos celos, inspector —se dirigió Sibel a Leo con una sonrisa socarrona.

—¿Qué carta te ha revelado semejante tontería, Whoopi Goldberg? —repuso Leo, que seguía atento a las confidencias entre Samantha y Damien.

—La experiencia, pero, shhh. —La tarotista se puso el dedo índice en los labios—. Yo también quiero escuchar. —Sibel sonrió al inspector, y ambos agudizaron el oído.

El sacerdote sacó de su bolsillo un rosario.

—Recogí todas las cuentas y pedí que lo arreglaran.

—Siento haberlo roto y las molestias. Es mejor que te lo devuelva. Después de lo que ha pasado, dudo de la fe más que nunca —se explicó Samantha, con total claridad, pero sin un ápice de resentimiento.

—El lugar adecuado de este rosario es contigo. Lo que vi, el tornado a tu alrededor... Jeremías 23:19. «He aquí, la tempestad del Señor ha salido con furor, un torbellino impetuoso descargará sobre la cabeza de los impíos». Dios se manifestó para protegerte —aclaró el padre Damien, aludiendo a los hechos sucedidos en la cripta de la iglesia vieja de San Martín.

Samantha aceptó por segunda vez el rosario. Cuando lo sujetó entre sus manos, la psicometría se activó y tuvo acceso a la información velada de su última posesión. La médium sirvió de catalizadora a la madre de Dídac. Por eso, sus primeras palabras fueron las que ella siempre le decía a su hijo: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida». Esa mención consiguió desarmar al sacerdote, que ciego en su locura, creyó en la reencarnación de su madre. Confió en Samantha el tiempo suficiente para que, gracias a la siguiente catalización, la de Laura Núñez, la médium pudiera liberarse, tal y como lo consiguió la séptima víctima: rasgando el cingulo con un perfil afilado del propio altar al que estaba sujeta.

La energía con la que Samantha consiguió liberarse del abrazo forzado del padre Dídac, arrebatarse el puñal y doblarlo hasta la muerte solo se explicaba mediante la posesión simultánea de todas las víctimas. De ahí que creciera a su alrededor el tornado. Ellas sumaron fuerzas y utilizaron el cuerpo de Samantha para cerrar, de una vez por todas, sus cuentas pendientes.

Dramatis personae

Según orden de aparición:

- **El Loco**: asesino en serie.
- **Leo (Leopold) Torat**: inspector de la división criminal de los *Mossos d'Esquadra*. **Significado**: aquel que es audaz o valiente con el pueblo.
- **Ulises Falconeri**: agente de Policía, subalterno de Leo Torat. **Significado**: camino.
- **Patricio Santana**, alias el **Cercenado**: traficante a las órdenes del Gato.
- **El Gato**: capo de la droga.
- **Ana**: víctima del 2004. Vivía en frente del Santuario de *Santa Gemma*.
- **Sara**: víctima del 2012. Acogida por las Hijas de la Caridad cuando sus padres se quedaron sin recursos.
- **Paula**: víctima del 2016. Trabajaba en la tienda de suvenires de la Basílica de la Sagrada Familia.
- **Montse**: víctima del 2020. Voluntaria en Cáritas (comunidad cristiana).
- **Sibel**: pitonisa. **Significado**: la profetisa.
- **Hortensia**: clienta de Sibel, viuda de Enrique.
- **Enrique**: difunto esposo de Hortensia.
- **Bibiana**: cajera de supermercado. **Significado**: la pequeña.
- **Samantha Zolá**: reponedora de supermercado, médium y alumna de criminología en prácticas. **Significado**: la que sabe escuchar.
- **Martina Belmonte**: propietaria del supermercado. **Significado**: consagrada a Marte, dios de la guerra.
- **Biel Belmonte**: hijo de Martina Belmonte. **Significado**: es en catalán el diminutivo de Gabriel, que quiere decir fuerza de Dios.
- **Carlos Echevarría**: trabajador de los servicios funerarios del cementerio de Collserola.
- **César Reyes**: comisario. Superior de Leo. **Significado**: soberano de un imperio.
- **Olivier Zolá**: padre de Samantha.
- **Blanca Vila**: madre de Samantha.
- **Marta Kaulitz**: víctima del 2000. Realizaba la catequesis en el colegio Jesús-María.
- **Isabel Cuesta**: jueza. Pareja de Leo. **Significado**: Dios ha jurado.
- **Regina Kaulitz**: madre de la víctima del 2000.
- **Dídac Serriñá**: sacerdote de la iglesia de San Martín. **Significado**: instruido.
- **Ramón**: feligrés de la iglesia de San Martín.
- **Damien Sydow**: sacerdote de la iglesia de San Martín. **Significado**: domador de sí mismo.
- **Laura Núñez**: víctima del 2024. Vive cerca de la parroquia de Santa Teresa de Jesús. En su diario se menciona a DS.
- **Fernanda Velázquez**: agente experta en sistemas. **Significado**: audaz.
- **Alekséi Plushenko**: exmilitar bielorruso y asesino a sueldo. **Significado**: ayudante o

defensor.

- **Óscar:** novio de Laura Núñez.
- **María:** madre de Leo.
- **José:** padre de Leo.
- **Gloria Torat:** víctima del 2008 y hermana de Leo. Visitaba la iglesia durante las celebraciones de boda. **Significado:** aquella que tiene grandeza.
- **Juan:** agente de Asuntos Internos.
- **Miguel:** agente de Asuntos Internos.

Justificación de los capítulos vs. los Arcanos

Querido lector:

Si ha llegado hasta aquí quiero darle las gracias. Deseo que su viaje haya sido placentero.

Asimismo, me parece oportuno obsequiarle con los detalles creativos de esta novela, pues hubo varios retos a superar.

Se han escrito muchas historias sobre médiums, almas errantes y asesinos. Ofrecer algo nuevo no pasaba por obviar lo que ya todos conocen, sino en presentarlo de una forma original. De ahí surgió la idea de conectar la historia con el Tarot y que cada capítulo correspondiera con un Arcano. La siguiente pregunta sería, ¿en qué orden?

Como se mencionó en el manual de usuario, al principio de este libro, cada carta posee un número y se ordenan ascendentemente, porque simboliza un camino, un progreso. Por lo tanto, era inviable cambiar la disposición de los Arcanos, pues perdería la esencia del significado cartomántico (además del tremendo lío para el lector si viera que el capítulo uno es representado, por ejemplo, por el Arcano V).

A partir de aquí, el reto subió de nivel: encontrar un paralelismo entre cada Arcano y el momento de la historia que se iba a desarrollar.

De esta manera, es como en los primeros capítulos, correspondientes a **El Loco**, **El Mago**, **La Sacerdotisa**, **La Emperatriz**, **El Emperador** y **El Papa** vienen a ser la presentación de los personajes: el asesino, Leo, Sibel, Samantha, César y Damien. El lector habrá observado que los significados de las cartas tienen su reflejo en los atributos de los protagonistas. A partir de este punto, la trama se visibiliza.

Samantha descubre quién es, y se le presentan dos caminos a escoger, los rumbos de **Los Enamorados**. Empieza la batalla y conquista, ya lo advierte **El Carro**, asentando las bases para que Samantha reevalúe cómo enfrentarse a sus inquietudes, y posicionando a Leo como un fuerte rival.

La Justicia será un capítulo de corte para conocer el pasado del asesino en serie. Nos desvela esa búsqueda del equilibrio que basculaba la madre, y cómo a veces esa justicia puede ser ciega y dominar la situación de forma autoritaria, por parte del padre.

Volvemos, con **El Ermitaño**, a Samantha y al conocimiento de sus capacidades, que la envalentonan para hacer girar **La Rueda de la Fortuna**. Será dueña de su propia suerte y la de los demás.

En el capítulo de **La Fuerza**, las constantes alusiones a actuar con inteligencia como clave del éxito serán patentes. Es lo que permitirá a Samantha a conseguir su plaza de alumna en prácticas.

El Colgado no solo simboliza la forma en la que murió el Cercenado, sino ese estado de suspensión que emprenderán los protagonistas, Leo y Samanta, en el momento que empiezan a conocerse y sus creencias se tambalean. La intensidad con la que chocan, mostrará su punto de inflexión con **La Muerte**. El inicio de partida para el cambio.

La ponderación, la combinación de opuestos, el momento en que Leo y Samantha se dan

cuenta de que pueden complementarse se describe mediante **La Templanza**.

El Diablo será una nueva oportunidad para entrar en la mente del asesino en serie. Sus debilidades y de qué es esclavo. También funciona como la antesala para mostrar de qué era preso Leo, cuando, en **La Torre**, se revele su pasado. Momento en el que el muro del inspector se derrumba y empieza la reconstrucción tan deseada.

Los buenos presagios irán de la mano de **La Estrella** y la aparición de la séptima víctima. Aun así, la partida no estará ganada, pues el influjo de **La Luna** marca toda la oscuridad y trampas que volverán a envolver las vidas de los protagonistas. Es así, como la carta de **El Sol** marcará nuevos avances en el caso, pero, en oposición, más contratiempos, que buscarán resolverse en **El Juicio** que le es impuesto a Leo por parte de los agentes de Asuntos Internos.

Como no podía ser de otra forma, **El Mundo** será el clímax, el final del camino, la unión de las voluntades de las partes intervinientes, el trabajo en equipo.

Esta ha sido, de forma resumida, las variables que entraron en juego y como el significado de cada Arcano me predecía la trama. Espero que haya sido de su gusto.

Atentamente,

Muriel V. Baldrich

Agradecimientos



Nombre:



Escribe tu nombre.

Si has llegado
hasta aquí,
mereces un
reconocimiento.



Sobre la autora



Muriel V. Baldrich, nacida en Barcelona, es licenciada en Psicología por la Universidad de Barcelona, experta en Psicología de Emergencias y Catástrofes y certificada en Gestión del Transporte Sanitario por la Universidad Rey Juan Carlos.

Atraída desde siempre por el arte en sus múltiples expresiones, en la actualidad compagina su trabajo como responsable de Calidad y RRHH en el sector privado del Transporte Sanitario, con su entusiasmo por la narrativa de intriga y misterio.

Colaboradora habitual con editoriales y autores reseñando libros (IG: @murielvbaldrich), es autora de la trilogía Saint Etel: *La luz de Saint Etel*, *La noche cae en Saint Etel* y *La oscuridad brilla en Saint Etel*.

Modera el canal de lectura conjunta *Thriller y misterio* de @fenix_clubliterario, club en el que es coautora del libro de relatos *Páginas de Fuego*.

Con la presentación de *Una llamada desde el abismo* pretende dar un giro a la novela negra, acercándola a la realidad con unos personajes muy auténticos, pero permitiendo abrazar el sueño de lo mágico.

Conoce más a la autora en las redes sociales:



Muriel V. Baldrich

¹ Los dulces sueños están hechos de esto; quién soy yo para no estar de acuerdo; viajo por el mundo y los siete mares; todos estamos buscando algo.

² Algunos de ellos quieren usarte; algunos de ellos quieren acostumbrarse a ti; algunos de ellos quieren abusar de ti; algunos de ellos quieren ser abusados.

³ Mantén la cabeza en alto, sigue adelante, mantén la cabeza en alto, sigue adelante.